



El inquilino de la Alhambra

Roberto Wolfgang Conde Schuh

El inquilino de la Alhambra

Roberto Conde Schuh



Primera edición: abril 2019

ISBN: 978-84-1331-218-7

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Roberto Conde Schuh

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Pintura de cubierta: Margaret Merry

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcircularojo.com

info@editorialcircularojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

PREFACIO

Quiero un barco

Roberto y yo nos conocemos desde hace muchos años, los suficientes para decirnos las cosas a la cara, sin ambages; así que podrán imaginar que, en más de una ocasión, hemos tenido algún que otro encontronazo, sobre todo a raíz del libro que tienen ustedes en su mano.

«Quiero un barco», me dijo un día Roberto. Así, de sopetón. Y se quedó tan ancho y tan pancho. Tengo que decirles que el autor que se disponen a descubrir es así: consigue lo que quiere. Casi siempre... Es humano, como nosotros, no se vayan a creer. Con sus imperfecciones y grandezas, con sus dones y virtudes (entre ellas no está la del orden, pero, paradójicamente, ha conseguido ordenar en su cabeza las ideas para crear esta maravillosa historia envolvente que va *in crescendo* y atrapando al lector en cada página que pasa). Bueno, vuelvo a la historia del barco. Roberto soñaba con ser el dueño de un barco en el que vivir, en el que viajar por todo el mundo... Se imaginaba cómo sería cuidarlo, cuánto costaría dejarlo en un puerto... Quiero decirles que, lo que para el resto de los mortales a los que nos gusta la rutina y seguir el camino trazado sin grandes sobresaltos (por miedo, frustraciones o vaya a saber usted por qué) hubiera sido una insensatez, una estupidez y una locura, para él era lo más normal del mundo. Lo imposible es lo normal en la vida de Roberto. Ese es el autor que tienen en sus manos ahora mismo.

Y ahora viene el golpe de efecto: Roberto no se hizo con su barco... Pero yo les digo que sí... Lo tienen en sus manos, ya lo he dicho antes: el libro que se disponen a leer y a disfrutar. El barco se llama *El inquilino de la Alhambra*. Y es un libro que, espero, llegue a buen puerto... o, pensando como Roberto, que no se ancle en ninguno para que viaje en el tiempo eternamente entre los lectores y lectoras que se deleiten con él.

Es un libro que contiene mucha sinceridad y honestidad, y eso está muy bien porque las historias no solo deben ser correctas en cuanto a estilo, gramática o puntuación (conceptos que, sinceramente, entre ustedes y yo, nos dan un poco igual), deben emocionar, enganchar, hacer que no tengas ganas de que acabe, emocionarte con los personajes... Y, créanme, este libro consigue ese efecto... Para comprobarlo, lean la primera página. Una vez escuché que, si una película no te enganchaba en los cinco primeros minutos de su visionado, ya no había nada que hacer. Yo solo les pido una página.

Agradezco a Roberto haberme dejado asistir al proceso de creación de este libro. Tres años para un parto son muchos. Pero la criatura ha nacido bien y fuerte.

Y, ahora, todos a bordo porque el barco va a zarpar... Disfruten de la travesía.

María Heredia Casado.
Crítica literaria y profesora de
Lengua Castellana y Literatura.

PRÓLOGO

Alhambra, 1355

La Alhambra de Granada lucía esplendorosa en lo alto del cerro. Aun así, parecía desdibujarse en una espesa capa de niebla que le daba un aire frío y misterioso. Nadie hubiera sospechado que lo que allí iba a suceder podría haber cambiado el curso de la historia.

Yo contaba con diecisiete años de edad. En aquel momento me encontraba en el cuarto que tan generosamente nos había cedido el sultán. Allí vivía con mi familia. Éramos unos privilegiados, pues la mayor parte del funcionariado, servicio y guardia real vivían en la Alcazaba¹. Mi padre, Hassan, era el médico personal del sultán y mi madre se encargaba de la cocina de palacio. En aquel instante estábamos comiendo. Eran poco más de las dos de la tarde. Mi padre nos contaba que había estado atendiendo a varios pacientes de la corte por lo que había tenido una mañana dura de trabajo. Hassan era un médico bien conocido por sus famosos remedios. Se decía de él que curaba lo que otros no podían y pronto se corrió la voz. Amina, mi madre, nos contaba que habían tenido un problema en la cocina. Debido a las torrenciales lluvias caídas días atrás, aparecieron varias goteras en las alacenas, pero mi madre esperaba que pronto viniera alguien a repararlas.

Estábamos en medio de esta charla familiar, cada uno hablando de su día a día cotidiano, cuando llamaron a la puerta. Mi padre se levantó para abrir. Allí estaba el mayordomo del sultán. Nos dijo que este quería vernos a mi padre y a mí urgentemente. Hassan ya era médico de la corte antes de nacer

Mohamed. El progenitor de este, Yusuf, le había encargado a mi padre ser el médico personal de su hijo.

Con cara de preocupación, el sultán nos pidió que tomáramos asiento.

—Hassan, sabes que siempre te he apreciado. Has sido como un segundo padre para mí. Te estaré agradecido toda mi vida por lo que has hecho por mi familia, sobre todo por mí. Jamás olvidaré aquellos días...

—Amado sultán, no tienes nada que agradecer, es mi trabajo, pero... ¿sucede algo?

—Hassan, desde que ocurrió aquello siempre me he estado preguntando cómo fuiste capaz de salvar mi vida. Cualquier otro médico me hubiera dado por muerto ya que nadie se salva de eso. He pensado mucho sobre ello, pero... siempre me he dicho que lo importante era que yo siguiera con vida gracias a ti.

—Si he hecho algo mal te pido disculpas.

—Hassan, todo lo contrario, como te he dicho, si estoy en este mundo es gracias a ti, la corte te debe tanto, pero... me veo obligado a decir que os tenéis que marchar.

—Sultán, no entiendo, he servido a tu padre Yusuf con lealtad. Ahora te sirvo a ti. Siempre he dado lo mejor de mí para curar tus dolencias.

Mohamed se levantó de su silla, se dirigió hacia una ventana y nos hizo una señal con la mano para que fuéramos hasta allí.

—Mirad por la ventana, ¿qué veis?

—Mucha gente delante de palacio. ¿Qué sucede?

—Se ha corrido la voz de que el médico de la corte usa brujería para curar a sus pacientes. Todas esas personas exigen su cabeza. Mis soldados están conteniendo a las masas, pero no vamos a poder hacerlo por mucho más tiempo.

—Pero, amado sultán, yo solo intento curar y salvar el mayor número de vidas posibles. Mi trabajo no tiene nada que ver con la brujería. No entiendo por qué sucede esto.

—Hassan, ya no necesitas fingir conmigo. Entiendo que siempre has querido proteger a tu hijo y también sabes lo que significa Abdel para mí.

—Pero...

—Hassan, mi padre me hizo jurar que siempre cuidaría de vosotros, por lo que no os voy a echar de palacio sin más. De hecho, el único que tendría que marcharse de la ciudad sería Abdel. Tu familia y tú podéis seguir en Granada. Me ocuparé de buscaros una casa digna donde poder vivir, pero ya no podréis seguir siendo oficialmente el médico de la corte. Abdel podrá escapar de Granada con mi ayuda.

—Pero, sultán, te ruego, te suplico que protejas a mi hijo. Él no ha hecho nada malo... Es un buen chico, ambos habéis sido amigos desde muy temprana edad.

Mohamed suspiró y tomó aire. Parecía que estaba emocionado. Sus ojos lo delataban, pero, al fin y al cabo, era el sultán y no debía mostrar sus sentimientos. Bien sabida era su relación con Abdel (eran como hermanos) y hubiera deseado ser como él. Siempre lo había admirado, lo admiraba en silencio, como se admira a un hermano mayor a pesar de que ambos eran de la misma edad.

—Padre, no hay alternativa. La opción que nos ha dado el sultán me parece la más sensata. Asumiré todas las consecuencias. Tú tienes que pensar en mi hermana y en mamá. Por favor, escucha al sultán.

Mohamed pidió a Hassan que los dejara solos un momento pues quería hablar con su amigo para despedirse, decirle todo lo que significaba para él y prometerle que su familia estaría a salvo.

¹ Tenía un carácter de ciudad fortificada, donde se podía encontrar construcciones castrenses o militares,

civiles y religiosas. Fuente: *Historalia. La Alcazaba y barrio castrense de la Alhambra de Granada.* (<http://www.historialia.com/detalle/208/la-alcazaba-y-barrio-castrense-de-la-alhambra-de-granada>).

Capítulo 1

Granada, año 2015

Todo comenzó una mañana de lunes de un día cualquiera de 2015. Nos despertamos el señor Nubi y yo rodeados de los restos de una larga noche durante la cual parecía que había pasado Atila y arrasado con todo. El olor a pizza y a cerveza barata de lata inundaban el diminuto apartamento donde vivíamos en la parte vieja de la ciudad. El señor Nubi era un perrete de tamaño mediano con aires de marqués. Exigía que se cumplieran de forma estricta los horarios destinados a sus paseos, así como que se le rascara cuando a él le viniera en gana, acompañando cada mimo con un extraño gruñido que nunca sabías si era de aceptación o protesta. Éramos un equipo: compartíamos apartamento, cama e incluso comida. Teníamos largas conversaciones en las que yo me limitaba a contarle mi vida y él gruñía exigiendo a cambio las atenciones en forma de caricias que tanto le gustaban. El pobre se había ganado con creces el doctorado *honoris causa* en psicología.

Decidí darme una buena ducha y afeitarme, tarea esta última que realizaba con gran desgana y torpeza; por el contrario, el agua fría junto con el café bien cargado me activaban para todo el día. Una vez duchado y afeitado, me encontré al señor Nubi delante de la puerta del baño con mirada inquisitiva y moviendo el rabo de manera nerviosa y compulsiva. Era ya su hora y tocaba paseo; no me daba tregua, tenía que ser a las ocho en punto, ni un minuto más

ni uno menos. A la vuelta me esperaba aquel artilugio del demonio que cada vez odiaba con más fuerza, pero que nos había dado de comer durante todo este tiempo y pagaba las facturas mensuales que, puntuales como el mejor de los relojes, se descontaban de la cuenta corriente.

Salimos a eso de las ocho y cinco. El señor Nubi se mostraba algo indignado por el retraso, tiraba de la cadena como si se tratara de un rottweiler cabreado. ¡Quién diría que aquella cosita se quedaba en un simple esqueleto que apenas llegaba a los ocho kilos cada vez que se le cortaba el pelo!

Bajamos casi volando las escaleras. El señor Nubi llevaba la iniciativa y parecía que la ansiada calle no iba a esperarlo; empujaba como un demonio. Salimos a toda prisa y nos dirigimos hacia un parque cercano para que mi amigo hiciera sus necesidades. Era una mañana soleada en la que se podían oler los meados y los vómitos de los borrachos a los que tanto les gustaba frecuentar los callejones cercanos a mi apartamento. Las calles eran angostas y viejas. En definitiva, la zona no era precisamente la más cotizada de Granada, pero era lo que podía pagar.

Cruzamos la avenida principal rumbo a casa, esta vez evitando los callejones malolientes con el objetivo de acelerar el paso. Ya eran las ocho y media y tenía que empezar a trabajar: unas cuantas líneas de código me esperaban para ser depuradas. Trabajo del que cada día estaba más cansado y que hacía sin muchas ganas con el único objetivo de ganarme la vida, aunque a veces sentía que, con cada línea de código que picaba, hundía más mi creatividad en un fango tan profundo que llegaría un día en el que no podría salir de él.

Tenía ocho años cuando comenzó mi curiosidad por el mundo de la informática. Recuerdo que mi tío me regaló mi primer Schneider 64k recién traído de Alemania; por aquel entonces era toda una novedad. A mí siempre me había interesado la parte creativa, los juegos pasaban a un segundo o tercer

lugar: yo quería hacerlos, no «jugarlos». Aquella ilusión se fue muriendo a medida que se convirtió en mi profesión. Es curioso cómo un *hobby* puede convertirse en el peor de tus dolores de cabeza en cuanto empieza a producir una fuente de ingresos, y eso me había empezado a ocurrir desde hacía ya unos años. Sin embargo, valorando la actual situación laboral del país, me sentía afortunado por tener un trabajo (aunque no fuera algo fijo y mis ingresos cayeran proporcionalmente a mi entusiasmo e ilusión, lo que hacía que mi creatividad agonizara). Muchas veces me planteé cambiar de profesión, pero ¿qué podía hacer yo si no programaba? Además, tal como estaba el país, con tanta gente en paro, tantos pasando hambre, ¿cómo podía quejarme? Estas reflexiones hacían que mi creatividad continuara desangrándose cada día un poco más, pero tampoco hacía nada por tapar la hemorragia que la mataba lentamente, más bien lo contrario.

Las calles estrechas estaban atascadas por cientos de coches que competían en una lucha contra el tiempo, arrancando de manera furiosa y agresiva con el único objetivo que sus conductores ganaran segundos para poder llegar al trabajo un par de minutos antes y tomarse un café. Cuando veía estas escenas me sentía afortunado por trabajar en mi casa, no tener coche y, sobre todo, no tener que aguantar a nadie en una oficina. El trabajo en equipo no era mi fuerte y mucho menos tener un jefe que me dictase cada pauta que debía seguir; me sentía dichoso por tener como único compañero al señor Nubi.

Nos dispusimos a cruzar la acera. Ya estábamos cerca de casa cuando me fijé en un tipo que iba detrás de nosotros: tenía el pelo muy largo y de color rubio blanquecino, como el color de su piel, llevaba un pantalón corto vaquero, unas chanclas tipo alemán y tenía pinta de estar perdido. Era lo que yo llamaba el prototipo de guiri. Su altura era considerable: el sujeto medía más de un metro noventa. El pobre sudaba como un manantial debido a las temperaturas que teníamos entonces, unos cuarenta grados, a los que

seguramente el buen hombre no estaría acostumbrado. No despegaba los ojos de algo que parecía un mapa, folleto o papelorio similar. Apenas lo había visto de perfil durante milésimas de segundo, los que transcurrieron mientras me adelantaba; parecía que llevaba prisa, caminaba acelerado y pisaba con determinación, tanto que sus zancadas recordaban a las de un elefante.

Todo sucedió muy rápido. El hombre agachó la cabeza y dobló el papel que llevaba entre las manos y, en aquel justo instante, pasó una furgoneta enfrente de mí cortándome el aire y arrollando al sujeto. El *big foot* yacía en el suelo inmóvil y aparentemente sin vida. El conductor bajó rápidamente con las manos en la cabeza y empezó a dar vueltas en círculos gritando: «¡Se lanzó y no lo vi!», frase que repetía una y otra vez sin hacer nada. Durante unos instantes me quedé inmóvil. Al cabo de unos segundos me acerqué al individuo con intención de ayudarlo. Aunque mis conocimientos médicos eran casi nulos, intenté un ejercicio de reanimación cardiopulmonar (según me habían enseñado en un curso de socorrismo el verano anterior) ya que parecía que no tenía pulso. A través de su tez casi transparente, se podía ver con claridad un entramado de venas azules que llenaban su cuello de marfil, que parecía a punto de estallar. Los curiosos empezaron a rodear la zona y se escuchaban lamentos de transeúntes que pasaban por allí, las típicas frases de «esto tenía que pasar tarde o temprano», «conducen como locos», y un sin fin de memeces que no servían para resolver la situación, pero que, por algún extraño motivo, les hacía sentirse mejor ante tal escenario.

La reanimación cardiopulmonar parecía no funcionar, por lo que decidí apartarme y esperar la llegada de la ambulancia, pero de repente el extraño inhaló aire y abrió un ojo señalándome un papel doblado que estaba tirado en el suelo. Me pareció que era el mismo que estaba ojeando segundos antes del atropello. El susto me hizo dar un paso atrás, pero nadie pareció percatarse de aquel despertar del mundo de Hades salvo yo, o eso creía... El individuo

mantenía su dedo firme y me miraba fijamente. Con bastantes dudas y una carga de miedo considerable encima de mis hombros, decidí coger aquello para entregárselo, pero cuando me volví su dueño estaba tumbado con los ojos nuevamente cerrados y sin pulso, como segundos antes lo había encontrado tras el atropello.

Apenas habían transcurrido cinco minutos (los más largos de mi vida) cuando llegó la ambulancia. El médico bajó y comprobó que no tenía pulso. Intenté explicar lo que había sucedido, pero nadie me hizo caso. Dos policías locales llegaron en sus motos y nos echaron de la zona. Desde una distancia prudencial contemplé cómo tapaban a aquel extraño individuo con una sábana blanca y se lo llevaban en un coche funerario. El conductor de la furgoneta, que había roto en llantos y todavía continuaba pronunciando la misma frase una y otra vez, fue detenido por la policía.

Capítulo 2

Árbol genealógico

Allí estábamos el señor Nubi y yo, con aquel papel doblado que un extraño nos había pedido que cogiéramos, mirándonos sin saber muy bien qué hacer. Durante unos instantes dudé si entregarlo a la policía o quedármelo, por lo menos, hasta ver de qué se trataba. De todos modos, no creía que un simple papel sirviera demasiado para la investigación del atropello. Al final ganó la curiosidad, lo metí en mi bolsillo y me lo llevé a casa para analizarlo con calma. Tenía la excusa perfecta para arañar segundos al reloj y retrasar el comienzo de mi jornada laboral.

El papel resultó ser un simple mapa de Granada de esos que se imprimen para que los turistas no se pierdan y las empresas de la zona pongan su publicidad. ¡Vamos, un simple folleto! Pero, a su vez, contenía en su interior un pequeño folio doblado concienzudamente de forma que cabía cómodamente en la palma de mi mano. Lo abrí con gran expectación imaginando que iba a encontrar el mapa de algún tesoro escondido, los números de la lotería de mañana o algo que cambiase mi vida, pero para mi desconsuelo lo que me encontré fue una especie de árbol genealógico perteneciente a una persona con un nombre muy extraño: Abdel Rashîd Alîm, ¿un nombre árabe...? Las esperanzas de acabar con mi triste vida de proletario se fueron al traste de inmediato. Arriba del todo constaba una fecha: Granada, 5 de junio de 1829. En fin, ya se sabe que los documentos administrativos y burocráticos están

llenos de erratas, pero este, aunque parecía antiguo, no podía serlo tanto como para tener casi ¡doscientos años!

Por todo esto, decidí continuar la investigación pues no me resignaba a pensar que aquel hombre, que ya había iniciado el camino hacia una vida sin retorno, me hubiera reclamado aquel folleto sin motivo alguno. Me resistía a pensar que su último deseo antes de morir fuera ver el mapa de Granada (por mucho que la ciudad le gustara) o un árbol genealógico. Recuerdo su mirada y el dedo señalándome de forma fija el suelo para que recogiera el papel. Tenía el presentimiento de que algo más había en aquel documento, si no, ¿por qué preocuparse más por el papel que por su estado de salud? Cabía otra posibilidad: ¿sería un demente o un enfermo mental? Algo dentro de mí (quizás solo fuera el aburrimiento) me empujaba a seguir investigando.

El árbol genealógico empezaba con dos nombres árabes (madre y padre, supuse) de los que pendían dos ramificaciones. No entendía nada de árboles genealógicos, pero caía de cajón que estas dos personas habían tenido dos hijos. Lo curioso de todo es que mientras uno de estos hijos había tenido descendencia, sin embargo, debajo del otro (llamado Abdel Rashîd Alîm y nacido en 1338, según el documento) se mostraba una interrogación y nada más. ¿Se habría muerto antes de tener hijos? No sería algo muy extraño, ya que por aquel entonces la esperanza de vida era mucho menor que actualmente, así que tampoco le di demasiada importancia.

Al finalizar el documento me fijé en un texto muy pequeño que decía:

«الْحَمْرَاء». Por fortuna, hoy en día, existen herramientas con las que poder traducir en un periquete. Supuse que era árabe y no dudé en pegar el texto en el traductor del móvil una vez sacada una foto con una *App* que convierte la imagen en texto. Para mi sorpresa la traducción decía: «rojo». ¿Rojo? También me percaté de que se podía leer una firma con las iniciales W.I. Aunque estaba

algo borrosa, se distinguían claramente las dos letras «W» e «I», pero no tenía la menor idea de lo que podían significar.

Inmediatamente, cogí el teléfono y llamé a mi buen amigo Samir, un inmigrante sirio que había conocido en Granada al poco tiempo de llegar y con el que había hecho muy buenas migas, a pesar de nuestras diferencias ideológicas, ya que él era un convencido musulmán y yo no creía en ninguna religión. Samir me dijo que le mandara un mensaje al móvil con el texto tal cual. Me respondió rápidamente.

—Alberto, yo pensaba que la arquitectura árabe no era santo de tu devoción, ¿a qué viene tanto interés por La Alhambra?

—¿Cómo? —le pregunté.

—¡Sí, tío! Eso se puede traducir como «La Roja» y, siendo un documento antiguo como me has dicho, no creo que se refiera a la selección española de fútbol; así es como llamaban los árabes al Castillo Rojo, o sea, a la Alhambra.

Mi reacción fue quedarme durante unos segundos callado, con la boca entreabierta y pensando que, si se trataba ni más ni menos que de la Alhambra de Granada, aquel documento sin duda debía tener un gran valor histórico. Había algo que no encajaba en aquel puzle y tenía que averiguarlo.

Lo primero estaba claro: sacar una fotocopia del documento. Como no disponía de fotocopidora y no me atrevía a acudir a ninguna papelería, simplemente saqué un par de fotos con el móvil. Pensé en un buen escondite para el original; finalmente llegué a la conclusión de que la funda del colchón de la cama era una tapadera bastante segura. Tampoco quería volverme paranoico, ¿quién iba a entrar a robar en mi casa y llevarse el documento que me acababa de encontrar? Además, el señor Nubi era un feroz guardián y jamás consentiría que nadie entrara sin mi permiso, a no ser que le dieran una buena salchicha, soborno que siempre aceptaba de buen agrado. Era ya muy

tarde, por lo que decidí acostarme e intentar dormir unas horas para reponer fuerzas.

Salí a las ocho de la mañana siguiente, preguntándome por dónde empezar a buscar y llegué a la conclusión que el mejor sitio, sin duda alguna, sería el Registro Civil. Si allí no tenían la partida de nacimiento de algunos de los personajes que aparecían en el árbol genealógico, no sería posible encontrarla en ningún otro sitio, por lo que emprendí rumbo hacia aquellas oficinas.

En la ventanilla había un señor de unos cincuenta años con cara de pocos amigos. Justo detrás de este señor, solo había dos personas más sentadas cada una en un lateral de la sala. Parecían muy ocupadas con sus ordenadores, tanto que ni siquiera se percataron de mi presencia. Una de ellas, una señora de mediana edad y con cara de momia, protestaba porque el ordenador se le colgaba cada vez que abría el navegador. De vez en cuando se volvía hacia su compañero y le decía con desesperación:

—¿Cuándo cojones vienen los del servicio técnico?

—«Manué» los llamó ayer y dicen que vendrán hoy a mediodía.

—¡Ofu, qué rollo «*trabajá asín*»!

Con la cara más amable que me fue posible poner, me dirigí hacia el funcionario.

—Perdone, caballero, ¿para consultar una partida de nacimiento?

—¿Es usted familiar?

—Eeee..., sí..., claro..., familiar lejano...

—Entonces necesita traer su libro de familia, una fotocopia de su DNI o pasaporte y firmar este documento que ahora mismo le entrego.

—Señor, ¿no podría como excepción saltarse tanto protocolo? Verá, es algo bastante urgente.

—Caballero, las normas son las normas y, a no ser que un juez diga lo contrario, aquí se hacen las cosas así. Sin esos documentos que le acabo de

referir será imposible facilitarle partida de nacimiento alguna.

Me di cuenta de que, dijera lo que dijera, insistir más sería en vano. Intenté sacar mi mejor sonrisa para darle las gracias, marchándome frustrado de aquel lugar. Había sido demasiado inocente pensando que lo iba a conseguir de aquella forma.

No sabía cómo iba a hacer para acceder a las partidas de nacimiento que quería investigar. Decidí sentarme en un café cercano justo en frente del Registro Civil para elaborar un plan. Pasaron treinta minutos y no llegué a ninguna conclusión, salvo que sería imposible seguir por esa vía de investigación. El funcionario no iba a dar su brazo a torcer, le dijera lo que le dijera. Por otro lado, ¿cómo iba yo a falsificar la documentación? Agarré el periódico y, para mi sorpresa, en primera página salía una foto del atropello en la que se me veía a mí agachado junto al cadáver.

Capítulo 3

Alberto

La foto que me delataba en portada estaba introducida por el siguiente titular: «Ciudadano norteamericano atropellado en la Gran Vía de la capital granadina, esquina calle Almona del Boquerón».

Lo que más me extrañó no fue que los diarios contaran la noticia, sino que esta estuviera en la primera página. A medida que iba leyendo comenzaba a entender el porqué de tanto interés. La noticia informaba de que...

«El señor Smith fue atropellado la pasada mañana del día... por una furgoneta que lo embistió y acabó con su vida al instante. Fuentes consultadas por este periódico afirman que la prueba de alcoholemia del conductor dio positivo, aunque todavía se está a la espera de que la Guardia Civil confirme dicha información. El Sr. Smith, exmiembro del FBI, jubilado, se encontraba pasando unas vacaciones en la ciudad de Granada junto a su mujer Lola Heredia, ciudadana española y granadina de nacimiento». La noticia continuaba destacando la carrera profesional de Mr. Smith y terminaba dando el pésame a la familia.

Empecé a preocuparme de que alguien más se hubiera percatado de mi hurto y quisiera recuperar el documento. Las manos me sudaban y estaba al borde de un ataque de pánico. Empecé a respirar despacio para tratar de calmarme. Llamé al camarero y le pedí una tila doble. ¡Madre mía! ¡En qué lío me había metido yo solito! No había que ser muy sagaz para darse cuenta de que, si

aquel hombre tenía tanto apego al documento, este debía ser una pieza importante (quizás de un puzle más grande o, quizás por sí sola, tenía un gran valor). No sabía qué era, pero cada vez estaba más seguro de que tenía algo gordo entre manos. Aun así, no acababa de darle vueltas a la misma idea que se me vino a la mente el día del accidente: hasta qué punto un árbol genealógico, por muy antiguo que fuera, podía llevar a una persona al borde de la muerte a preocuparse por este más que de su propia vida.

Al poco rato de terminar la tila, advertí que el «amable» señor que me había atendido minutos antes se disponía a salir del portal donde se encontraba el Registro Civil. Supuse que sería su hora del desayuno. En ese preciso instante, una loca idea invadió mi mente, di un salto de la silla, pagué, y corrí para entrar de nuevo en el registro. Me coloqué unas gafas que casi nunca usaba, puse mi mejor cara de informático desganado y dirigí mi mirada a la señora que minutos antes protestaba porque su ordenador se «colgaba». Me lancé y decidí interpretar el mejor papel de mi vida.

—Buenos días, señora, soy del servicio técnico informático.

—El señor Manué acaba de salir a desayunar, tiene que esperar a que vuelva
—me dijo sin dignarse ni siquiera a mirarme a la cara.

—Mire..., si quiere me marchó y dejo nota en la oficina para que vengan otro día. Hoy tenemos mucha faena y no puedo estar esperando por nadie.

Me tiré un farol que esperaba funcionase (si me decía que volviese otro día estaba perdido), no volvería a tener una oportunidad tan buena para indagar en los archivos. Esperaba que la desesperación de la señora a causa del mal funcionamiento de su equipo fuera motivo suficiente para que me suplicara que me quedara.

—Eee..., no, no, haga lo que tenga que hacer, pero, por favor, arregle mi ordenador que se cuelga a cada rato, y yo ya avisaré al señor Manué cuando regrese de desayunar.

—¿Cree que va a tardar mucho? —Ahora sí se giró para mirarme.

Tenía la cara estirada y cetrina, su color de piel reflejaba que apenas dejaba que los rayos del sol la rozaran. No parecía desbordante de salud y sus ojos no decían nada pues estaban apagados y asentados en generosas bolsas que denotaban que aquella mujer no dormía muy bien. Aunque estaba sentada, se intuía un cuerpo escuálido y con poca vida, era muy flaca.

—Señora, con estas cosas de la informática nunca se sabe. Si le parece, empezaré por este mismo ordenador que está libre y luego sigo con el suyo.

La señora no contestó, se giró y continuó con su quehacer. Me senté ante el ordenador del señor Manuel, que era el jefe, encargado o coordinador. Supuse que si alguien tenía acceso a la información que buscaba ese sería él. Crucé los dedos para que la sesión no estuviera bloqueada y pudiera acceder fácilmente a los archivos. Efectivamente, no lo estaba, así que «manos a la obra»: me dispuse a buscar. Encontré un acceso directo a una aplicación que tenía toda la pinta de ser lo que quería encontrar. La abrí e hice una prueba muy sencilla: busqué los datos de un amigo mío que había nacido en Granada y ¡voilà!, apareció un listado de lo que entendí eran sus ascendientes y descendientes. Después de un rato intentando comprender la estructura y orden de dicha información, probé con el sujeto en cuestión y escribí su nombre: Abdel Rashîd Alîm. Este era el nombre del personaje debajo del cual aparecía una interrogación en el árbol genealógico y cuya fecha de nacimiento era la de 1338, la misma que la del sultán nazarí de Granada, Mohammed V (información que había encontrado en Internet unas horas antes). Aunque no me sorprendió demasiado, no hallé nada: no había registro ni de su nacimiento ni de su defunción. Imaginé que sería por la fecha remota de la que se trataba, por lo que probé suerte con lo que parecía nombre de mujer: Farah Alîm, que, al estar al mismo nivel en el árbol genealógico, deduje que se trataba de su hermana; supuse que al ser contemporáneos tampoco hallaría nada. Mi

sorpresa fue mayúscula cuando se mostraron los resultados: lugar y año de nacimiento (Granada, 1339), el nombre de sus padres, de sus descendientes, así como la fecha de su defunción (1395). Empecé a comprender que aquí había algo muy extraño, tanto como para supuestamente ser del interés de nada más y nada menos que de agentes extranjeros, como aquel hombre atropellado (a pesar de que este estaba ya retirado según la información que la noticia de prensa informaba).

Disimuladamente, tomé una foto de la pantalla con mi móvil. No sabía si estos datos podrían ser útiles en mi investigación, pero tenía la certeza de que no volvería a tener otra oportunidad de acceder a dicha información en un futuro.

Empezaba a estar nervioso por si el funcionario volvía de su desayuno de media hora, pero después de consultar el reloj observé que aún no habían pasado ni veinte minutos, así que me tranquilicé. El reflejo del monitor me permitía ver que la señora me vigilaba de reojo. Por ello, yo de vez en cuando abría el antivirus y exclamaba: «Ajá, ¡cómo está esto! ¡Madre mía! Aquí hay que hacer una buena limpieza...». Decidí abrir el administrador de procesos simplemente porque ya estaba cansado de la parodia del antivirus. Por otra parte, para evitar mayores sospechas, pensé que tenía que dar un toque más profesional a mi farsa y no había nada mejor para aburrir a los neófitos que mostrar una ventana llena de números, letras y gráficas en movimiento, más cuando salían barras con colores indicando la memoria RAM utilizada, procesos abiertos, etc., etc. Eso acojonaba a cualquiera que no entendiera del asunto y, sobre todo, le hacía parecer a uno más profesional. No tenía tiempo para más...

La señora que estaba peleada con su ordenador, al ver que me levantaba y me dirigía a la puerta, me preguntó con cara de ogro que a dónde iba, que aún faltaban por mirar su ordenador y otros dos más de la oficina. Le contesté que

iba al coche a por herramientas que necesitaba y que regresaría en unos momentos, pero desde luego no tenía la intención de volver a pisar aquella oficina jamás.

Salí por patas de aquel sombrío lugar. Habían pasado exactamente veintiocho minutos y todavía no había señales del funcionario. Mi plan había funcionado.

Hacía un día radiante, de mucho calor, pero era uno de esos días en los que se respiraba una fragancia que mantenía todo en calma. La vida parecía transcurrir más despacio y la gente se mostraba más dichosa. No estaba seguro de si eso era así o simplemente era mi perspectiva del momento. Posiblemente, llevar unas horas alejado de la pantalla del ordenador ya hacía que me sintiera más feliz.

Tomé el primer callejón a la derecha y entré en una pastelería. Estaba muerto de hambre. Mi mente y mi estómago me pedían a voces una napolitana de chocolate. Observé las vitrinas que estaban llenas de mil y una delicias. Los aromas que se desprendían de ellas junto con el olor a pan recién hecho componían una sintonía tan perfecta que los clientes sin saberlo acudían hipnotizados en procesión. Pero yo tenía claro lo que quería: nada como el chocolate para endulzar el alma y, sobre todo, para afrontar los problemas de mejor talante.

Salí de la pastelería en dirección a mi apartamento. Durante todo el trayecto, desde que salí por la puerta de aquel bendito lugar hasta que llegué a casa, tuve la extraña sensación de que me seguían. ¿Me estaría volviendo paranoico?

El señor Nubi ladraba como un demente. Pensé que seguramente el perro de algún vecino se habría atrevido a pasar por delante de nuestra puerta o que algún cartero comercial había llamado al timbre, pero mi sorpresa al abrir la puerta fue mayúscula pues me encontré la casa patas arriba. Estaba todo

revuelto, ¡madre mía! Las pocas cosas que tenía estaban destrozadas: el portátil, la tele y hasta platos rotos por el suelo. Empecé a pensar que igual no estaba tan paranoico y que verdaderamente alguien me había estado siguiendo. Por otro lado, suspiré aliviado al ver que mi socio estaba entero, no tenía ni un rasguño. ¡Uff!, seguro que él también se había llevado un buen susto al presenciar en vivo y en directo el destrozo.

Lo primero que se me ocurrió fue ir a la policía y denunciar el suceso, pero... ¿Cómo podría explicar que no me habían robado nada y que el intruso se había limitado a destrozarme mi casa supuestamente en busca del dichoso papelito que yo previamente había robado? Empezaba a lamentar haberme tropezado con aquel extranjero y, sobre todo, haberme llevado el documento, puesto que ahora no sabía qué diablos hacer. Corrí hacia la habitación y busqué debajo del colchón donde guardaba a buen recaudo el papel. Allí estaba. Si era aquello lo que el ladrón buscaba, había fracasado estrepitosamente. Contarle a la policía mi hurto quizás podía meterme en problemas aún mayores de los que ya tenía, pero, si no lo hacía, los problemas no se iban a diluir como lágrimas en la lluvia. La verdad es que estaba hecho un lío. Me preparé una infusión y cómodamente sentado en el sofá de casa analicé la situación. Cogí papel y boli y escribí:

EVIDENCIAS:

1. El papel era importante (evidencia al 90%, por prudencia).
2. El tal Abdel Rashîd Alîm, según el Registro Civil, nunca existió (evidencia al 100%).

CONJETURAS:

- A. Habían revuelto mi casa, estaban buscando algo. ¿El papel? Esto lo anoté como una conjetura, por si acaso, aunque parecía bastante lógico.

- B. Mi foto había salido en todos los periódicos de tirada nacional, así como en los de Granada (seguramente alguien había evidenciado mi hurto).
- C. Si el sujeto atropellado era un agente extranjero, seguramente estaba detrás de algo gordo y no sería el único interesado, por lo que muy probablemente otros agentes estarían tras mis pasos.
- D. Sobre quién podría estar siguiéndome, intuí que sería algún otro agente, que seguramente sería el mismo que había revuelto mi apartamento (¿o no?).

Me quedé un rato pensando el plan que debía seguir. De repente sonó el timbre de tal manera que aquel estruendo heló mis sentidos. Me entró un hormigueo por todo el cuerpo como si un millón de hormigas me recorriera desde la cabeza a los pies en una lucha por evitar la extinción. El señor Nubi comenzó a ladrar y eso avivó aún más mi nerviosismo, por lo que decidí acercarme a la puerta con mucho sigilo y observar por la mirilla. Al otro lado se intuía a una muchacha de no más de veinticinco años con cara de buena gente y mejillas sonrojadas. Al ver que no contestaba, llamó con los nudillos y con una vocecilla que delataba inocencia empezó a canturrear una melodía que empezaba por: «señor, perdone» y terminaba en: «¿hay alguien?». «Señor, perdone... ¿Hay alguien?», y así como unas diez veces. No sé si por la insistencia de la muchacha, por lo inofensiva que me parecía o por el insoportable ladrado del señor Nubi, decidí abrirle.

Abrí la puerta solo lo justo y necesario para asomar la cabeza:

—Dime, ¿qué quieres? Mira, de verdad que no necesito nada ni tengo mucho tiempo. Estoy trabajando y me pillas en un mal momento.

—Señor, solo quería hacerle unas preguntas. Es para una encuesta.

—De verdad que lo siento, pero me pillas mal de tiempo y no puedo pararme ahora con encuestas.

—Le prometo que no le robaré más de cinco minutos —me dijo mientras me ponía la mejor de sus sonrisas, artimaña que seguramente ya había utilizado antes.

—Me llamo Clara.

—Yo... Alberto, encantado... —le dije balbuceando.

Era una chica guapísima, emanaba vida y dulzura por cada poro de su piel, su rostro iluminaba la escalera del viejo y raído edificio donde estaba mi apartamento. Por unos momentos me quedé embobado mirándola, solo me faltó babear. Clara era de tez muy blanca, su rostro era un busto casi perfecto, tenía unos ojos grandes de un azul intenso y llenos de vida. En su nariz reposaban unas gafas de esas que se llevaban más por moda que por necesidad. Sus negros rizos parecían tener vida propia. Llevaba un *short* discreto pero *sexy* a la vez, o eso me parecía a mí, y sus piernas se ocultaban tras unas medias negras que dejaban paso a la imaginación.

Pero, enseguida, recordé el marrón que tenía encima y resucité del embrujo que aquella muchacha ejercía sobre mí. No sé cómo ni por qué, pero abrí la puerta y acepté hacer la encuesta a pesar de las circunstancias que me rodeaban.

—Venga, acepto, la verdad que me pillas en un mal día, pero, bueno, si son solo cinco minutos... —Acepté resignado. Me dio una palmadita en la espalda y entró como si tal cosa. No me dio tiempo ni a dar un paso al frente para salir al pasillo. Se me quedó cara de tonto y no pude articular palabra alguna. Por momentos había olvidado el desastre acontecido allí dentro, donde parecía que un desfile de tornados había danzado a sus anchas.

—¡Dios mío! —exclamó la muchacha—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Uhhh... es que hemos tenido fiesta esta noche y, ya sabes...

Preferí que pensara que era un loco y organizaba fiestas donde se rompían platos, televisores y todo el mobiliario posible, antes de contarle la verdad.

—Qué bien lo debieron pasar, ¿no?

El señor Nubi y yo nos miramos y asentimos sin articular palabra. Comenzó a radiografiar cada parte del apartamento con ojo clínico. Su rostro se tornó de cándido a analítico, seguramente estaría pensando que era un guarro y un loco y que era mejor salir de allí antes de que le hiciera algo, pero para mi sorpresa no echó a correr.

—Bueno, entonces, ¿comenzamos? —me dijo decidida.

—Sí..., supongo. Adelante.

Estuvimos como unos tres minutos realizando una encuesta sobre mis hábitos alimenticios. Fue muy fácil: pizzas congeladas, lasañas, arroz y latas en conserva. Cuando terminamos me preguntó en un tono amistoso a qué me dedicaba. Ella me dijo que había estudiado Psicología pero que estaba haciendo ese trabajo porque no había encontrado otro. No voy a negar que la muchacha me gustaba, pero mi cabeza estaba en otro lugar, así que me dispuse a terminar con aquello lo antes posible.

—Disculpa, Clara, la conversación es muy interesante y eres una chica encantadora, pero...

—Sí, sí, perdona, Alberto, es que cuando hablo no me doy cuenta de que me enrollo. No te quiero robar más tiempo.

Me sentí fatal, ya que en otras circunstancias no hubiera dudado en pedirle el teléfono para continuar la charla en otro momento, pero tenía cosas más importantes de las que preocuparme.

—Bueno, gracias por tu tiempo, espero que nos volvamos a ver. Has sido muy amable.

—Eh, sí, gracias, tú también eres muy... agradable. Mucha suerte con las encuestas (en mi interior sentía que me estaba comportando como un crío y que

aquella despedida no era muy inteligente).

Cuando cerré la puerta noté que mis pulsaciones estaban a cien por hora, pero necesitaba centrarme para decidir cuáles tendrían que ser mis pasos a partir de ahora. Esperaba no tener más distracciones puesto que mi situación era complicada y debía dedicar todo mi tiempo a solucionar este entuerto en el que yo solito me había metido.

No obstante, mi mente volvió a la chica que acababa de conocer. Mi instinto me decía que había algo en ella que no terminaba de convencerme. ¡Bah! Descarté la idea, supongo que todo el lío del accidente y el documento estaba provocando que sospechara de todo. Me estaba volviendo un paranoico y tenía que calmarme.

Esa noche proyectaban en el cine *La vida es bella* de Roberto Benigni, una película que ya había visto. Creo que nunca había llorado y reído tanto viendo un mismo *film* que sin duda tenía muchas ganas de volver a ver. Pensé que sería una buena distracción para desconectar mi mente por unos minutos de aquel embrollo. Decidí que iría a la sesión de las diez. Me puse unos vaqueros y la primera camiseta que encontré tirada en la silla del ordenador. Ansiaba salir de aquel apartamento y tomar el aire fresco de la noche. A las nueve y media ya caía la noche sobre la ciudad, el cielo estaba cubierto de estrellas; el aire era fresco y se podía respirar. Una noche magnífica para pasear por Granada y desconectar de todo por unas horas.

Salí del portal y miré a todos lados. Mi estado de alerta estaba disparado en su máxima expresión; necesitaba calmarme. Cuando advertí que nadie me observaba, me dirigí a los cines situados en la calle Recogidas, muy cerca de las oficinas centrales de Correos.

Faltaban menos de cinco minutos para el inicio de la sesión cuando sentí la necesidad imperiosa de ir al servicio. Supongo que toda la tensión acumulada debía salir por algún lado. Aliviado, me fijé en el reloj. Aún tenía tiempo de

correr para comprar palomitas, mi cena esa noche (un cubo bien grande), y el vaso de refresco con más azúcar que tuvieran. Necesitaba glucosa. Me puse en la cola y esperé mi turno, poco antes de que me atendieran noté que alguien con un dedo afilado me tocaba en la espalda y me decía al oído: «¡Hey, hola!», era una voz suave, sonaba como un canto de sirena, me volví y ahí estaba Clara, iba vestida con un traje blanco de encajes, precioso, discreto, pero elegante.

—¡Hoooola, Clara! ¡Tú por aquí!

—¡Hey, qué casualidad! He visto que echaban *La vida es bella* y no dudé en volver a verla, es una película que me encanta, de mis favoritas.

—¿En serio? La mía también —le dije sorprendido. Por un instante me dio la sensación que Clara suspiraba como aliviada, o algo por el estilo.

—Esto..., Alberto, yo voy a comprar algo de picar, si te apetece podemos ver la peli juntos, no sé, así igual podemos compartir las chuches, ¿o quizás esperas a alguien? ¡Uy, qué tonta! Perdona por las confianzas.

Mientras me decía esto noté que se ponía roja como un tomate, y a mí me pasó que casi no pude ni responder, aunque me cargué de valor y le dije:

—Uhhh..., vale, me parece buena idea, la verdad que no espero a nadie, es una de esas noches que necesito evadirme y prefería venir solo al cine. — Mientras pronunciaba esas palabras ya me estaba arrepintiéndome antes de haber acabado la frase.

—Entiendo, perdona, Alberto, no quería que pensaras..., en fin, te dejo tranquilo que te relajés, nos vemos otro día si eso, pásalo bien.

—¡No! ¡No! ¡Clara, perdona! No quería decir eso, me encantaría que me acompañaras, la verdad que te ruego que me acompañes. Sería un honor compartir las palomitas contigo. —Cruzamos un par de sonrisas y ya tocó mi turno, faltaba menos de un minuto para el comienzo de la peli y no quería perderme ni un segundo.

—Señor..., ¿qué desea?

¿Señor? ¿A mí? Madre mía, uno se da cuenta de que se está haciendo mayor cuando le llaman señor por primera vez, y esta no era la primera, odiaba que me dijeran señor.

—El cubo de palomitas más grande que tengan y una bebida con mucho azúcar, por favor.

—¿Cola, naranja, limón?

—Eee... cola.

Clara se compró otro cubo de palomitas grande y una bebida baja en calorías de esas que llevan té.

Entramos en la sala y, ella tomando la iniciativa, se sentó en las butacas del centro por el medio de la sala, según ella era donde la perspectiva era la mejor, asentí como un tonto y me senté a su lado. Estar cerca de Clara me hacía sentir muy bien, y olvidar todo el lío en el que estaba metido por instantes.

Clara resultó ser una feroz depredadora de palomitas, algo que nadie hubiera pensado a primera vista, en cuanto acabó con su enorme cubo se lanzó en picado a por el mío —la verdad que tenía que reconocer que me gustaba verla devorar de aquella forma—. La película tenía continuas subidas y bajadas emotivas, yo hacía todo lo posible por contener el tipo, creo que la había visto como unas siete veces y en ninguna de ellas había conseguido terminarla sin derramar un mar de lágrimas y otro tanto de carcajadas. Benigni era un genio, hacer reír no era nada fácil, hacer llorar tampoco, pero provocar ambos sentimientos en un mismo *film* para mí se trataba de una gran hazaña, capaz de llevar a cabo por muy pocos.

De vez en cuando contemplaba a Clara, miraba la pantalla con una dulzura que estremecía a las rocas, con los ojillos iluminados a punto de estallar; quería abrazarla, quería besarla, pero no sabía qué hacer. Por fin sucedió y

Clara reventó a llorar al final de la película; a pesar de la propaganda yanqui era imposible no hacerlo, yo hacía todo lo posible por no imitarla e intenté llorar para adentro, entonces la miré y le pasé los dedos por sus ojos, ella me miró y nos abrazamos.

Todo ocurrió muy deprisa; el abrazo fue lo que más duró, pero el beso fue fugaz, nuestros labios se rozaron en un rápido beso, ambos nos quedamos aturdidos como si aquel acto fuera a causa de una fuerza mayor que no controlábamos y que nos había empujado a ello.

A la salida del cine hicimos como si nada hubiera ocurrido; primero teníamos que recomponernos de la paliza emocional que nos acababa de dar Roberto Benigni y, ya una vez superado el trance, hablamos de ello. Comenzó Clara.

—Alberto, lo que ha pasado ahí dentro...

—Sí, perdona, Clara, me dejé llevar por el momento, la película, ya sabes...

—No, no, tú no tienes la culpa, a mí también me apeteció besarte, eee, umm, no sé...

—Bueno, no pasa nada, no hemos matado a nadie, no te preocupes por eso.

Notaba en ella un sentimiento de culpabilidad que me parecía iba más allá del simple beso que nos acabábamos de dar, pero no terminaba de comprender de qué se trataba.

—Oye, Clara, ¿tienes hambre?

—Un poco.

—Podemos picar algo y tomarnos una cerveza antes de marcharnos, ¿te apetece?

—Me parece perfecto.

Pusimos dirección a calle Elvira, aunque con la hora que era mi esperanza de encontrar algún sitio abierto que nos pusieran unas «tapillas» o un simple bocadillo me parecía remota. Pero debo reconocer que no quería que acabara

aquella noche mágica, deseaba pasar con ella todo el tiempo del mundo posible y no quería invitarla a mi apartamento para que no pensara otra cosa y se fastidiara todo.

Dimos un par de vueltas por los alrededores, y a estas horas sin contar un par de tugurios de mala muerte, solo estaban abiertos *pubs* con música a todo volumen donde era imposible mantener una conversación. Entramos en uno con apariencia rockera, Clara me confesó que a ella le gustaba el *rock*, y en eso coincidimos plenamente, nos tomamos una cerveza, pero, ante la imposibilidad de terminar una frase que se pudiera comprender, decidimos salir fuera.

—Clara, ¿te gustaría...? Mira, vivo muy cerca de aquí, si quieres podemos ir a cenar algo a mi casa y hablar con más tranquilidad, preparo una pasta de escándalo (mentí).

Ante aquella frase, temí la reacción de Clara, tenía miedo de que pensara que mi única intención era llevármela al catre (que ni por asomo era esa, desde luego que no). Aunque no me podía engañar a mí mismo que sentir su piel sobre la mía era una idea que me entusiasmaba, pero en aquel momento mis intenciones iban por otros derroteros, quería saber más de ella, su entorno, conocer algo de su vida, etc.

—Perfecto, podemos ir andando, ¿verdad? —Balbuceando como pude, le respondí.

—Sí..., creo que estamos a unos cinco minutos a pie.

—Ok.

Ella se mostraba conforme con la idea, pero contestaba de forma algo cortante, no me parecía la misma Clara de hace unas horas, su dulzura se había tornado en preocupación o algo por el estilo, pero imaginé que sería por otra causa ajena a mí; además, esperaba que se abriera y me hablara un poco de ella misma durante la cena.

Llegamos a casa y, a pesar del caos que todavía no había tenido tiempo ni ganas de arreglar, coloqué el mantel más glamuroso que tenía donde se podía ver la imagen de dos payasos de circo jugando con una gran pelota hinchable. Acerqué a la mesa dos de las sillas que estaban tiradas por el piso y la invité a sentarse.

—¿Qué te apetece beber?

—¿Tienes una cerveza?

—Marchando una cerveza bien fría.

Agarré dos cervezas y, mientras el agua que había metido en una cazuela se calentaba, comenzamos a charlar.

Me parecía todo demasiado bonito para ser real, una preciosidad inteligente y amante del *rock*, a la que además le gustaba la cerveza, estaba sentada en mi mesa esperando que le sirviera un plato de pasta de esos que vienen en una bolsita y hasta el más torpe es capaz de preparar. Esperaba que en cualquier momento de algún rincón de mi casa saliera el cámara escondido y un presentador exaltado gritando: «¡cámara oculta!», pero decidí disfrutar del momento mientras durara.

Clara observó un libro que tenía sobre la mesa del comedor donde nos habíamos sentado, se titulaba: *¿Dime quién soy?* de Julia Navarro, libro que recordaba con mucho cariño. Ella me dijo que la autora era de sus preferidas y que había leído casi todas sus obras, otra cosa que teníamos en común.

La velada transcurrió muy tranquila, charlamos de temas diversos, ella me contó que había nacido en Galicia, concretamente en Vigo, su madre era gallega y su padre alemán, al parecer era un diplomático destinado en España. Hablamos de libros, cine, música, temas de actualidad y, como no, de política.

—Clara, ¿y cómo es que tú acabaste en Granada?

—Bueno, la verdad que Galicia es una tierra que adoro por su belleza y creo que no hay otra igual, pero para vivir me gusta más el sur por el clima, y

Granada tiene algo mágico que me atrajo desde el principio.

—¿Desde cuándo estás en Granada?

—Hice el último año de Psicología aquí, eee..., me enamoré de la ciudad, decidí que una vez terminada la carrera quería pasar unos años de mi vida aquí. Noté que su voz temblaba cuando hablaba de sus estudios, no entendía el motivo, pero algo no terminaba de convencerme. Clara estaba ocultando algo o, al menos, esa era la sensación que me daba; el color de sus mejillas la delataba con facilidad.

Cocida la pasta, la serví y nos duró tres asaltos, ambos teníamos hambre canina. El señor Nubi nos miraba con un enfado supino, él también quería catar aquel manjar. Pronto descubrí la complicidad entre Nubi y Clara. Él, que era muy listo, sabía muy bien dónde arrimarse para que le cayera algo, además era un gran conquistador de féminas, por lo que enseguida cameló a Clara con la mejor de sus sonrisas, y esta, de manera furtiva, le lanzaba algún que otro espagueti por debajo de la mesa; yo me hacía el loco.

Se me ocurrió mirar el reloj, ¡eran las cuatro de la mañana!, habían pasado las horas como si de segundos se tratara, estábamos tan a gusto que ni ella ni yo nos dimos cuenta; no obstante, Clara me dijo que le estaba entrando un poco de sueño y que creía que debía marcharse a descansar.

Me comentó que no vivía muy lejos y que se iba a ir andando, pero debido a la hora que era insistí en acompañarla, no eran horas para andar por ahí sola ya que la noche traía consigo muchos peligros por muy tranquila que fuera una ciudad. Al final llegamos a un acuerdo y, como yo también estaba agotado y ella no quería que tuviera que acompañarla, le pedí un taxi, nos despedimos en el portal. A la llegada del taxi me cogió la mano y, con los ojos que se le caían de cansancio, me miró fijamente y me dijo:

—Alberto, hacía mucho tiempo que no pasaba una noche tan agradable.

—Eee..., yo tampoco, Clara, eres un encanto y me encantaría volver a verte.

Clara no contestó, me miró con un gesto entre pena y angustia, que reflejaba algo que en aquel instante fui incapaz de interpretar, se subió al taxi rumbo a su casa y se marchó.

A pesar de haber pasado una noche maravillosa, tuve la sensación de que algo con Clara no iba del todo bien, era una chica encantadora, pero algo le preocupaba, algo que por ahora no quería compartir conmigo, ¿volvería a verla?

Decidí acostarme ya que al día siguiente quería empezar haciendo una visita a la última dirección de la familia Alím.

Capítulo 4

La familia Alim

El señor Nubi me acosaba embistiendo su pequeño esqueleto contra mi espalda con la clara intención de que me levantara. De vez en cuando hundía su hocico debajo de mi brazo izquierdo para despertarme. Entendí al momento que pasaban de las ocho de la mañana por lo que su horario de paseo había sido incumplido y me reclamaba calle. No tenía ningunas ganas de levantarme todavía. Con gesto torpe cogí el móvil de la silla donde lo había soltado y lo encendí para mirar la hora: eran las ocho y media de la mañana, demasiado tarde para mí. Tenía que hacer muchas cosas, entre ellas visitar a la familia Alim.

Observé que tenía un mensaje de Clara en el que me decía: «Alberto, necesito contarte algo de forma urgente. Me siento fatal. ¿Cuándo podemos tomar un café?». Aquello sonaba a despedida. Seguro que tenía novio, así que lo nuestro (si es que en algún momento había habido algo) solo era un sueño fugaz del que debíamos despertar. Fuera lo que fuese tenía que dejarlo para más tarde. Aunque estaba impaciente por saber de qué se trataba, algo más urgente reclamaba mi atención. Primero saqué al señor Nubi y luego me tomé un café bien cargado con una tostada de aceite y tomate. Tras realizar estas acciones tan cotidianas, pero sumamente importantes (en el fondo no era más que un modo de retrasar una respuesta que no estaba seguro de querer oír), contesté a Clara y le pregunté si quería que comiéramos juntos o, si lo

prefería, tomarnos un café después de almorzar. Lo dejé a su elección. Después de unos largos e insoportables minutos de espera me contestó que le parecía bien comer juntos. Me invitaba a su casa (ahora tocaba jugar el partido de vuelta, pensé). Estaba ansioso por saber qué era aquello tan urgente que ella quería contarme.

Me duché y vestí en menos de cinco minutos. Salí a la calle y puse rumbo hacia el Albaicín pues allí me remitía la última dirección que había apuntado: «Aljibe de la Gitana, 1». Suponía que la calle, pudiera haber cambiado de nombre ya que habían pasado muchos años.

Las calles del Albaicín eran muy estrechas y tenían el pavimento empedrado, algunas veces con cuestas tan empinadas que requerían de una buena forma física para afrontarlas a pie y no acabar sin aliento. Encontré asomada a una ventana a una señora a la que pregunté por dicha calle y me sacó de dudas: el nombre de la calle no había cambiado. ¡Hoy era mi día de suerte! Supuse que al ser el Albaicín patrimonio histórico, de gran relevancia para la ciudad de Granada, nadie se había atrevido a cambiar los nombres de sus calles.

Tras pasar por varios callejones empinados y angostos, llegué al comienzo de la calle Aljibe de la Gitana.

El número 1 estaba justo delante de mí. La casa era de piedra y presentaba la construcción típica de la zona. La puerta estaba ajada, parecía no haberse cambiado en siglos. Había un timbre, pero llamé por instinto varias veces golpeando con los nudillos. Sin respuesta. Decidí, ahora sí, usar el timbre. Al poco rato abrió la puerta una mujer anciana. Debía de tener más de ochenta y cinco años. Su aspecto reflejaba una vida dura que la había ido desgastando, pues su rostro estaba repleto de arrugas y tenía manchas por toda la cara (lunares o verrugas, no estaba muy seguro).

—Perdone, ¿la señora Alîm? Disculpe..., quería decir la señora Saadi — rectifiqué al recordar que, según el árbol genealógico, la hermana Alîm se

había casado con un tal Mohamed Saadi.

—¿Quién es usted? —preguntó la señora con un hilillo de voz.

—Estoy buscando a la familia Saadi. Estoy haciendo un reportaje y me gustaría hablar con algún miembro de la familia.

—¡¿«Repor... qué»?! —exclamó la señora.

—Reportaje, señora. Busco a algún miembro de la familia Saadi para hacerle una entrevista.

—Ahhh, entrevista. Vale, pero... aquí no vive nadie con ese nombre.

Detrás de la anciana, atenta a la conversación, estaba una muchacha de pelo negro y piel oscura que parecía gitana. Era una chica bastante bella: sus ojos negros enormes eran hipnotizadores; sin embargo, su aspecto, todo él, parecía descuidado. De pronto la muchacha intervino en la conversación. Hablaba tan rápido con la anciana que yo apenas podía entender lo que decían, aunque pude deducir algo de lo que habían conversado.

—Tata, se refiere al payo, el patrón de la casa.

—¡Ah! Ese no está aquí. Está en «la Alemania».

La chica se acercó a mí y me miró con desconfianza, dándose cuenta de que yo no entendía muy bien su jerga, por lo que empezó a hablarme como si fuera extranjero. Me sentí un poco incómodo, pero se lo agradecí porque de lo contrario no hubiera entendido casi nada.

—Mire, señor, el dueño de la casa no está. Mi tata se la tiene alquilada, así que el dueño no vive aquí —me respondió con una sonrisa tan embrujadora como su mirada.

—¿Sabría usted decirme dónde vive?

—Mi tata paga la renta en una inmobiliaria del Zaidín, el sobrino del señor Saadi es el dueño. Él podrá decirle más.

—¿Sabe usted el nombre de la inmobiliaria? —pregunté ya con cierta impaciencia.

—Eh..., sí. Se llama «mobiliaria» hermanos Saadi.

—Muchas gracias, señoras, han sido de gran ayuda.

—¿Esto es para los reporteros callejeros? —me preguntó la chiquilla mientras posaba poniendo morritos.

—Eee..., sí, sí, más o menos —respondí algo asustado—. Es para un reportaje. Gracias.

Me marché de aquel barrio histórico de Granada; por lo menos ya había localizado a un familiar. Supuestamente el dueño de la inmobiliaria era el descendiente del linaje más cercano que había podido encontrar por el momento. Tenía que entrevistarle, pero no antes de comer con Clara. Solo pensarlo se me aceleraban las pulsaciones. ¿Qué tendría que decirme esta mujer que fuera tan urgente?

Cansado de los mensajitos que últimamente se habían puesto tan de moda y que tan nervioso me ponían, decidí llamarla. Tenía ganas de escuchar su voz, aunque fuera a decir algo que no me agradara. Tragué saliva, me armé de valor y marqué su número. Tardó en responder, lo que me hizo dudar y pensar que a lo peor ya no quería hablar más conmigo.

—¡Hey! ¿Qué tal, Alberto?

—Hola, Clara. ¿Cómo estás?

—Perdona que tardara tanto en coger. Estaba... —hizo una breve pausa— trabajando en unas cosas.

—Sí, ya, lo suponía. No te preocupes.

—¿Vienes ya?

—Sí, pásame un mensaje con tu dirección y voy directo. Estoy en el Albaicín, así que no tardaré mucho.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Dando un paseo?

—Si, más o menos.

—Vale, nos vemos en un rato.

Clara me pasó la dirección de su apartamento. Se hallaba en el Zaidín, casualmente en el mismo barrio donde estaba la Inmobiliaria Hermanos Saadi, así que me venía genial para poder pasarme a eso de las cinco y media (cuando suponía que la inmobiliaria estaría abierta) tras comer con Clara.

Para no perder mucho tiempo cogí en Plaza Nueva un taxi que me dejó justo enfrente del portal de Clara. Vivía en un segundo por lo que decidí no tomar el ascensor y subir andando las escaleras. Era un edificio antiguo que parecía caerse por todos lados. Las paredes llevaban siglos sin pintarse, como dejaban entrever algunas grietas que denotaban su vejez. Llamé al timbre del 2.º A, donde vivía mi anfitriona. Clara me abrió con una sonrisa nerviosa y una luz extraña en su mirada. Me invitó a entrar y, acto seguido, a sentarme. Entonces me dijo:

—Alberto, antes de nada, quiero contarte una cosa. Luego, si sales por esa puerta y no quieres volver a saber nada más de mí, lo respetaré y lo entenderé, pero, te lo ruego, escúchame.

—Vale, te escucho —le dije sorprendido y con gesto muy serio.

—Todo lo que te he contado es cierto... Salvo algunas cosas.

¡Uy! Esa frase me sonaba, pero no recordaba dónde la había escuchado antes. Empecé a temerme lo peor: tenía novio y solo me quería como amigo; era una asesina en serie, una agente secreta...

—No soy psicóloga ni he estudiado nunca Psicología y jamás he trabajado haciendo encuestas.

—¡Ah! ¿No? ¿Entonces...?

—Soy periodista.

Durante unos segundos me quedé callado. Mi cerebro empezaba a atar cabos y tras unos segundos en silencio me levanté de la silla, blanco como el papel y, cruzando los brazos en posición defensiva, le pregunté:

—¿Qué quieres de mí?

—Tranquilo, Alberto, entiendo tu enfado, pero escucha mi historia. Solo te pido eso y luego podrás juzgarme como mejor consideres. Permíteme unos minutos antes de que te vayas para siempre.

—Ok. Entonces, ¿todo esto no ha sido por casualidad? ¿Tú has forzado nuestros encuentros?

—Sí, es cierto, pero...

—Clara, me quiero ir a casa. No pasa nada, dejémoslo así, tú haz tu vida y yo la mía, como hacíamos hasta ahora, ¿ok?

—Alberto, deja que te cuente mi historia y luego toma una decisión. Por favor, escucha lo que tengo que decirte.

—Vale. Te escucho.

Capítulo 5

Clara

—Como te decía, Alberto, lo que te conté ayer en la cena era casi toda verdad. Nací en Galicia. Mi madre es gallega y mi padre alemán. Tuve un hermano que ahora trabaja en Düsseldorf como abogado. Yo terminé mi último año de carrera aquí, en Granada, ciudad que me cautivó desde el principio. Motivo por el que me quedé a vivir. Intenté trabajar en diarios locales, pero nunca se me dio bien seguir líneas editoriales y, como todo el mundo sabe, la mayoría de los diarios, por no decir todos, están fuertemente politizados. En cuanto no sigues su rollo te botan a la calle o te hacen la vida imposible. Y eso me pasó a mí. Comencé a los veintiún años en un diario local como becario. Me explotaron todo lo que les permití hasta el día que me cansé y decidí aceptar una oferta de un diario *online* que aclamaba a los cuatro vientos su imparcialidad. Trabajé para ellos como periodista *freelancer* y, a día de hoy, sigo colaborando con ellos. Me pagan muy poco. Me lo tengo que currar bastante pero siempre que hay un evento en Granada cuentan conmigo. Me siento mucho más libre, aunque las noticias que suelo cubrir son de poca relevancia y en muchas ocasiones aburridas.

»Todos los días, como parte de mi trabajo, bajo a la cafetería que está a un par de calles de mi casa a desayunar. Hago un repaso a los principales periódicos y si veo una noticia interesante sigo la pista, sobre todo cuando

algo no me cuadra, intuyo que faltan datos o que, como suele pasar, la noticia está viciada por intereses económicos o partidistas.

»El pasado martes leí en casi todos los periódicos una noticia que nunca tendría que haber salido en primera página, pero por algún extraño motivo la habían sacado casi todos los diarios en portada, el texto decía: «Ciudadano norteamericano atropellado en la Gran Vía de la capital granadina, esquina calle Almona del Boquerón».

»Rápidamente, observé a un muchacho agachado a un lado del hombre atropellado. Supuse que simplemente era un transeúnte más que pasaba por ahí y se había encontrado con tal estampa, y que su única intención era la de asistir a la víctima. No obstante, me percaté que, junto al muchacho, a la altura de las rodillas de la víctima, había un papel doblado. Las comparé con otras fotos recogidas por distintos diarios y el papel ya no estaba. En otras se intuía al muchacho agachado con lo que parecía la mano abierta, por lo que deduje todo lo que sucedió después; es decir, que el muchacho se había llevado el papel. Al principio no le di demasiada importancia, pero hablando con uno de mis jefes, este me comentó que literalmente estaba frito porque un representante del Gobierno estaba interesado en todas las fotografías que habían llegado a la redacción sobre el suceso. Eso avivó mi interés por la noticia.

»Entonces...

—Entonces decidiste venir a por mí, ¿cómo supiste que yo era el de la foto?

—A ver, Alberto. Soy periodista. Sería una profesional mediocre si no hubiera dado contigo.

—Pero ¿cómo?

—A la redacción llegaron como unas veinte fotos de curiosos que querían su minuto de gloria y jugar a ser fotógrafos. Muchas veces, gracias a ellos, podemos ilustrar las noticias, pero en este caso el morbo era lo que les movía.

En dos de estas fotos, se veía tu cara de forma bastante clara. No dudé en sacar copias. Luego las destruí. No quería que nadie me robara la noticia. Reconozco que me pudo la codicia en aquel momento. Una de las fotos te mostraba detrás de la valla de seguridad, y otra en dirección a calle Almona del Boquerón. Ya sabía por dónde seguir la pista. Imaginé que vivías cerca. Nadie pasea normalmente al perro a kilómetros de su casa, sino más bien en parques o lugares cercanos. Cogí un callejero de Granada e hice un círculo de medio kilómetro cuadrado de la zona desde donde te había perdido la pista. Recorrí todas esas calles enseñando tu foto. En menos de una hora una señora muy amable de una tienda me dijo: «¡Ahh, sí, claro! Es un chico que viene mucho con su perro, creo que se llama Alberto». También me dijo que creía que vivías en el bloque, justo encima de la tienda, pero no me pudo concretar el piso. Con esa información me bastó. Solo tuve que mirar los buzones y allí estabas: «Alberto Martínez». Luego hice vigilancia hasta que apareciste. El resto ya lo sabes tú muy bien...

—¿Lo del cine..., supongo que tampoco fue casualidad? Mira que soy estúpido, ¡a pesar de mis años! Yo pensaba... —Antes de acabar la frase, Clara me tapó con un dedo los labios y me besó, esta vez de forma más intensa, se me erizaron hasta las pestañas.

—Alberto, lo que ha pasado entre nosotros ha sido real, a mí me gustas y me encantaría conocerte. No te voy a engañar que me encantaría estar al tanto de la noticia; es una buena oportunidad para mí como periodista. Aunque respetaré la decisión que tú tomes.

—Clara, yo no he buscado esto, ojalá nunca hubiera sucedido, pero me pilló en el medio y ahora estoy metido en un buen lío. Lo de mi apartamento el otro día... —dije con cara de preocupación.

—Sí, sí, ya sé que no fue una fiesta salvaje, no soy tan crédula. Sé que entraron en tu casa y la pusieron patas para arriba; otro motivo por el que te

quería avisar es porque quiero que tengas mucho cuidado —me dijo con cara de preocupación—. El Gobierno está nervioso. Mi jefe ha estado recibiendo un montón de llamadas el martes durante toda la mañana desde que salió la noticia en los medios.

—Precisamente ese es el principal motivo por el que no te quiero involucrar, yo ya la he pifiado demasiado metiendo las narices donde no me correspondía, y tú no tienes por qué meterte en esto. Como bien dices, es peligroso.

—Alberto, soy periodista, insisto en que me gustaría saber más sobre todo esto y que me cuentes lo que sabes hasta ahora; pero no si eso va a afectar a nuestra...

—¿A qué?

—¡Ya sabes, hombre! A nuestra amistad.

—¡Ah, vale! Entiendo.

Clara puso la mejor de sus sonrisas y continuó.

—¿Te propongo un trato? ¿Qué te parece si los dos investigamos el caso? Yo te podría ayudar con técnicas periodísticas y, ya sabes..., dos mentes piensan mejor que una sola, cuatro ojos ven más que dos, etc., etc.

—Eeee, no creo que sea buena idea, Clara, pero...

—¡Venga, hombre! Hasta lo podemos pasar bien. Puede ser divertido investigar el caso codo con codo.

—Bueno, comemos, hago unas cosas que tengo pendientes esta tarde y a la noche hablamos y te digo algo, ¿te parece?

Clara se lanzó a por mí y me dio un fuerte abrazo y un beso. Sentía como si nos conociéramos de hace mucho tiempo (creo que a ella le sucedió lo mismo). La verdad que la decisión estaba ya tomada (a Clara le hacía falta muy poco tiempo para convencer a cualquiera, y yo no iba a ser una excepción).

—La verdad, Clara, que igual podrías serme útil... —le dije tras dudar unos segundos.

—¿De verdad? Estaré encantada en ayudarte en todo lo que me sea posible.

Aunque ella ya conocía la parte de la historia en la que yo me llevaba el documento del suelo, no sabía qué contenía ni cómo habían transcurrido los hechos; por lo que decidí contarle todo. A penas pasaron quince minutos y ya había terminado de relatarle la historia. Clara me escuchaba con mucha atención tomando notas en un bloc, se notaba que era periodista, no lo podía evitar por muchos esfuerzos que hiciera.

La invité a que me acompañara a la inmobiliaria, quedaba a quince minutos andando desde su casa. Dimos un paseo hasta allí. Imaginé que las artes periodísticas y seductoras de mi nueva socia podrían servirme en mi investigación, aunque estaba claro que también me gustaba tenerla cerca. Llegamos a eso de las cinco y treinta y cinco. Había una señora de mediana edad sentada detrás de un escritorio.

—Buenas tardes, señora, ¿es usted la señora Saadi? —le pregunté sin muchos rodeos.

—Buenas tardes; no, el señor Saadi llegará en unos minutos, ¿qué desean? ¿Puedo ayudarles en algo?

Antes de poder contestar, Clara me lanzó una mirada cómplice. Rápidamente entendí que algo se le había ocurrido, dejé que ella tomara las riendas. Puso su mejor sonrisa y le dijo:

—Queríamos hablar con el señor Saadi sobre un tema relacionado con su tío, no se preocupe, no es urgente, podemos esperar a que el señor llegue.

Allí esperamos sentados en unas sillas de madera desgastadas por el tiempo y bastante incómodas a que apareciera el señor Saadi.

La inmobiliaria era un viejo local que apenas parecía haber sufrido reformas en décadas (el gotelé de las paredes lo delataba). Estaba impaciente por el

encuentro, era el primer miembro de la línea de sucesión con el que me iba a encontrar. Clara y yo acordamos por lo bajo no comentar nada sobre el árbol genealógico de su familia. Nuestro principal objetivo era dar con su tío, el cual esperábamos nos pudiera aportar más información sobre nuestra investigación. Aun así, dejaríamos caer el tema de su misterioso pariente lejano, por si las moscas el sobrino sabía algo.

El señor Saadi llegó una hora más tarde de nuestra llegada. Era un hombre de unos cuarenta años. Calvo como una bola de billar. Tenía los ojos saltones y la nariz afilada, tez blanca y manos grandes. Apenas mostraba tímidos rasgos arabescos debido al paso de las generaciones. La secretaria le indicó que estábamos esperando por él y, tras saludarnos con mirada curiosa, nos preguntó qué queríamos.

—Buenas tardes, señores, ¿en qué puedo ayudarles?

—Buenas... —Clara tomó la iniciativa—, señor Saadi, estamos intentando localizar a su tío, al señor Juan Saadi.

—¿Para qué lo necesitan?

—¡Uy! Perdone, no me he presentado, disculpe. Me llamo Clara, soy reportera de la tele, estamos haciendo un reportaje sobre la Alhambra y todas las personas que trabajaron en algún momento de la historia allí —le dijo Clara muy segura de sí misma.

—Disculpe que la interrumpa —respondió el señor Saadi, visiblemente sorprendido—, pero ¿mi tío qué tiene que ver con todo eso? Me gustaría ayudarles, pero... nadie de mi familia ha trabajado jamás en la Alhambra —dijo el señor con cara incrédula mientras su boca dibujaba una extraña mueca.

Le hice una seña con la mirada a Clara y continué...

—Según nuestras fuentes es posible que un antepasado suyo haya trabajado en la Alhambra, ¿nunca le contaron nada sus padres o abuelos?

El señor Saadi puso cara de que le estábamos tomando el pelo.

—Miren, no sé si esto es una broma o algo por el estilo, pero no tengo ni idea de lo que me hablan. Estas son las típicas chorradas que le encantarían a mi primo Marcos.

—¿Marcos?

—Sí, el hijo de mi tío Juan, también está en Alemania. Trabaja como profesor en la universidad; si mal no recuerdo en la de Düsseldorf.

—¿Pero por qué dice que a Marcos estas chorradas le encantarían?

—Pues porque él estudió Historia, es catedrático o algo así, y alguna vez ha hablado sobre cosas de esas en reuniones familiares; ya saben: Nochebuena, Pascuas, etc. Sinceramente nunca le he hecho mucho caso. Muchas veces hacía que le escuchaba y me ponía a pensar en otras cosas, él es un enamorado de la historia, y de la Alhambra en concreto, se podría decir que es un apasionado.

¡Bingo! Clara y yo nos miramos con una sonrisa contenida de satisfacción, acabábamos de encontrar a la gallina de los huevos de oro, parecía que íbamos por el buen camino. Podíamos ir a visitar al tío Juan y seguidamente a su hijo, que también vivía en Alemania donde impartía clases de historia en la universidad de Düsseldorf. Marcos tenía que ser nuestro hombre. Si era cierto lo que el señor Saadi nos había comentado minutos antes sobre que este era un entusiasta de la Alhambra, el hecho de haber tenido un antepasado trabajando y viviendo en ella, no podía haberle pasado desapercibido.

—¿Podría facilitarnos el teléfono de Juan y de Marcos para concertar una entrevista con ellos?

—Denme un segundo....

Se metió en su despacho y cerró la puerta. Clara y yo nos miramos a los ojos un poco sorprendidos, pero al mismo tiempo esperanzados. Entendimos que iría a llamar a Juan o a su hijo Marcos para pedirles permiso para darnos sus teléfonos o algo por el estilo. Pasaron cinco interminables minutos. Por fin salió de su despacho y nos dijo que había hablado con su tío y que este nos

atenderá encantado. Podíamos llamarlo cuando quisiéramos y concertar una entrevista, pero tendríamos que viajar a Wuppertal donde vivían ambos.

Capítulo 6

Wuppertal

Tomamos el primer vuelo dirección Madrid, ya que no salían vuelos directos desde Granada a Düsseldorf. Llegamos a Madrid a las diez de la mañana y allí tuvimos que esperar hasta las dos de la tarde para embarcar rumbo a Alemania. Teníamos tiempo de sobra para planificar nuestro viaje. Todavía no habíamos reservado ni siquiera hotel para pasar la noche; tampoco teníamos transporte desde el aeropuerto de Düsseldorf hasta Wuppertal, así que utilizamos ese tiempo para ello.

En el vuelo Madrid-Düsseldorf me quedé dormido parte del trayecto, estos días atrás, apenas había conseguido dormir un par de horas seguidas, tarde o temprano tenía que caer. Cuando desperté tenía la cabeza apoyada sobre el hombro de Clara y estábamos a punto de aterrizar.

Ya en tierra firme, tomamos un bus hasta el centro y allí un taxi a la estación central de autobuses donde, en media hora, salía uno hacia Wuppertal, nuestro destino. El trayecto apenas duró poco más de treinta minutos, ambas ciudades estaban bastante cerca la una de la otra. Ya en Wuppertal consulté mi móvil donde tenía un email con la reserva y dirección del hotel donde nos hospedábamos. Se la di al taxista y este nos dejó en la puerta del hotel, apenas tardamos diez minutos desde la central de autobuses. Era un hotel sencillo pero acogedor. En la recepción una señora con pinta de alemana, grandota y de mejillas sonrosadas nos dio la bienvenida en un perfecto inglés. En cuanto

comprobó nuestros pasaportes y que todo estaba correcto, nos dijo: «*zimmer elf bitte*», aunque Clara hablaba perfectamente alemán y entendió que nos había tocado la habitación número once, la señora nos lo repitió en inglés, detalle que agradecí con una sonrisa.

La habitación era muy pequeña pero acogedora. Tenía una cama grande con sábanas rosas que olían a gloria. El edredón de plumas que la cubría también desprendía el mismo olor a frescura. Las paredes estaban decoradas con papel de flores. Daba la sensación de estar en un jardín. Al poco rato me di cuenta de que solo había una cama, parece ser que me equivoqué al hacer la reserva y no indiqué que queríamos dos camas separadas. Expliqué a Clara mi error y me dispuse a solucionarlo. Le pedí a ella que, por favor, hablase con la señora de la recepción a ver si podía darnos otra habitación. Tras unos minutos, Clara regresó y me dijo que no había habitaciones dobles disponibles y que esa era la única que ahora mismo podían ofrecernos.

—Ok, Clara, debido a que ha sido mi error, te ofrezco la cama y yo dormiré en el suelo. Tengo una toalla y... puedo usar una de esas mantas. Imagino que con el nórdico tú tendrás suficiente.

—Alberto, en el suelo vas a pasar mucho frío, esto es Alemania no el desierto mexicano de Sonora.

—No tenemos otra opción.

—A ver, ¡sí que tenemos, hombre! Dormimos los dos en la cama, que no pasa nada. Prometo respetarte —me dijo en tono burlón entornando una pícaro sonrisa.

Primeramente, me puse colorado y, luego, comenzamos los dos a reír. Clara tenía un punto irónico interesante.

Decidimos comer algo en el bar del hotel antes de ir en busca de Juan. A la entrada me había fijado en unos pasteles que despertaron mi curiosidad, así

que no tardé mucho en convencer a Clara de que debíamos degustarlos antes de nada.

Había que reconocer que la repostería alemana era de otro mundo, nos pegamos un atracón de tarta de arándanos y manzana. Mi paladar disfrutó como no lo hacía en años, estaba seguro que si el señor Nubi se enteraba de esto no me perdonaría jamás el hecho de no haberle llevado un trozo. Aunque estaba seguro de que no le faltarían «chorizos extra» en casa de mi amigo Samir donde lo dejaba siempre que viajaba y no podía llevármelo conmigo, era lo más parecido a un tío para este.

Clara le pidió a la señora de recepción que nos llamara a un taxi. Estábamos ansiosos por conocer al tío Juan y ver qué podía aportarnos en esta historia.

La dirección a donde nos llevó el taxista al principio pensábamos que estaba equivocada. Resultó ser un taller de coches y, aunque el taxista aseguraba que era la correcta, Clara y yo pensábamos que había habido algún error con la dirección. Motivo por el que le pedimos que nos esperara hasta asegurarnos que estábamos en el sitio correcto.

Entramos en el taller y preguntamos por Juan Saadi a un señor que estaba debajo de un coche cambiando el aceite de un Mercedes antiguo, de esos que se pueden encontrar en las cocheras de los coleccionistas. A pesar de que Clara le preguntó en alemán, él nos respondió en un español muy correcto con algún toque granadino, un simple: «Espero que el viaje haya sido de su agrado». Cosa que nos hizo saber al instante que estábamos ante la persona que habíamos venido a buscar.

El señor Juan Saadi era un hombre que, a pesar de sus años, se notaba que se cuidaba. Seguramente hacía deporte, iba al gimnasio o algo así por el estilo. Era de esos señores que probablemente habían ganado con la edad. Nos invitó a que nos sentásemos en una oficina que estaba en el piso superior subiendo unas escaleras de caracol. Tenía que terminar el coche en el que estaba

trabajando porque el cliente vendría a recogerlo en unos quince minutos, según nos dijo. Después de eso nos iríamos a comer a un bar cercano donde podíamos charlar tranquilamente. No nos dio mucha opción de réplica, así que lo esperamos como nos indicó. Aunque, realmente, al que de verdad teníamos ganas de conocer era a su hijo Marcos, pero tampoco queríamos ser maleducados y aceptamos la invitación. Clara salió un momento del taller y pagó al taxista.

Una vez se marchó el cliente con el flamante Mercedes de colección, el señor Juan se cambió y nos invitó a que lo acompañáramos. Cerró el taller y nos metimos en un restaurante a cinco minutos callejeando. Por el camino hablamos de cosas mundanas, como el frío que hacía en Wuppertal comparándolo con el de Granada, el cual no tenía nada que envidiar al anterior, etc.

Nada más nos sentamos en la mesa y el camarero hubo tomado nuestra comanda, Juan nos dejó perplejos y sin palabras durante unos segundos, directamente nos soltó:

—Ok, chicos..., entonces ustedes están interesados en mi antepasado Abdel Rashîd Alîm, supongo. Clara y yo nos miramos incrédulos, no entendíamos cómo aquel señor podía saber aquello. Quizás caímos en la trampa y pensamos automáticamente que un mecánico no podía arrojar luz a nuestra investigación, caímos en un tópico y, enseguida, a medida que íbamos conociendo la elocuencia y lucidez de aquel señor, entendimos que nos habíamos equivocado al completo.

El señor Juan resultó ser un verdadero erudito en historia. Nos dio una clase magistral sobre la Granada Nazarí. Nos habló de la influencia judía y musulmana que había sufrido la ciudad durante siglos y de los sultanes que habían pasado por la Alhambra y, como no, de la historia de su antepasado Abdel Rashîd Alîm. Nos contó que desapareció en circunstancias extrañas.

Que había estado preso en la misma Alhambra porque lo consideraban un brujo, pero que, por algún motivo que él desconocía, alguien se había encargado de eliminar su rastro de los archivos oficiales. No había registro de su fecha de nacimiento ni defunción. Sacó de su chaqueta un árbol genealógico que, para mi sorpresa, era el mismo que yo había visto en los archivos del Registro Civil de Granada (algo que omití, por supuesto). Nos comentó que lo había llevado por que estaba seguro que sería de nuestro interés. Como yo ya sabía, en ese árbol genealógico no salía el nombre de Abdel Rashîd Alîm, era como un fantasma, como si nunca hubiera existido.

A pesar de la clase de historia que nos dio el señor Juan, salvo algunos detalles como lo de que Abdel había estado preso o que le llamaban el «brujo», no descubrimos nada nuevo; pero una vez más el señor Juan nos sorprendió.

—Por sus caras veo que no les he aportado nada que ustedes ya no supieran, ¿verdad? —Quise decirle que yo ya conocía ese árbol genealógico, pero no me atreví, puesto que lo que yo había hecho en el Registro Civil era un delito.

—Señor Juan, le agradecemos enormemente su tiempo y que haya compartido el almuerzo con nosotros, cualquier información es útil para nuestra investigación —le dijo Clara.

—Iba a decirles que la familia conserva documentos que prueban la existencia de Abdel, pero...

Clara y yo nos miramos expectantes deseando que continuara.

—No sé muy bien si debo contarles esto; entiendan que es algo que siempre se ha quedado en el núcleo familiar a pesar de las generaciones que han pasado. No obstante, lo que puedo decirles es que conozco documentos que prueban definitivamente la existencia de Abdel. Aunque, si quieren saber más sobre esto deben hablar con mi hijo Marcos, él es el que guarda esta reliquia

familiar y el que se ha encargado de autenticar y validar dichos escritos. Debido a que, como seguro ya sabrán, mi hijo es un experto en el campo.

Me pareció leer en sus ojos que lidiar con su hijo no iba a ser tarea fácil, todo lo contrario al padre, que parecía un libro abierto. Tenía sentido pensar que la familia hubiera confiado información de tal calado a un miembro experto en la materia como Marcos, catedrático en Historia y apasionado de la Alhambra.

Terminamos de comer y, a pesar de la clase magistral de historia y de la información que nos había dado el señor Juan, este se empeñó en pagar la cuenta. No hubo manera de disuadirlo. Lo acompañamos al taller y, abusando de su confianza, le pedimos el favor de que hablara con su hijo para ver cuándo nos podía recibir, y a ser posible que nos dejara ojear esos documentos.

Esperamos a una distancia prudencial a que Juan terminara de hablar con su hijo (durante algunos momentos de la conversación parecía que discutían). Me pareció entender que en más de una ocasión Juan le pedía a su hijo el favor de recibirnos, que nos escuchara porque no tenía nada que perder.

Al colgar el teléfono se dirigió a nosotros y, tras un largo suspiro, nos dijo que Marcos nos recibiría mañana en su casa a la hora de la cena, a eso de las ocho de la tarde. Se despidió de nosotros saltándose el protocolo alemán, le dio dos besos a Clara y a mí me estrechó la mano. Conocer a aquel hombre había sido un verdadero placer y una fuente de sabiduría de la que a uno le gustaría beber a menudo.

Teníamos el resto de la tarde libre, así que decidimos ir al centro de Wuppertal y montarnos en el famoso «Schwebebahn». Una maravilla de la ingeniería alemana con más de ciento diez años de antigüedad que se terminó de construir en el año mil novecientos tres. Ha sido, durante mucho tiempo, el

único tren suspendido en el mundo, como si fuera un teleférico, algo sorprendente sin duda, sobre todo por lo antiguo que era.

Disfrutamos del centro de Wuppertal: de sus puestos de salchichas, escaparates. También compramos algún que otro recuerdo en una de las muchas tiendas que allí encontramos. Ya caída la noche, nos metimos en un restaurante típico alemán para comer algo (a pesar de haber catado previamente alguna que otra salchicha de esas gordas, el hambre empezaba a hacerse oír en nuestros adentros).

La cena transcurrió muy tranquila. El restaurante ofrecía comida tipo *buffet*. Todo tenía muy buena pinta y nosotros mucha hambre, comimos un poco de todo. Al terminar de cenar, decidimos dar un paseo por las frías calles para bajar la comilona; era una ciudad que por las noches estaba iluminada por sus escaparates perfectamente decorados con ese gusto por la perfección tan característico de los alemanes.

Esa noche dormimos como osos, ambos estábamos muy cansados después del viaje y de no haber parado en todo el día de aquí para allá.

Aunque cada uno se había apropiado de un lado de la cama con una línea imaginaria que nos separaba, amanecimos juntos. Clara tenía su cabeza puesta en mi pecho y yo una mano que la rodeaba a la altura de los hombros. Al despertarnos casi al mismo tiempo, ambos nos sorprendimos, pero en vez de disculparnos nos miramos y nos echamos a reír. No hacían falta palabras para explicar aquello (o al menos eso creía yo).

Decidimos ir a visitar al hermano de Clara a Düsseldorf. Esta vez en tren. Le había contado durante el viaje a Clara mi pasión por los trenes; me encantaba viajar en tren. Para mí era el mejor medio de transporte del mundo ya que podías moverte sin problemas, comer o beber algo en el bar, estirar las piernas y mirar por la ventana los paisajes que se iban sucediendo, como si estuvieras en un documental de La 2. El viaje a Düsseldorf duró poco más de

veinte minutos, tiempo que aprovechamos para hablar de cosas cotidianas y reírnos a gusto.

El despacho de abogados de Hans, que era el nombre del hermano de Clara, estaba ubicado en el mismo centro de Düsseldorf. Pedimos un taxi que nos dejó en el edificio donde este nos esperaba. Durante el trayecto en taxi, Clara llamó a su hermano para decirle que íbamos a verle, cosa que pareció alegrar a Hans (al parecer hacía más de cinco años que no se veían). Nada más bajar del taxi, un enorme y corpulento alemán se abalanzó sobre Clara y la agarró en brazos levantándola unos cuantos palmos del suelo. Era sin duda su hermano. Hans resultó ser un tipo muy amable a la par que simpático. Nos invitó a comer en un local, al parecer de moda, que estaba ubicado a pocas calles de su despacho. Pensé que sería mejor dejarlos solos, porque hacía bastantes años que no se veían y tenían mucho de qué hablar. Pero cuando se lo propuse, ambos se negaron rotundamente. Durante las horas que pasamos con Hans, hubo momentos en los que hablaron en alemán casi sin darse cuenta, y otros en castellano. Cuando pasaban al alemán, al ver que no les entendía, se disculpaban conmigo y volvían a cambiar al español. Para mí era una situación muy graciosa, sin duda. Durante esos instantes en los que el alemán dominaba sus mentes, intuí que Hans le preguntaba por mí y por nuestra relación. Más que por la pregunta de Hans, por la reacción de Clara que se puso colorada y me miró disimuladamente de reojo, pero rápidamente ella cambió de conversación volviendo al español y contándome anécdotas de ellos dos cuando eran niños.

Nos preguntó qué hacíamos en Alemania, y como yo no sabía exactamente qué le había contado Clara hasta el momento, decidí callarme y dejar que ella se explicara. Ni le mintió ni le dijo la verdad, solo le contó que estábamos haciendo una investigación relacionada con la ciudad de Granada y poco más. Más tarde, Clara me contaría que, a pesar de que tenía plena confianza en su

hermano, no quería involucrarle en esto, por lo que pudiera pasar, y tampoco preocuparle.

Tras la sobremesa, dimos un paseo por la pija ciudad de Düsseldorf, que estaba inundada de tiendas de moda con precios por las nubes, no aptos para plebeyos como nosotros. Düsseldorf era a Alemania lo que Paris a Francia (o al menos esa fue la sensación que me dio).

Pasamos una tarde magnífica con Hans, resultó ser un tipo majísimo con el que congenié de maravilla. Cuando nos despedimos me guiñó un ojo y me dijo que tuviera mucho cuidado con su hermana, que cuando se enfadaba era peligrosa. Nos dimos un buen apretón de manos y nos prometimos volver a vernos pronto, en España o donde fuera.

Eran ya las seis de la tarde, así que cogimos el primer tren que salía a las seis y cuarenta y cinco para Wuppertal. Al poco rato teníamos una cita con Marcos en su casa ubicada en el barrio de «La Tesche». Llegamos poco tiempo después y, durante ese intervalo que teníamos hasta las siete y cuarenta (hora a la que decidimos coger el taxi), nos sentamos en una cantina que había en la estación de trenes a repasar lo que ya sabíamos y lo que queríamos averiguar del hijo de Juan y, de paso, degustar una cerveza alemana. Ambos teníamos la extraña sensación de que no iba a ser tan fácil con Marcos como con su padre Juan, así que elaboramos un plan. En el caso de que este desconfiara de nosotros, le contaríamos todo lo que había sucedido y los hechos que transcurrieron tras el accidente del señor Smith. Clara estaba convencida de que aquello despertaría la curiosidad y las ganas de colaborar en Marcos.

El taxi nos dejó en una casa típica alemana, no era ni mucho menos una mansión, pero tampoco un cortijo. Era una casa elegante con un jardín perfectamente decorado con duendecitos incluidos. Nos alegramos un montón cuando, al bajar del taxi, vimos a Juan que nos estaba esperando en el porche.

Supimos que con él allí sería todo más sencillo. Le hicimos saber a Juan que nos alegraba mucho disfrutar una vez más de su compañía (lo cual era totalmente cierto, no solo sabíamos que sería un buen enlace para mediar con su hijo, sino que de verdad apreciábamos la sabiduría y talante de aquel hombre).

Nada más entramos en la casa, allí estaba Marcos. Lo acompañaba una señora que intuimos era su mujer o novia; parecía estar embarazada de unos cinco o seis meses. Más tarde nos contarían que estaban esperando a su primer hijo.

Marcos era un hombre regordete que, al contrario que su padre, parecía mayor para la edad que seguramente tenía. Llevaba gafas y tenía pinta de intelectual; nos miraba desconfiado. Nada más nos sentamos a la mesa nos preguntó por qué teníamos tanto interés en su antepasado Abdel. Estaba seguro de que aquel señor no se tragaría que estábamos investigando sobre la Alhambra, era un buen conocedor del tema y al momento sabría que su antepasado no sería relevante para una investigación sobre la ciudad palatina andalusí. Por lo que decidí contarle la historia desde el principio, necesitábamos más información y si no le contábamos a Marcos la verdad estaba seguro de que jamás confiaría en nosotros. Comencé contándole lo del atropello y terminé justo en el momento en que viajamos a conocerlos a ambos.

Tanto Marcos como Juan escuchaban muy atentamente, pero lo curioso es que, a pesar de que Juan sí se mostraba sorprendido, Marcos no lo parecía tanto. Tras un momento de silencio, Marcos tomó la palabra.

—Imagino que traerán el árbol genealógico de mi familia que llevaba el señor atropellado.

—Uhhh..., sí —dije sin estar seguro si debía confesarlo.

—¿Me lo enseñan?

—Por supuesto.

Saqué de una carpeta aquel papel que tanto había agitado mi existencia y se lo puse delante de sus ojos.

Marcos levantó los ojos de las gafas y con una lupa examinó el documento. Lo estuvo inspeccionando alrededor de cinco minutos hasta que dijo:

—Supongo que querrán despejar la interrogación que hay debajo de Abdel, ¿verdad?

No podía estar más en lo cierto, porque justamente eso era lo principal que necesitábamos saber.

—Creo que puedo ayudarles, aquí tengo una serie de cartas que Abdel escribió a su familia durante su huida. Siete cartas que jamás han salido del entorno familiar y que les enseñaré, pero les advierto que lo que van a leer puede parecerles en algunas ocasiones delirios de un loco sin sentido alguno.

—Perdone, ¿dijo huida? ¿Cartas? ¿Abdel huyó? ¿De dónde? —pregunté visiblemente desconcertado.

En esos momentos tomó la palabra Juan.

—¿Recuerdan que les comenté algo de que Abdel había estado preso en la Alhambra?

—Es cierto..., pero ¿qué hizo? —insistí.

—Todo a su tiempo, el caso es que Abdel huyó y desde el exilio se las arregló para escribir a su familia y hacerles saber que se encontraba bien.

—Perdonen, pero algo no nos han contado o yo me lo he perdido, ¿cómo están tan seguros de que Abdel estuvo preso y que huyó? —preguntó Clara.

—Todo a su debido tiempo, señorita, no sea impaciente —le dijo Marcos a Clara con tono firme y cara seria.

Noté cómo Clara se ponía colorada y bajaba la mirada como si le hubiera regañado un profesor de la escuela.

La historia cada vez me resultaba más intrigante. Tenía más ganas de indagar en ella. Quería saberlo todo. Conocer cada detalle y entender la vida de aquel hombre misterioso. ¿Quién era realmente Abdel? ¿Por qué había estado preso? ¿Dónde huyó? ¿Dónde murió? ¿Tuvo descendencia? Y, sobre todo, ¿por qué supuestamente despertaba tanto interés?

Marcos continuó con su relato...

Capítulo 7

Abdel Rashîd Alîm

Hace unos años, cuando Anne y yo nos casamos, estábamos en Granada pasando un tiempo con la familia y decidimos como regalo de boda los árboles genealógicos de ambos. Como a ella le fascina el arte, y a mí me gusta la historia, queríamos encargar a un pintor amigo de la familia hacer sendos cuadros en base a nuestros árboles genealógicos. Una especie de cuadro modernista. Solicitamos mi árbol genealógico en el Registro Civil de Granada, y Anne el suyo en Wuppertal —donde habían nacido sus antepasados—. Rápidamente observé que en el mío faltaba alguien, ni más ni menos que Abdel, al que yo conocí a través de las cartas que envió a su familia durante su exilio. Y que, a pesar de que al final de cada una de ellas les decía que las destruyeran para evitarles problemas, estos las guardaron y mi familia las conservó hasta la fecha que llegaron a mis manos. Estaban en el desván de mi tía Remigia.

Un día, cenando en Nochebuena con toda la familia, me dijo que las había encontrado y que igual podían interesarme. Al principio no les presté mucho interés hasta que vi lo que aquellas cartas contenían. No solo se trataba de un recuerdo familiar con un valor histórico incalculable, sino que además era toda una revelación, de alguien muy especial o quizás de un loco.

Clara y yo estábamos ansiosos por leer aquellas cartas, se nos notaba tanto la ansiedad que Marcos nos hizo una señal con el dedo y nos dijo que

esperásemos un momento que enseguida regresaba. Volvió a los pocos segundos con una carpeta llena de documentos.

Nos tendió sobre la mesa dos de esas cartas (cada original, en árabe andalusí, venía acompañado con su traducción en castellano). Más tarde, Marcos nos contaría que estas traducciones las había hecho una compañera experta en dialectos árabes de toda su confianza, pero a la que no le había explicado gran cosa. Tanto Clara como yo devoramos rápidamente en una lectura rápida aquellas cartas; pudimos leer fragmentos que parecían alucinaciones propias de la mente de un loco, cosas como: *«Querido padre, desafortunadamente la maldición que me invade me hace ir de un lugar para otro sin poder establecerme demasiado tiempo en ningún sitio por miedo a ser descubierto y repudiado. Os echo mucho de menos, pero me alegro de estar lejos de vosotros y no perjudicaros con mi estigma»*.

No estábamos seguros de qué quería decir con todo esto, pero sí empezamos a entender por qué le llamaban el brujo —algo que el mismo Abdel contaba en una de sus cartas—. Desde luego su discurso no era el de una persona normal.

En las cartas había alguna información acerca de los lugares donde estaba, al parecer Abdel, o el brujo, como supuestamente lo conocían en Granada por aquel entonces, había vivido en varios lugares.

Tras revisar varias cartas, Clara se fijó en algo que yo había pasado por alto. Cada una de estas estaba firmada y, junto a la firma, se interpretaba algo como una fecha. Aunque, debido al paso del tiempo, no se podían distinguir en los originales ni fecha ni firma. La fecha de una de esas cartas traducidas, escrita a lápiz al final de esta, no tenía sentido. Sin duda tenía que ser incorrecta, ya que la separaba de la anterior, que escribió con cincuenta años, unos cuarenta años de diferencia. Y, por aquel entonces, era muy difícil que alguien viviera tantos años para contarlos. La mayoría estaban fechadas entre 1360 —año en el que Abdel tendría sobre veintidós años— y 1390 —donde

sería ya un hombre mayor de cincuenta y dos años, edad avanzada por aquel entonces—. Pero la carta fechada en 1430 era algo bastante improbable, ya que Abdel tendría noventa y dos años. Supusimos que sería un error de Marcos, ya que estas fechas estaban anotadas de su puño y letra; a lápiz, al final de cada una de las cartas traducidas.

Marcos nos comentó que él ya se había dado cuenta de aquello al poco rato de tener las cartas en su poder, aunque no pudo verificar todas las fechas y firmas, la tinta estaba muy desgastada en algunas de ellas, hasta el punto que apenas se apreciaban o simplemente se habían esfumado por el paso de los siglos. En esta, supuestamente escrita en 1430, se podía distinguir el año y hasta el mes del envío si lo mirabas con el equipo adecuado en un laboratorio —a simple vista resultaba imposible—. Marcos nos contó que había analizado y verificado cada una de estas cartas y que eran todas auténticas, al mismo tiempo había escrito las fechas con lápiz al final de cada una a medida que las iba descubriendo, en total en cuatro de ellas.

—Perooooo... ¿cómo se puede explicar que Abdel escribiera una carta a los noventa y dos años de edad? —preguntó Clara visiblemente intrigada.

—A día de hoy no he podido encontrar respuesta a esa pregunta, pero, después de lo que ustedes me han contado y todo lo que les ha sucedido desde que encontraron el árbol genealógico de mi familia..., algo me hace pensar que Abdel escondía más misterios de los que ni yo mismo podría haber imaginado cuando descubrí este tesoro.

El contenido y destinatarios de la carta eran también distintos al resto, así como la mayoría trataban de temas familiares y de hacer saber a sus seres queridos que se encontraba bien, la última enviada tantos años después parecía más una advertencia. Abdel quería prevenir a su familia por lo que pudiera pasar; por último, les rogaba que destruyeran la carta, sobre aviso que

siempre repetía carta tras carta y que, al parecer, su familia hizo caso omiso y las conservó. ¿Acaso se negaban a borrar a Abdel del todo?

Fragmento de la carta que Abdel escribió en 1430 con noventa y dos años:

«Querida familia, sé que han pasado muchos años desde mi última carta y también sé que ninguno de vosotros me conocéis. Aunque conociendo a mis padres y a mi hermana, seguramente ellos se habrán encargado de que os hablaran de mí vuestros padres y de contaros la verdad de quién fui. Es posible que aún sufráis en vuestras carnes el peso de ser familiares míos, un estigma que probablemente os habrá acompañado injustamente desde que nacisteis, por lo que primeramente os pido perdón por ello. Solo espero y deseo que las cosas se hayan calmado y que ya nadie se acuerde de mí, ni os relacione conmigo.

También quiero con esta carta aprovechar y despedirme para siempre. Al mismo tiempo, advertiros que, si todavía guardáis alguna prueba de que continuo con vida, os ruego os deshagáis de ella. Si alguna de estas cartas llegara a manos indebidas, podríais tener graves problemas.

Os ama, Abdel».

A medida que leíamos la carta las dudas aumentaban. ¿Estaría intentando Abdel advertir a sus familiares de las nefastas consecuencias que podrían ocurrir si las cartas cayeran en manos indebidas? Y, sobre todo, ¿cómo era posible que escribiera una carta con noventa y dos años de edad? No entendíamos nada, todo era muy confuso. Lo único que parecía quedar claro era que Abdel quería proteger a su familia, a aquella familia que no conocía —seguramente descendientes de su hermana Farah.

Al parecer, se podía deducir que, tras la huida de Abdel, su familia había sufrido el estigma durante muchos años. Estigma que podría haber durado varias generaciones por lo que la carta daba a entender. El misterio cada vez se hacía más grande y más confundidos y desconcertados nos dejaba.

Habíamos ido a Alemania a buscar respuestas y nos encontrábamos con un montón de nuevas preguntas y un misterio aún más grande que el de partida.

A pesar de la confusión que se había apoderado de nuestras mentes, no nos podíamos quejar con toda la información que se había puesto ante nuestros ojos en tan poco tiempo. Aunque las preguntas habían aumentado más que las respuestas, el caso de Abdel comenzaba cada vez a cobrar más interés por todos los allí presentes. La mujer de Marcos se había unido a la fiesta, no decía nada, pero se mostraba curiosa por lo que estábamos conversando (parecía que algo de español sí entendía).

Toda aquella información nos había dejado fuera de juego, aunque ahora conocíamos un poco mejor al personaje de Abdel, no sabíamos por dónde empezar a buscar. Necesitábamos seguir su rastro y entender qué es lo que este hombre escondía, y por qué motivo supuestamente interesaba a agencias de investigación extranjeras en pleno siglo XXI —estábamos ante un enigma que parecía estar muy lejos de ser resuelto.

Guardamos todos silencio durante unos interminables minutos, pensando en la siguiente jugada, hasta que Clara rompió el silencio.

—Ok, señores, ya sé por dónde empezar. Puede que no sea mucho, pero por ahora lo primero que deberíamos hacer es saber cada uno de los lugares desde donde envió Abdel las cartas, así como confirmar las fechas de todas ellas.

—Sí, pero como les dije están muy borrosas para el ojo humano. Solo pude reconocer unas cuantas fechas en el laboratorio de la universidad, precisamente las que ya han podido comprobar ustedes anotadas a lápiz. Y en cuanto a las ciudades, se pueden deducir algunas por los textos, pero en otras no he sido capaz de ubicar a Abdel a día de hoy. Lo que sí parece es que se movió mucho de aquí para allá.

—¿Tiene anotaciones de aquello? —Soltó Clara.

—Déjeme ver, fue hace mucho tiempo y no sé.... —Marcos nos volvió a hacer una señal y entendimos que se ausentaría por un instante. Se metió, al igual que hizo en la otra ocasión, en lo que parecía un despacho, donde seguramente pasaba la mayor parte del tiempo, corrigiendo exámenes o realizando cualquier otra labor propia de los profesores.

Volvió a los pocos minutos con una hoja donde había algunas anotaciones.

—Efectivamente, señorita... Clara me dijo que se llamaba ¿verdad?

—Sí.

—Miren, he encontrado estas notas del día que estuve analizando las cartas. Han pasado ya más de cinco años de aquello y, sinceramente, no pude determinar el remite en la mayoría de ellas. De las siete cartas, solo de dos pude ver de dónde procedían, una de Almería y la otra de Sevilla. Esta última se trataba precisamente de la que Abdel escribió supuestamente en 1430. Quizás pueda pedir algún favor a un colega que dispone de un laboratorio mucho más avanzado que el que tenemos en la universidad. Y quizás, solo quizás, podamos saber de dónde vinieron el resto de las cartas, y fecharlas con exactitud.

—Eso sería de gran ayuda para nuestra investigación. Se lo agradecemos no sabe cuánto. ¿Cuándo cree usted que podríamos saber algo? —preguntó Alberto.

—Les llamaré mañana y les diré algo ¿ok? Voy a llamar a Brian, él es el único que conozco con la tecnología suficiente para poder ayudarnos.

Yo ya pensaba en agradecerles la velada y despedirnos a la espera de lo que nos pudiera decir mañana Marcos, pero Clara, una vez más, me volvió a sorprender.

—Señor Marcos, eee... ¿A usted le importaría si sacamos unas fotos de estas cartas para poder leerlas con calma a ver si descubrimos algo que se nos

haya podido pasar por ahora? Ya sabe: cuantos más ojos y cabezas pensando, más se descubre.

Marcos miró a su padre. Este levantó los hombros, miró hacia la mesa y torció los labios, un claro gesto de... ¿por qué no? A él le parecía bien, pero algo debió preocupar a Marcos que dudó durante unos segundos.

—Podría sacarles copias de estas cartas, siempre y cuando firmemos un contrato de confidencialidad. Nadie, más que ustedes, puede leerlas, y mucho menos ser publicadas, ¿está eso claro? —dijo mirando a Clara fijamente a los ojos. Marcos se mostró muy serio sin dejar lugar alguno a negociaciones.

—Ok, le damos nuestra palabra, ¿verdad, Alberto? —me dijo Clara dándome un codazo.

—Uhhh..., sí, por supuesto.

Marcos encendió el portátil y redactó un breve contrato de confidencialidad a la vez que escaneaba las traducciones de las cartas. Nos hizo firmar a ambos dicho documento y nos volvió a repetir que nada de copias ni publicaciones. Solo nosotros podíamos leer aquello, puesto que, a día de hoy, nadie fuera de su familia lo había hecho, como nos volvió a recalcar.

Nos despedimos de Marcos y resto de la familia. Tanto Clara como yo nos sentíamos como niños con juguetes nuevos. Aquellos documentos eran mucho más de lo que podíamos esperar de aquel encuentro con Marcos y su familia. Nunca hubiéramos imaginado que pudiéramos obtener tan valiosa información en aquella cena. Nos alegramos mucho de que Juan estuviera allí, porque si no seguro que no hubiéramos sacado prácticamente nada de su hijo. Se notaba que era una persona extremadamente desconfiada, pero, por fortuna, su padre, que lo conocía muy bien, seguro que le había dicho que éramos de fiar.

Al regresar, tomamos una copa en el bar restaurante del hotel, donde sonaba música clásica de Mozart, Vivaldi, etc. (era un lugar con mucho encanto, decoración clásica, pero del siglo XXI). Vi pasar delante de mí unos platos de

codillo con chucrut para chuparse los dedos —me prometí a mí mismo no marcharme de aquel país sin probar aquello.

Después de las copas nos tiramos en la cama y nos repartimos las cartas, ni Clara ni yo podíamos esperar un segundo más para empezar a leerlas de cabo a rabo. Decidimos revisarlas todas aquella noche y hacer lo propio a la mañana siguiente. Anotar las cosas que nos parecieran más importantes e intrigantes y comentarlas durante el desayuno.

Apenas pudimos conciliar el sueño. Al rato me giré para ver si Clara estaba dormida, pero a ella le sucedía lo mismo. Finalmente, el cansancio nos venció y dormimos como bebés hasta que amaneció. En Alemania la luz llegaba muy pronto (eran poco más de las cinco de la mañana y ya entraba por la ventana suficiente claridad como para no poder seguir durmiendo). Teníamos que haber cerrado las contraventanas, pero con la emoción del momento a ninguno de los dos se nos ocurrió. Pegué un brinco para ir al aseo, mientras por el espejo contemplaba a Clara abriendo tímidamente un ojo y preguntándome qué hora era.

Mientras mi amiga se desperezaba, me di una ducha y me lavé los dientes, preparándome para un nuevo día que, esperaba, trajera más respuestas que interrogantes —pues de estos últimos estábamos ya bastante servidos—. Clara me achuchó para apoderarse del baño, prácticamente me fue empujando hacia la puerta de forma cariñosa mientras me estaba terminando de lavar los dientes. Me dijo que no se podía aguantar y que estaba tardando demasiado (todo aquello me lo soltó con una sonrisa mientras me cerraba la puerta y me dejaba con el cepillo en la boca, eso sí, antes de echarme me besó en la mejilla).

Tras treinta insoportables minutos de espera, Clara salió del aseo dispuesta a que bajáramos a desayunar. Cogimos las cartas y nos fuimos; eran poco más

de las seis y no teníamos claro del todo que el restaurante del hotel estuviera ya dando desayunos, pero para nuestra satisfacción ya estaba abierto.

Pasamos dos largas horas revisando nuevamente las cartas y escribiendo nuestras notas —cada uno en su cuaderno—. Notas que más tarde comentaríamos.

Capítulo 8

Las mazmorras, año 1355

Tras el comunicado que acababa de relatarnos el sultán, apenas era capaz de explicarle a mi madre la fatal situación. El drama que reflejaban sus ojos pronto se contagió a mi hermana. Éramos una familia humilde, pero feliz —felicidad que en tan solo unos segundos nos había sido arrebatada.

Mi madre rompió a llorar, no entendía por qué yo tenía que pagar por aquello, pues nunca había herido a nadie ni hecho mal a ningún semejante. Tanto mi padre como yo siempre habíamos ayudado a todo aquel que lo necesitara, esas eran las enseñanzas que mis padres me habían dado: servir al prójimo y jamás hacer el mal.

Mi padre intentaba guardar la compostura y tranquilizar a mi madre y a mi hermana Farah. Esta última en un ataque de nervios no paraba de llorar y decir que ella era la culpable, algo que no entendí hasta algún tiempo después.

Sabíamos que, de un momento a otro, vendría la guardia del sultán a detenerme. Teníamos que aprovechar el poco rato que nos quedaba para estar juntos y despedirnos —sería la última vez que los vería y no quería desperdiciar ni un segundo de tan preciado tiempo.

Mi padre susurraba al oído de mi madre para intentar calmarla, seguramente ante su desesperación le diría que buscaríamos una solución, aunque, muy a su pesar, él sabía que ante un mandato firme del sultán nada se podía hacer, y que este jamás rectificaría. De hecho, me había salvado de una muerte segura ante

una acusación de brujería; pero también estaba convencido de que una vez hullera, sería perseguido de por vida.

Abracé a mi familia. Intentando guardar el tipo les pedía que no lloraran por mí, que fueran felices y siguieran adelante. A mi madre también le susurré al oído rogándole que lo hiciera, aunque solo fuera por mi hermana —Farah merecía un futuro y buscar un buen marido que la quisiera—. Lo mejor que les podía pasar era que la gente me olvidara lo antes posible, para que el estigma que, muy a mi pesar les había ocasionado, se fuera con el paso del tiempo. A poder ser, lo antes posible.

Estaba hablando con mi hermana cuando llamaron a la puerta. Le rogué que buscara a Fátima y le pidiera de mi parte que rehiciera su vida, que no me esperara. También le pedí que le entregara una breve carta de despedida que había escrito minutos antes. Fátima era el amor de mi vida y la hija de uno de los mejores amigos de mi padre y de mi familia, Sahid. Nuestras familias han estado muy unidas durante generaciones.

Precisamente allí estaban los dos fieles servidores del sultán Mohamed: Sahid y Hussein. El sultán había tenido la gentileza de no enviar a la guardia real y, por el contrario, mandar a dos caras amigas —aunque no tenía tan claro que eso fuera a cambiar nada, ni mucho menos mi destino.

La cara de Sahid lo decía todo, parecía tan confundido como nosotros. Pero ¿quién era él para cuestionar al sultán? Por el contrario, Hussein se mostraba algo más indiferente; aunque era también un viejo conocido de mi familia, no tenía los mismos vínculos con nosotros que Sahid, cuya hija Fátima iba a ser mi futura esposa.

El sultán lo había planeado todo para que a media noche me sacaran por las mazmorras donde, mediante un pasadizo secreto, sería conducido a una salida que muy pocos conocían de la Alhambra. Las mazmorras eran un misterio para la mayoría, incluso para muchos de los miembros de la familia real.

Sahid se dirigió a mi padre y no necesitó hablar —sus ojos reflejaban un inmenso dolor—, lo abrazó como si de un hermano se tratara (entonces mi padre reventó). Nunca antes lo había visto llorar, pero aquel buen hombre que siempre había servido a los demás y que nunca se quejaba de nada, aquel hombre sereno y bondadoso que tantos valores me había enseñado, esta vez se derrumbó. Sahid lo abrazó más fuerte y le pidió perdón por lo que iba a hacer —perdón por algo que él solo ejecutaba pero que no deseaba en lo más hondo de su corazón—. Sahid no solo pensó en Abdel, sino también en su hija Fátima que lo amaba tanto —sabía que ella quedaría destrozada de por vida—. Su corazón se rompería en mil pedazos, porque el suyo era un amor verdadero.

Finalmente salí de la habitación que me había visto nacer, de mi hogar, el único que conocía y que jamás volvería a ver, dejando atrás a mi familia a la que tanto amaba. Los dos hombres flanqueaban mis costados y, a paso lento, me llevaron por un eterno pasillo hasta la Alcazaba. El sultán quería que los funcionarios reales, así como los sirvientes, me vieran siendo conducido a las mazmorras. Era importante que todo el mundo supiera que me encontraba detenido en los calabozos y que el sultán no hacía excepciones a la hora de aplicar la ley, ni siquiera con amigos de la infancia.

Me llevaron hasta una celda fría y oscura. Sahid me susurró al oído que estaría allí tan solo unas horas hasta que me ayudaran a huir, desconocía si Hussein estaba enterado del plan, por lo que me limité a asentir y aceptar mi destino.

Capítulo 9

Pedro, año 1355

En el corazón del Albaicín, los vecinos estaban en pie de guerra. Habían cazado una vez más a Pedro robando en sus casas, y esta vez no habían tenido piedad con él —lo estaban moliendo a palos.

Pedro era un pobre hombre de origen cristiano que había crecido sin padres y mendigaba por las calles del Albaicín esperando que algún alma caritativa le arrojara algo que echarse a la boca. Pedro se había aficionado a entrar en las casas y robar todo lo que podía, para luego venderlo en barriadas cercanas. Esta vez los vecinos ya no aguantaron más y le pegaron tal paliza que estaban seguros sería la última vez que robaría en sus hogares (iba a ser muy complicado que el pobre diablo volviera a andar).

La suerte se alió con este por unos instantes. La guardia real, que casualmente pasaba por aquel lugar, vio la escena. Ante el alboroto causado por los vecinos, decidieron intervenir rescatando al desdichado Pedro de una muerte segura, para más tarde conducirlo a los calabozos donde esperaría a ser juzgado por el sultán.

Pedro llegó molido a palos —los gritos del pobre hombre no pasaron desapercibidos por Abdel que en aquel momento se encontraba en una celda contigua—. A pesar de su situación, Abdel no pudo evitar preocuparse por aquel hombre que tanto se quejaba y le preguntó qué le sucedía, pero Pedro nunca respondió; se limitaba a gritar de dolor.

Mohamed, que fue notificado de la situación, mandó llamar a los vecinos para que le explicaran qué había sucedido. Acudieron varios que habían presenciado todo, así como los afectados por los robos de Pedro. Le explicaron al sultán que esta no era la primera vez que sucedía, Pedro robaba sin parar en las casas y llevaba mucho tiempo haciéndolo, por eso decidieron actuar.

El robo era algo que estaba muy mal visto, sobre todo cuando se trataba de un reincidente.

Mohamed mandó llamar a Hassan de inmediato. Tenía algo que contarle y no podía esperar.

Sahid fue a buscar a su amigo a todo correr. Este se encontraba con el resto de la familia preparando el equipaje para marcharse de palacio. Estaba destrozado y lloraba por dentro sin parar.

Ante la repentina irrupción de Sahid, Hassan le pidió tiempo para terminar los preparativos de la mudanza, pero Sahid insistió. Le dijo que era urgente y que el sultán no podía esperar, por lo que no le quedó otra que acompañarlo.

—Hassan, siento todo por lo que estás pasando, una vez más lo lamento, tu familia no se merece esto, pero las casualidades de la vida van a hacer que la situación de Abdel mejore un poco, quería que fueras el primero en enterarte de la noticia —le dijo Mohamed.

—Disculpa, sultán. No entiendo cómo puedes mejorar la situación de mi hijo, que ahora mismo está encerrado en las mazmorras pasando frío y seguramente preguntándose qué había hecho él para merecerse esto.

—Entiendo tu enfado, Hassan. Estás en todo tu derecho de sentirte así, pero quiero que entiendas que, a pesar de lo sucedido, no he parado de pensar en Abdel, tu hijo, mi mejor amigo. Alá nos ha hecho un regalo que no quiero desaprovechar.

—Sigo sin entender.

—Abdel será ejecutado esta misma tarde, todo el mundo lo verá y quedará liberado para siempre.

—¿Cómo? —le dijo Hassan al sultán a punto de estallar.

La cara de Hassan reflejaba una ira que jamás había sentido antes. Quería matar al sultán y, por unos instantes, estuvo a punto de abalanzarse sobre él. Le daba igual quién fuera este, no podía consentir aquello, era demasiado. Sahid, que lo vio venir, frenó a su amigo agarrándolo de un brazo. Nunca antes había visto así a Hassan, temía que este hiciera una locura.

—Hassan, espera, escúchame lo que tengo que contarte —le dijo el sultán a la par que emitía un largo suspiro—. Abdel no va a morir, es solo un teatro. El que va a morir va a ser otro. ¿Recuerdas a Pedro, el ladroncillo de barrio que en tantos líos se ha metido durante estos últimos años?

—¿Qué tiene eso que ver con mi hijo? —dijo Hassan alzando la voz, lleno de cólera y mirando fijamente al sultán a los ojos.

—Hoy lo han traído a las mazmorras y tenía golpes por todo el cuerpo. No sabemos si sobrevivirá. Apenas puede respirar y sangra por todos los lados. Esta tarde lo vamos a ejecutar y fingiremos que se trata de Abdel.

—Ni mi hijo ni yo nos perdonaríamos jamás el hecho de tener que cargar con la muerte de un inocente. Te ruego que no lo hagas.

—Hassan, puedes estar libre de culpa porque es una decisión mía. Además, el destino de este infeliz no iba a ser otro que la pena de muerte, ha robado de manera reiterada durante demasiado tiempo. Diremos que se trata de Abdel y que Pedro murió por los golpes de los vecinos. Ten por seguro que nadie sospechará ni protestará, puesto que ellos mismos serán oficialmente sus verdugos. Tu hijo podrá tener un futuro en algún lugar con otra identidad, deberías de estar feliz por ello —le dijo Mohamed a Hassan muy serio.

Hassan se marchó de los aposentos del sultán sin contestar. Sabía que eso no se podía hacer, pero en esos momentos su enfado le impedía guardar las

formas. Se sentía traicionado por el sultán, no comprendía cómo les podía estar haciendo aquello a su familia. Sahid, que contempló atónito el desplante de Hassan hacia el sultán, miró estupefacto a este último que, con un gesto de mano, le invitó a marcharse para que acompañase al médico. Nadie se había atrevido jamás a desplantar al gran Mohammed V de aquella manera.

Durante el trayecto hacia los aposentos de Hassan y familia, los dos amigos del alma no se dirigieron la palabra. Sahid no sabía qué decir, y Hassan no quería hablar con nadie. Tenía demasiada ira y rabia acumuladas, como jamás había sentido nunca; solo quería matar al sultán.

Esa misma tarde sería la primera vez que Abdel iba a morir, aunque el que realmente iba a ser ejecutado sería Pedro, pero solo unos pocos lo sabían...

Las calles estaban abarrotadas de curiosos que ansiaban ver morir al ya denominado brujo. Algunos eran conocidos por la familia y otros venían de lugares aledaños para presenciar aquella ejecución.

Abdel permanecía en su celda, a pesar del frío se encontraba bien. El sultán había ordenado que le llevaran ropa de abrigo y un manto que le permitía sobrellevar mejor su estancia en aquel lúgubre y frío lugar. No tenía ni idea de lo que el sultán había orquestado, ni siquiera lo supo poco después cuando Sahid le ayudó a escapar. Las instrucciones de Sahid eran muy claras, no contarle lo sucedido a Abdel e indicarle que no podía seguir utilizando su mismo nombre.

Se llevaron a Pedro que apenas se movía —estaba en las últimas—. Los vecinos estuvieron a punto de acabar con su vida. Y, aunque no lo lograron, le habían dejado secuelas de por vida, estaba condenado a una muerte segura —solo era cuestión de horas o días—. Lo amordazaron a una camilla y le vendaron los ojos. Tenía una estatura muy similar a Abdel y un corte de pelo parecido. Por aquel entonces ambos llevaban media melena; además, compartían color de pelo, aunque Pedro tenía la tez algo más oscura,

intentaron disimular dicha diferencia tapándolo completamente con vestimentas largas del mismo Abdel. A su vez, el rostro de Pedro era menos afilado que el de Abdel y su nariz no tan grande. Motivo por lo que decidieron ejecutarlo en una zona inaccesible para el público presente y solo pudiera ser contemplado desde más de cien metros. La cara de Pedro estaba tan ensangrentada que sería muy difícil distinguir a la persona que iba a ser decapitada.

Solamente Hassan, el sultán y Sahid, sabían lo que allí sucedía realmente. Los verdugos que conducían a Pedro a la muerte habían sido llamados cada uno de ellos de una villa distinta, asegurándose previamente que nunca antes habían estado en palacio y que no conocían ni a Pedro ni a Abdel.

El sultán ordenó bajo ningún concepto hablar de esto con nadie. A Hassan le hizo prometer que no le contaría a nadie que su hijo seguía vivo y que al que realmente habían ejecutado era a Pedro. Hassan no sabía cómo podía ocultar aquello a su familia. Le resultaría muy difícil guardar el secreto con su mujer e hija, porque sabía el dolor que la muerte de Abdel causaría en ellas.

Las calles estaban abarrotadas de gentes ansiosas por el espectáculo, era bochornoso contemplar a otros seres humanos disfrutando de una escena de tal magnitud, en donde un vecino iba a ser ejecutado. Algunos habían sido curados por Hassan e hijo. Incluso muchos de ellos salvados de una muerte segura. Hassan, además de servir al sultán, ayudaba a los vecinos siempre que le era posible en su tiempo libre, aunque estaba disponible para el monarca y la corte las veinticuatro horas del día. A Mohamed no le importaba demasiado, porque siempre que Hassan curaba a alguien lo hacía por la gracia del sultán, con lo que la imagen de bondadoso y generoso de este aumentaba, y eso le servía para ganarse la simpatía de su pueblo. Otras veces, cuando un vecino necesitaba urgentemente su ayuda y Hassan no podía atenderlo, enviaba a Abdel que había recibido la sabia formación de su padre desde muy

temprana edad. Este ya apuntaba maneras como médico desde los ocho años, cuando comenzó a ayudar a Hassan en todo lo que este le requería. Abdel siempre fue un hijo ejemplar. Nunca les había dado problemas a sus padres, y siempre había respetado las normas. Por eso jamás debió suceder aquel desenlace. Abdel no supo hasta días después lo que había sucedido en realidad con Pedro y con su falsa ejecución.

El populacho gritaba: «¡muerte al brujo!, ¡muerte al brujo!», ante la mirada perdida de Amina. Por mucho que Hassan había intentado que se quedara en la casa a la que se acababan de mudar, ella insistió que quería ver a su hijo por última vez y que nadie, ni siquiera el sultán, se lo podía prohibir. Ante lo que Hassan no pudo hacer nada. Amina intentaba ver a su hijo, pero no lo lograba por la distancia y la sangre que recorría su rostro. Hassan la abrazó para intentar despistarla, pero Amina no dejaba de enfocar su mirada en el rostro del que ella creía era Abdel. Amina se intentó acercar más a la tarima donde tenían al condenado pero la guardia real le impidió el paso. Ella aprovechó un momento en el que los guardas se encontraban distraídos hablando entre ellos y, sin importarle nada las consecuencias, consiguió acercarse a escasos veinte metros del que ella creía era su hijo —necesitaba verlo por última vez y despedirse de él—. Hasta que un guarda, que se dio cuenta, la interceptó y la echó de allí. Entonces ella corrió hasta Hassan y le gritó.

—¡Ese de ahí no es Abdel!

Hassan le tapó la boca con suavidad y susurró en su oído algo que la calmó. Amina se acababa de enterar de que su hijo estaba a salvo. Aquella noticia, a pesar del dolor por todo lo sucedido y la pérdida de su único hijo, la reconfortaba. Farah no supo nada hasta la primera carta que llegó de Abdel, entonces el secreto empezó a formar parte de toda la familia, secreto que se convirtió desde aquel instante en el mayor tesoro guardado por la familia Alím.

Contándole aquello a su mujer, era la primera vez que Hassan incumplía un mandato real, y no estaba orgulloso de ello, pero tampoco se sentía culpable después de todo lo sucedido. Además, ¿cómo poder vivir con aquello el resto de su vida viendo a su mujer morir de pena?

La ejecución fue rápida y certera. En apenas unos segundos, la cabeza de Pedro rodó sin vida. El verdugo había lanzado un golpe seco con la cimitarra curva ante el clamor popular. Esta sería la primera vez que Abdel moriría oficialmente.

El populacho gritaba de alegría, solo unos pocos miraban con angustia y pena a la familia de Abdel que se mantenía desolada a un lado de la multitud. Los rostros de Hassan y Amina mostraban tristeza, pero al mismo tiempo esperanza, sabían que su hijo no era aquel pobre desgraciado cuya cabeza rodaba sin vida. Farah temblaba de dolor, las lágrimas ya no le salían —no le quedaba ni una sola gota por derramar—. No había dejado de llorar desde que se llevaron a su hermano. Amina sabía que no podía contar a su hija que aquel no era Abdel y que este seguía vivo. Farah no aguantó más y se desmayó. Se la llevaron a casa. Hassan le preparó una infusión de hierbas para calmar su pena, aunque él sabía que no existía brebaje alguno para aliviar aquel dolor que, desde ese día, acompañaría a su hija durante demasiado tiempo.

Farah se sentía culpable por lo acontecido a su hermano. Tuvo que pasar algún tiempo hasta que contara a sus padres el tormento que la comía por dentro. Farah y María eran amigas desde casi bebés. Su padre era el alfarero del sultán. La familia de María vivía en la Alcazaba, lo que les permitía pasar mucho tiempo juntas. Farah y María lo compartían todo, las risas, sus penas, confesiones amorosas, etc.

María había estado enamorada en secreto de Abdel desde muy temprana edad, pero este solo tenía ojos para Fátima, la hija de Sahid. Abdel siempre había estado enamorado de ella, desde el primer día que la vio. Al mismo

tiempo, Mohamed se había encaprichado con María, desde que eran niños formaba parte de su pandilla y, junto con Abdel, Farah y otros hijos de altos funcionarios y miembros de la corte, se dedicaban a hacer travesuras e inventar historias. Jugaban a esconderse y así podían pasar las horas —aunque nunca tenían suficiente—. En algunas ocasiones, Yusuf, el padre de Mohamed, tenía que enviar a alguien para que ordenara a su hijo que cesaran los juegos.

María se había dado cuenta de que Mohamed no le quitaba el ojo de encima, pero ella siempre había estado locamente enamorada de Abdel —poco le importaba que el otro fuera el futuro sultán de Granada y Abdel un simple aprendiz de médico—. Cuando María cumplió quince años, Mohamed todavía tenía catorce, pero era ya conocida su afición por las mujeres, puesto que a esa edad ya habían pasado por su cama unas cuantas sirvientas, así como algunas parientas de la corte. El cumpleaños de María se realizó en los jardines de la Alhambra por orden del hijo de Yusuf I. Mohamed quería que a su amiga de la infancia no le faltara de nada, fue un cumpleaños por todo lo alto y María no sabía cómo agradecerse.

Al acabar la ceremonia y marcharse los invitados, Mohamed mandó llamar a María para que se reuniera con él en lo que más tarde sería el Palacio de los Leones, y donde, por aquél entonces, Mohamed disponía de una estancia privada en la que se decía llevaba a sus amantes.

María, que ya no era una niña, había escuchado todo tipo de comentarios sobre lo que Mohamed hacía allí con aquellas muchachas. En algunos casos con varias a la vez. Se veían salir mujeres de todas las edades de aquellas estancias. Hussein fue el encargado de llevar a María junto al futuro sultán, ella temblaba de miedo porque, aunque estaba agradecida por todo lo que su amigo había hecho por ella, no quería tener que pagar un precio tan alto entregándole su virginidad —solo pensarlo le entraba pánico.

Hussein la llevó a una sala enorme donde Mohamed había dispuesto una mesa con velas, vino y varios manjares —a pesar de que al alcohol estaba prohibido, al fin y al cabo, se trataba del hijo del sultán—. Parecía una cena privada para ellos dos solos. En cuanto María llegó, este la invitó a sentarse y ordenó a todos que salieran de la habitación. María se sintió aliviada porque se había esperado otra cosa, y ahora se sentía mal por haber desconfiado de su amigo de la infancia.

Mohamed le pidió a María que esa noche no lo tratara como al hijo del sultán, sino como a un amigo más. De hecho, le pidió que lo tratara como si fuera Abdel, el hijo de su médico. A la muchacha le resultó curioso que justamente pusiera a Abdel como ejemplo, puesto que había muchos otros amigos de ambos entre su pandilla, pero curiosamente Abdel era al que había nombrado. El enamoramiento de María hacia Abdel no había pasado desapercibido por Mohamed tampoco, ni para nadie que tuviera dos ojos.

Estuvieron hablando durante varias horas recordando las travesuras del pasado, riendo, e incluso Mohamed le recitó un poema de su puño y letra. Era su fiesta de cumpleaños privada, no estaba claro si para júbilo de ella o de él, pero era la fiesta privada de ambos que el hijo del sultán había ordenado. Bebieron mucho vino, de hecho, María nunca había probado el vino antes y empezaba a sentirse un poco mareada, pero le daba vergüenza decírselo a Mohamed por miedo a que se enfadara. Este se dio cuenta y le dijo a María que lo mejor era que se fuera a acostar que ya habían bebido demasiado. Llamaría a Hussein para que la llevara a su casa. Pero María le suplicó que no lo hiciera. Su padre no podía verla así, era mejor que esa noche no regresara en esas condiciones.

Tras unos segundos cavilando, Mohamed la llevó a su cuarto y la acostó en su cama. Le dijo que él dormiría en un cuarto contiguo y que, si necesitaba algo, le llamara. María estaba en una nube y se sentía avergonzada por lo que

había pensado de su amigo. Se despertó a media noche y se dirigió al cuarto donde el hijo del sultán dormía, sin decir nada se desnudó y se metió en su cama. Decidió entregarle su virginidad, oferta que Mohamed no pudo rechazar. Le hubiera gustado que fuera Abdel el primer hombre que la amara, pero aquella noche había decidido no esperar más por él, puesto que sabía que sus ojos, alma y corazón pertenecían a otra mujer.

Después de aquella noche, las visitas de María a los aposentos Mohamed iban a ser frecuentes, se había convertido en una más de las amantes de este; aunque jamás dejó de amar a Abdel hasta sus últimos días.

Farah conocía todos los detalles, era su confidente, se contaban sus secretos más ocultos, salvo uno. Farah sabía que el secreto de Abdel no podía salir de su familia, pero un día en el que María le preguntó por Abdel se le escapó. En Granada hubo un brote tremendo de un virus desconocido, hubo miles de enfermos entre los que se incluían miembros de la corte. A causa de aquello, María estaba preocupada por Abdel, debido a que este, junto con su padre asistían a los enfermos, y al parecer este virus era altamente contagioso. María le preguntó que cómo era posible que ni Abdel ni su padre se hubieran contagiado, y cómo ella no estaba preocupada por ambos, ya que se conocían casos de varios médicos de villas cercanas que habían muerto tras haber tenido contacto con pacientes infectados. Farah no pudo ocultar más el único secreto que mantenía con su amiga y le habló de lo que le sucedía a Abdel.

Capítulo 10

Segunda cena con Marcos y familia, año 2015

Pasamos la mañana entera metidos en el restaurante del hotel. Los camareros nos miraban sorprendidos y mosqueados, no levantábamos los ojos de las cartas más que para ir a por café. Así nos dieron las doce de la mañana, cuando comenzaron a llegar clientes para el almuerzo, puesto que los alemanes comen bastante temprano.

Aquella mañana clasificamos y numeramos las cartas según la fecha, si es que esta se sabía, contenido y destinatario o destinatarios. Las leímos varias veces y posteriormente las comentamos.

Primera. La carta más antigua se dirigía a toda la familia. Les pedía que no lloraran por él, que iba a luchar por salir adelante. Que se encontraba bien y que los quería mucho. Era una carta muy emotiva, pero no aportaba mucha información de su paradero. La fecha tampoco la pudimos determinar, pero la pusimos en primer lugar debido a su contenido; quedaba bastante claro que había sido la primera:

«Querida familia: Quiero que sepáis que os echo de menos y os quiero. Os llevaré en mi corazón para siempre. Estoy bien y me encuentro en un lugar a salvo. El sultán me aprovisionó bien, para que no me faltara nada durante el viaje...».

Las cartas dos y tres, las agrupamos según lo que íbamos leyendo. Algo que no sucedió con las cuatro restantes que estaban perfectamente fechadas por

Marcos en el laboratorio de la universidad.

Segunda. La siguiente carta estaba dirigida a su hermana. La exculpaba de toda responsabilidad, pero no comprendíamos bien a qué se refería Abdel. Le decía que la quería con todo su corazón, que era la mejor hermana pequeña que un hermano podía desear. Y también le pedía que perdonara a María, personaje al que no conocíamos y sobre el que estábamos deseando preguntar a Marcos en nuestro próximo encuentro.

Tercera. En esta carta Abdel comunicaba a su familia su llegada a Granada, era una carta donde se podía percibir una cierta angustia y premura.

«Querida familia, ha llegado a mis oídos que mi padre no pasa por su mejor momento y que la enfermedad que le ha invadido trabaja rápido y cada día está peor. Por ello, aun sabiendo el riesgo que mi presencia pueda acarrear, estoy seguro que entenderéis que no puedo quedarme de brazos cruzados. Os veo en pocos días».

Esta carta a la que numeramos como tercera, nos dejó bastante sorprendidos, porque habíamos pensado que Abdel jamás había regresado a Granada tras su huida. Estaba claro que Marcos se había guardado un as en la manga que no quiso desvelarnos en la primera cena. Era imposible que él hubiera pasado por alto algo así.

Cuarta. Esta había sido datada en laboratorio por Marcos y estaba fechada en marzo de 1361. Era una carta muy triste, donde Abdel hablaba de lo que su padre había significado para él, de lo mucho que lo iba a añorar y que esperaba algún día encontrarlo en «La Jannah²», donde estaba seguro su padre estaría esperando por él. Cita que nos dejó bastante claro que Hassan había fallecido. Probablemente esta fuera una de las cartas más emotivas que había leído en mi vida —las lágrimas comenzaron a inundar mis ojos—. Abdel recordaba a su padre, sus enseñanzas y algunas anécdotas que habían vivido

juntos, y mandaba todo su amor a su madre y hermana para que siguieran adelante.

A Clara se le ocurrió mirar en el árbol genealógico que teníamos la fecha de la muerte de Hassan y comprobamos que solo distaba en seis meses desde la carta que numeramos como cuatro. Al mismo tiempo pensamos que la carta tres era la anterior a esta última, debido a la enfermedad de Hassan, puesto que, seguramente, Abdel no habría podido hacer nada por su padre o habría llegado demasiado tarde. Pero esto solo eran suposiciones nuestras en base a lo que acabábamos de leer. También especulamos sobre la posible enfermedad. Por aquel entonces Granada, al igual que el resto de Europa, había sufrido la batida de la peste negra; enfermedad que mató a más de cien millones de personas en todo Europa —pero no se trataba más que de una suposición nuestra.

Las cartas quinta y sexta trataban sobre temas familiares sin aparente importancia y la séptima (que era la última que Abdel escribió supuestamente con noventa y dos años) ya la habíamos comentado.

Anotamos todo junto, estábamos exhaustos, los ojos y el cerebro pedían a gritos un descanso, pero no podíamos dejar de leer y comentar las cartas; hasta que el teléfono nos sobresaltó. Era Marcos, nos había citado nuevamente en su casa. Al parecer Brian había trabajado sorprendentemente rápido y ya tenía cosas que contarnos; eficacia alemana, pensé.

Marcos nos citó a las ocho de la tarde. Como ya conocíamos la obsesión alemana con los horarios, nos plantamos delante de la puerta de su casa a las siete y cincuenta y ocho, exactamente, —puntuales como relojes—. Lo último que queríamos era cabrear a un alemán, aunque este fuera granadino de nacimiento.

Esta vez nos abrió la puerta una chica joven, no tendría más de treinta y cinco años —intuimos que sería otra hija de Juan—. Era rubia, alta y con

buena figura, ojos azules llenos de vida, y una sonrisa de cine. Desprendía una paz infinita. Nos invitó a que la acompañáramos a la salita, donde estaban esperando el resto de la familia sentados en el sofá charlando distendidamente sobre temas cotidianos. Salvo Marcos que, según pudimos comprobar poco rato después, estaba preparando la cena.

Juan nos dio un abrazo a cada uno y nos presentó a Claudia mientras le plantaba un beso en los morros. Creo que se dio cuenta de nuestra sorpresa porque se echó a reír. Más tarde supimos que se habían conocido en clases de yoga —disciplina que, según nos hicieron saber durante la cena, ambos practicaban con frecuencia—. La verdad que no me extrañaba demasiado porque, como ya habíamos observado el primer día que conocimos a Juan, este hombre era especial: interesante, culto y se conservaba a las mil maravillas. Al contrario que su hijo, parecía mucho más joven.

Nos sentamos a la mesa y al rato Marcos, vestido con indumentaria de chef de alta cocina —gorro incluido—, trajo una bandeja repleta de una típica comida alemana: «Codillo con Chucrut». ¡Por fin! —dije para mis adentros—. La apariencia era exquisita y el sabor mejor todavía. Para beber tomamos cerveza alemana, buena, buenísima. Se subía muy rápido, así que no bebimos más de una para poder estar lúcidos. Nos hacían falta todas nuestras neuronas trabajando juntas.

Al terminar la copiosa cena que Marcos había preparado, le expusimos todo lo que habíamos averiguado en el poco tiempo que habíamos tenido tras nuestro primer encuentro. También le preguntamos por María —personaje que Abdel mencionaba en una de sus cartas—, pero Marcos dijo no tener ni idea de quién podría tratarse.

Percibimos por primera vez algo que se podía interpretar como un gesto de asombro por parte de Marcos, su rostro parecía mostrar sorpresa. Al terminar, este nos miró fijamente, primero a Clara, luego a mí, y nos dijo:

—Chicos, he pensado mucho sobre contarles lo que me dispongo a relatarles ahora mismo, pero después de haberlos conocido y de lo que ya saben, decidí que debía hacerlo. Nos miramos sorprendidos, no entendíamos qué quería decir. Entonces, Marcos continuó:

—Las pruebas del laboratorio, que les dije que mi amigo Brian iba a hacer, eran mentira, bueno, a medias. Porque ya se hicieron hace mucho tiempo, no solo las hice en mi universidad, como les comenté, sino que se hizo una segunda prueba en los laboratorios de mi amigo con máquinas más avanzadas, y los resultados son los que ustedes ya saben.

—No entiendo, entonces, ¿por qué nos hizo volver hoy otra vez? —preguntó Clara con cara de enfado.

Marcos tragó saliva, miró a Clara por encima de las gafas y continuó sin contestar a la pregunta.

—De esas pruebas que ya les hablé no les conté todo, puesto que esas siete cartas no fueron las únicas.

Clara y yo nos miramos sorprendidos, no entendíamos qué quería decir: ¿hubo más cartas? ¿Por qué no nos lo dijo antes?

—Recuerdan que mi tía Remigia fue la que me dio estas cartas ¿verdad? Pues bien, habían pasado unos meses desde la última cena familiar, hasta que nos volvimos a reunir en el cumpleaños de Remigia. Invitó a toda la familia, por lo que acudí con mi padre. Estaba en la cocina ayudando a mi tía con el pastel de cumpleaños, cuando me dijo que había encontrado otras cartas que igual me interesaban. En aquel momento no supe si serían de Abdel o de otro familiar, pero el caso es que Remigia las había encontrado tiradas en el trastero al poco tiempo de las primeras que me entregó.

Clara y yo estábamos muy intrigados. ¿Por qué cuando parecía que ya no podía suceder nada más sorprendente, Marcos nos contaba que había más cartas? ¿Serían más antiguas? ¿Más recientes? Estábamos ansiosos porque nos

lo contara todo. Permanecimos en silencio impacientes para que siguiera con su relato.

—Pues bien, estas cartas no eran de Abdel. Al menos eso decía la firma, que en estas sí se distinguía bastante bien. Al parecer era un viejo amigo de la familia. El contenido de las cartas trataba temas mundanos. Se interesaba por cómo estaban y poco más. Todas las cartas venían de Sevilla y las firmaba un tal Hassan Abdala.

Lo que no terminábamos de entender era por qué, después de todo lo que ya sabíamos y lo que nos había contado, Marcos guardaba esto como un gran misterio. Nos parecía algo irrelevante y que tampoco aportaba nada a nuestra investigación, pero le dejamos continuar.

Marcos, que debió de leer la decepción en nuestros rostros, nos hizo un gesto con la mano, moviendo su mano derecha muy despacio, de arriba hacia abajo. Gesto que entendimos quería decir que nos esperaríamos, que había más.

—Al principio no vinculé esto con Abdel y no le di gran importancia, pero tras una segunda lectura de una de ellas, noté algo extraño. Me fijé en la forma como estaban las letras estiradas, dibujaban un trazo muy peculiar que nunca antes había visto salvo en las cartas de Abdel, pero imaginé que solo se trataría de una casualidad o una manera de escribir por aquel entonces. A pesar de haber visto a lo largo de mi vida cientos de textos del siglo catorce y quince, nunca reparé en aquello. Decidí consultar en mi universidad con Alicia, una experta en lenguas antiguas, quería saber si aquella era una forma común de escritura por aquel entonces. Alicia me corroboró lo que yo ya me imaginaba, ni más ni menos que solo era una forma peculiar de escribir para aquella persona autora del texto, no del idioma en sí ni de la época de la que se trataba. Pasé a la siguiente fase; mis instintos me decían que tenía que contrastar la letra de Abdel con aquella.

—Llevé dos cartas al azar a otro colega en Berlín, esta vez se trataba de Martin, un experto en grafología que en ocasiones había colaborado con el Gobierno alemán, toda una eminencia en su campo. Para evitar grandes explicaciones y mantener la mayor privacidad posible, solo le entregué fragmentos de ambas cartas, sin fechas ni nada que me pudieran comprometer y provocar demasiadas preguntas. Le mentí y le dije que era para un trabajo de investigación de la universidad.

»Pasé una larga semana sin noticias de Martin; estaba ansioso por saber los resultados. Tras una tensa espera, Martín confirmó mis sospechas, y me aseguró al noventa y nueve por ciento que era la misma persona la autora de todos los fragmentos que le había entregado (en total, cuatro fragmentos de ambas cartas). En ese momento, el corazón se me salía del pecho, aquello no podía estar sucediendo, porque las fechas de estas últimas cartas se diferenciaban en más de un siglo a las anteriores. Simplemente era una locura.

Clara y yo estábamos con la boca abierta. Nos quedamos en silencio un buen rato sin ser capaces de articular palabra alguna...

² «... en verdad que para los temerosos hay un hermoso lugar de retorno: los Jardines de Adn cuyas puertas estarán abiertas». [Noble Corán 38:49-50]. Paraíso o jardín en el islam. Fuente: *ReligionDelIslam. El Paraíso (Jannah) y sus placeres* (<https://religiondelislam.com/el-paraiso-jannah-y-sus-placeres/>).

Capítulo 11

La huida. Alhambra, año 1355

Abdel temblaba de frío, pero eso no le importaba. Solo quería volver con su familia, aunque sabía que eso era imposible. Sahid regresó como le había prometido unas horas antes, era ya de noche. Imaginó que el sultán quería que pasaran desapercibidos y que nadie le viera salir de las mazmorras y comenzaran a hacer preguntas.

Sahid traía consigo una bolsa llena de provisiones. El sultán se había encargado personalmente de que a su amigo no le faltara de nada; había comida suficiente para una semana, además de agua y fruta. También unas monedas de plata con las que podía subsistir durante algún tiempo. Esta vez Sahid venía solo, Abdel pensó que debido a la cercanía de ambas familias — la de Sahid con la suya— el sultán había confiado aquello a aquel hombre porque no deseaba que nadie más lo supiera —puesto que eso sería una muestra de debilidad del sultán—. Estaba seguro que Sahid jamás diría nada, de lo contrario podría costarle incluso el trono. Mohamed era conocido y bastante querido por su pueblo, tenía fama de justo y correcto en las formas, por eso no podía permitirse que aquello llegara a oídos del populacho ni de ninguno de los miembros de su familia.

Sahid llevaba un mapa que tuvo que consultar en más de una ocasión, para no perderse en las mazmorras. Puesto que existían varias salidas secretas que conducían a diferentes lugares de palacio, y él buscaba una concreta, la

numerada como siete. Una vez abrió la puerta con una llave que seguramente el sultán le había dado, subieron unas escaleras y llegaron a la parte más alta de palacio. Desde allí acompañó a Abdel hasta una arboleda donde se despidieron con un fuerte abrazo. Abdel le hizo saber a Sahid que amaba a su hija más que a nada en el mundo. Le pidió que la ayudara a encontrar un buen marido que la amara y respetara como ella merecía, ya que él ya no podía cuidar de ella. Quería por encima de todo que Fátima fuera feliz. Sahid rompió a llorar —llevaba muchas horas aguantando las lágrimas y llorando por dentro—, quería a Abdel como a un hijo, lamentaba en lo más profundo de su corazón que este ya no pudiera ser su yerno, era el hombre que siempre había querido para su hija Fátima.

Mientras Abdel se alejaba por un camino de tierra flanqueado por matorrales, Sahid lo observaba cada vez más lejos de su campo de visión y no daba crédito que jamás volvería a ver a aquel muchacho. No comprendía cómo aquello le podía estar pasando al bueno de Abdel.

Fueron días muy duros. A pesar de que el sultán había provisionado a Abdel con un buen abrigo y un mantón con el que cubrirse para pasar las noches al raso, el frío nocturno granadino era bastante intenso. Abdel puso rumbo sureste. Quería llegar hasta Almería. Sabía que allí el frío sería más soportable y, además, tenía ganas de ver el mar y alejarse lo máximo posible de Granada por su seguridad. Aunque sabía que tampoco podía permanecer en Almería por mucho tiempo, debido a que esta formaba parte del Reino de Granada y el sultán podía tener ojos allí. Abdel desconocía que nadie lo buscaba —pensaban que había muerto ejecutado, pero él no lo supo hasta más tarde.

Días después de haber llegado a Almería, estaba reposando en una pequeña posada junto a la costa. Buscaba algunas monedas para comprar algo de

comida, cuando se topó con una carta doblada firmada por Sahid que decía lo siguiente:

«Abdel, he pensado que lo menos que podía hacer por ti era contarte la verdad, a pesar que me ha sido expresamente prohibido. Quiero que sepas que nadie te busca, creen que estás muerto, ha sido una estrategia ideada por nuestro sultán para que puedas hacer una nueva vida, por eso debes usar un nuevo nombre y seguir adelante.

Mi familia siempre te querrá y el corazón de mi hija siempre será tuyo, no me cabe la menor duda que te amará de por vida».

La carta terminaba explicando el desafortunado destino del pobre Pedro y todo lo que el sultán había orquestado para fingir su muerte.

A pesar de sentir pena por Pedro, un cierto alivio comenzó a brotar dentro de su cabeza tras leer aquellas líneas. Notó que la opresión que llevaba sintiendo en su pecho desde que sucedió todo aquello había aflojado un poco. Llevaba dos días encerrado en aquella pensión por miedo a que, si salía fuera, alguien lo reconociera y se lo llevaran detenido, pero ahora sabía que podía hacerlo sin miedo, y que también podría dormir sin mantener un ojo abierto. Corrió hacia el mar y se revolvió entre las olas, sintió el agua salada en su cuerpo macerado tras tantos días durmiendo al raso. Tenía moratones y cortes por todos los lados. El agua del mar le produjo un cierto relajó que le duró durante algunas horas. Almería sería el comienzo de su nueva vida.

Capítulo 12

El médico bueno. Sevilla, año 1477

Hassan era conocido como el médico bueno en el barrio de Triana donde vivía desde hacía ya unos años. A su consulta acudían personas de todas las clases sociales, edades, razas y religiones. A los que atendía a sabiendas que muchos de ellos no podrían pagarle. Nunca se había negado a ayudar a nadie. Incontables eran el número de veces que había salvado la vida de algún vecino.

Al terminar la consulta (a última hora de la tarde), le gustaba pasearse a orillas del Guadalquivir y respirar aire fresco, algo que solía hacer cada día. A Hassan le encantaba ver a sus vecinos fuera de las casas cantando, bailando y riendo. Todos reunidos, abuelos, madres, padres e hijos; todas las generaciones unidas por el arte.

A lo largo de su paseo se iba topando con vecinos que lo saludaban con mucho cariño. Incluso con María, una señora que había ido por su consulta en más de una ocasión y que se empeñó en obsequiar a Hassan con unos dulces que ella misma elaboraba. Hassan no pudo negarse por miedo a que la buena señora se ofendiera. María estaría eternamente agradecida al médico. Hassan había salvado la vida de su hijo Manuel que, en una de esas fiestas que se sabía cuándo empezaban, pero nunca cuándo terminaban, Manuel, con la borrachera que llevaba encima, se cayó por las escaleras, se golpeó la cabeza y perdió el conocimiento. Rápidamente lo llevaron entre dos hombres a la

consulta de Hassan. A pesar de que era bien de noche, este no dudó en abrirles la puerta de su casa —que al mismo tiempo hacía de consulta— para atender a Manuel.

Tras estar charlando un rato con la mujer, Hassan continuó su paseo. Le entusiasmaba ver a aquellas familias reunidas al compás de unas palmas. Las mujeres bailaban con una belleza y elegancia indescriptibles, pero al mismo tiempo transmitiendo una fuerza que le hacía perder los sentidos si las observaba durante un buen rato. Los hombres normalmente tocaban las palmas —y en algunas ocasiones había uno o más instrumentos de cuerda que sonaban como música celestial para sus oídos—. El flamenco nacería siglos más tarde gracias al multiculturalismo y pinceladas de culturas como la árabe, la judía y la de los gitanos. Ya antes de su nacimiento, Sevilla era una ciudad que emanaba arte por cada poro de su piel.

A Hassan le emocionaba especialmente contemplar estas escenas familiares festivas —quizás porque él no tenía familia y añoraba eso o, simplemente, porque amaba la música—. Le encantaba presenciarlas, aunque en más de una ocasión, le habían convidado a participar, pero él siempre rehusaba a formar parte del espectáculo —prefería ser un mero espectador.

Desde la pérdida de su familia, se prometió a sí mismo no volver a entablar vínculos afectivos con nadie más, salvo los estrictamente necesarios para ejercer su profesión con sus pacientes. Su trabajo le había salvado del abismo absoluto en el que había caído desde aquel suceso, que le había arrebatado lo que más amaba.

Más de una vecina ya había intentado sin éxito agenciarle a alguna hija, sobrina o nieta, para que se convirtiera en su esposa. Pero ninguna tuvo éxito —Hassan no estaba interesado—. En alguna ocasión, una vecina con fama de chismosa y de no cerrar el pico (que había acudido a él por un dolor estomacal), le preguntó si no sería que no le gustaban las mujeres, a lo que

Hassan, que ya la conocía, contestó con un simple: «Bueno, Remedios, le voy a dar un jarabe para que se lo tome cada ocho horas y verá cómo se va encontrando cada día mejor». La señora tuvo que resignarse a marcharse de la consulta sin la respuesta deseada.

Muchas mujeres hermosas se habían mostrado interesadas en él, era un buen hombre, amable, educado, atractivo y con buena presencia. Pero su corazón estaba enfermo de pena, aquella ocasionada por la pérdida de las personas que más había amado en su vida: su familia.

Se sentía incapaz de volver a amar a nadie más, a pesar de que ya había pasado mucho tiempo desde que aquello sucediera.

Una noche, cuando ya había paseado bastante, decidió que ya era hora de regresar a casa y descansar. Tenía que estar preparado para un largo día de trabajo como seguramente sería el día siguiente. Desde que se hizo famoso en el barrio, en ocasiones había colas que abarcaban varios metros de la calle donde vivía. En más de una ocasión no daba abasto y les pedía a los que pudieran que visitaran a otro médico o que volvieran al día siguiente, porque le era materialmente imposible atenderlos a todos.

Hassan se había convertido en el médico más popular de la zona, incluso se podría decir que de Sevilla entera, puesto que venían de todas las partes para verlo. Él era el único que utilizaba determinados ungüentos y brebajes que su padre ya usaba mucho tiempo atrás. Su padre, también médico de profesión, le había enseñado muchas de las cosas que él sabía, sobre todo el amor por la medicina y el afán de ayudar a los demás. Siempre lo recordaba con lágrimas en los ojos y, en más de una ocasión, hubiera dado lo que fuera por tenerlo a su lado en momentos de incertidumbre. Estaba seguro que él le hubiera dado un buen consejo, ¡cómo lo echaba de menos!

Aquella noche, estaba especialmente cansado, quería dormir lo antes posible para tener fuerzas suficientes al día siguiente y poder afrontar otro duro día de

trabajo. Apenas empezaba a conciliar el sueño cuando un fuerte estruendo le hizo dar un salto de la cama, alguien parecía estar golpeando su puerta como si fuera a tirarla abajo. Pensó que sería un borracho e hizo caso omiso, pero los golpes continuaron. Hassan no entendía qué pasaba. Se puso lo primero que pilló y bajó las escaleras para ver qué sucedía. ¿Quién sería aquella persona que aporreaba la puerta como una posesa? Y, sobre todo, ¿qué quería? ¿Sería algo grave?

Los golpes cesaron segundos antes de que Hassan terminara de bajar el último peldaño de la escalera. De repente, todo se tornó en calma. Seguramente el borracho, cansado de aporrear la puerta, se había ido a dormir la mona a otro lugar. De todas formas, decidió abrir para asegurarse que todo estaba en orden y que podía seguir descansando sin que nadie volviera a molestarlo. La sorpresa fue mayúscula cuando vio a una mujer tendida justo en el escalón anterior a la puerta. Yacía tumbada en lo que parecía un charco de sangre. Estaba acurrucada en posición fetal. Sus ojos, que los tenía muy abiertos y reflejaban el terror en su más pura esencia, eran negros y grandes. Sus labios se movían, pero no emitían sonido alguno, parecía que quería decir algo, pero no podía. Estaba en *shock*.

Rápidamente, Hassan la cogió en brazos, la metió en el interior de su casa y la tumbó en una camilla. Primeramente, había que parar la hemorragia, la sangre salía a borbotones por su brazo derecho. Estaba llena de golpes, cortes y magulladuras por todo el cuerpo, seguramente también tendría lesiones internas. Por los moratones del rostro y la sangre que surgía de su cabeza se intuía que había sido golpeada con algo contundente. Hassan se preguntaba quién podría haber hecho algo así. El rostro de la mujer estaba cada vez más pálido, sus labios se habían tornado a color morado. Temblaba de frío a pesar de que Hassan la había tapado con dos mantones de piel con los que era prácticamente imposible sentir frío alguno. Además, era una noche con una

temperatura agradable; la noche ideal para descansar a pierna suelta, pensó Hassan durante un instante.

Consiguió parar la hemorragia, pero la mujer había perdido mucha sangre. Sabía que era muy poco probable que sobreviviera, había visto a mucha gente morir, demasiada. Y sabía que ella apenas tenía posibilidades. Igual si hubiera llegado unos minutos antes podría haberla salvado, pero parecía ser ya demasiado tarde. Algo pasó por su cabeza, pero intentó borrarlo lo más rápido posible de su mente. Hacía años que se había prometido no volver a usar aquel remedio que había destrozado a su familia, aunque sabía que aquello sería lo único que podría salvarla. Como médico era una lucha interna con la que había batallado durante toda su carrera. Sabía que podría haber salvado a más pacientes si no se hubiera prometido bajo ninguna circunstancia volver a recurrir a ese método de curación. Recordó aquella vez que le trajeron a un niño que se había ahogado en el río, con el que estuvo tentado a saltarse aquella promesa. Finalmente, lo logró reanimar tras varios minutos de angustia luchando contra sí mismo. Pero sabía que esta mujer no sobreviviría de ningún modo, a no ser que rompiera aquella promesa.

Durante unos segundos pensó en su padre. Aquel gran médico y mejor persona, le había enseñado que siempre tenía que hacer todo lo que estuviera en sus manos para salvar a un paciente, nunca rendirse hasta que este diera el último aliento. Hassan estaba seguro de que su padre aprobaría cualquier solución con tal de salvar la vida de aquella mujer, por lo que, sin dudar un segundo más, agarró un cuchillo que usaba para las operaciones y se hizo un tajo en un brazo. Lo suficientemente profundo para que la sangre brotara en cantidad, sabía perfectamente dónde cortar, no era la primera vez que lo hacía, y no había tiempo que perder. La recogió en un frasco que usaba para sus medicinas y, cuando consideró que había suficiente, se la hizo tragar a la

paciente que apenas se mantenía consciente —estaba muy pálida—. Hassan la ayudó a tragar, porque no podía por sí sola.

Quizás se había decidido demasiado tarde. Habían pasado muchos años desde que no utilizaba aquel remedio maldito que había destrozado a su familia. Todavía recordaba todas las vidas a las que salvaron juntos mano a mano su padre y él. Casos imposibles que llevaban a la muerte segura. Con el paso de los años, empezó a pensar que quizás la ignorancia y el miedo a lo desconocido habían sido los verdaderos culpables de su pena y no la medicina, o aquel regalo o condena divino que él nunca había pedido, pero que, por algún extraño motivo, le había sido entregado.

Aquella mujer, probablemente, también había sido víctima de la misma ignorancia que mucho tiempo atrás destrozó a su familia. La ignorancia la había conocido Hassan a lo largo de su vida por doquier. Sin duda alguna para él, se trataba del obstáculo más difícil y peligroso con el que se había topado a lo largo de su carrera y, por ende, el mayor enemigo del ser humano.

La mujer yacía acostada con apariencia serena, su respiración era un leve hilo que costaba mucho sentir. Hassan la dejó allí tendida y tapada, confiando en que había hecho todo lo que podía. Solo tocaba esperar a que sucediera lo que había visto muchas otras veces cuando trabajaba con su padre y le llegaban casos imposibles: niños, mayores, militares de la guardia real e, incluso, miembros de la familia real como el mismo sultán Mohamed V. Sultán que nunca habría gobernado la ciudad de Granada de no haber sido salvado de una muerte segura cuando tan solo era un niño —salvado por su padre y aquel remedio que él poseía.

El mismo sultán Mohammed V que lo había obligado a huir de Granada y dejar a su familia para siempre. El mismo sultán que había sido su amigo de la infancia y que, a pesar de estar vivo gracias a él, no fue capaz de hacer nada para evitar la injusticia a la que su familia y él fueron condenados. Mohamed

era la causa por la que había tenido que huir toda su vida. Cambiándose de ciudad, de nombre e incluso, en una ocasión, de profesión.

Abdel, siempre había amado la medicina y, sobre todo, ayudar a sus semejantes. Daba igual el nombre que tuviera en cada momento, siempre sería Abdel, el hijo de Hassan, ahora conocido como «Hassan, el médico bueno». Los vecinos de Triana lo querían, porque siempre había ayudado a todo aquel que lo necesitaba —independientemente de que tuviera dinero o no—. Nunca había visto la medicina como un negocio. Eso, junto con todos los conocimientos adquiridos a lo largo de los años y todo lo que su padre le había enseñado, lo convertía en un gran médico y en un mejor ser humano.

Hassan estuvo unos segundos observando a aquella mujer. Tenía aproximadamente veinticinco años, el pelo moreno con rizos largos, piel canela, ojos negros grandes y pestañas largas. Parecía de etnia gitana o quizás mestiza, pero, a pesar de las circunstancias y la paliza que le habían dado, le parecía una mujer muy hermosa.

Hassan nunca se había vuelto a fijar en ninguna otra mujer desde la pérdida de su esposa. Habían pasado tantos años que ya no recordaba qué se sentía cuando una mujer le gustaba. Había algo en aquella mujer que no podía explicar pero que le atraía de una forma peligrosa.

Con todo esto, olvidó por completo su brazo que seguía escupiendo sangre a borbotones. Era momento de taponar su herida, como tantas veces había hecho a lo largo de los años. La herida con la que había salvado tantas vidas, el corte que siempre le provocaba una sonrisa de felicidad, consciente de que serviría para ayudar a los demás. Se puso un sencillo vendaje y decidió darse una ducha, habían sido unos minutos agotadores y necesitaba refrescarse antes de volver a la cama e intentar descansar un rato.

Tras la ducha, cayó en un sueño profundo, rendido tras el esfuerzo por tratar de salvar la vida de aquella desconocida, que había llegado machacada de

pies a cabeza y a la cual no estaba seguro de haber podido salvar. A la mañana siguiente volvería a ver cómo seguía. Pero, durante aproximadamente cuatro horas, se sumergió en un sueño profundo; soñó con su familia. ¡Cómo los echaba de menos! —pensó—. Constantemente forman parte de sus sueños. En algunas ocasiones, cuando aquel sueño recurrente que lo atormentaba le daba una tregua, Hassan soñaba con su padre. Daban largos paseos en los que hablaban de medicina, compartían charlas sobre la vida, sobre ayudar a los demás, los enfermos e incluso sobre remedios que había aprendido junto a este. No quería que terminara la noche, era el momento del día en el que podía volver a reencontrarse con su familia. También soñaba constantemente con su mujer e hijo a los que observaba felices esperando por él (cita a la que no estaba seguro algún día poder acudir).

Apenas se despertó Hassan, escuchó un ruido en la parte baja de la casa. Se vistió rápido y bajó corriendo hacia la consulta. Fue directo a la camilla donde había dejado con un hilo de aliento a aquella mujer, pero ella ya no estaba. Abdel sonrió porque eso significaba que había llegado a tiempo y supuso que se había levantado y marchado, porque allí ya no había nadie. Instintivamente, abrió la puerta de la calle y miró hacia ambos lados, varios transeúntes caminaban en ambas direcciones, pero no vio a la mujer. Algo le tocó el hombro y el susto que se llevó le hizo dar un brinco hacia adelante. Se giró y allí estaba ella ante sus ojos, parecía totalmente recuperada. Apenas se podían ver las magulladuras que ayer habían invadido su cuerpo. Sus ojos negros estaban muy abiertos y mostraba una tímida sonrisa debido al susto que Hassan se había llevado. Se abalanzó hacia él y lo envolvió en un abrazo que duró veinte largos segundos en silencio. Ninguno de los dos dijo nada. Ella desprendía un calor que contrastaba con el frío mortecino de la noche pasada. Aquel calor que Hassan sintió le hizo feliz: ¡ella vivía! y eso era la mayor satisfacción para él, pero no solo percibió aquello, sino algo más fuerte que no

podía explicar. Era una sensación que hacía mucho que no sentía, su estómago se había contraído y sintió como si el tiempo se hubiera parado. Pensó que ya conocía a aquella mujer y no quería que ese abrazo terminara jamás. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan a gusto de estar vivo, pero intentó desechar aquellas ideas lo antes posible. Una vez finalizado aquel largo abrazo, la mujer tomó la palabra.

—Perdonadme por el susto, no sabía cómo llamaros, por eso os toqué el hombro. Espero que no os haya molestado el abrazo. Es que vos me habéis salvado la vida y jamás podré agradeceros lo que habéis hecho por mí.

—Eee..., no pasa nada —contestó Hassan en tono tranquilizador—. ¿Cómo te encuentras?

—Genial, no sé qué habéis hecho, señor, pero vos sois el mejor médico que he visto nunca. Ayer, creo recordar, que estaba muy mal, yo pensaba que me iba a morir, y recordé que me habían hablado hace tiempo de un médico muy bueno que vivía en Triana. Creo que fue una mujer que os quiere mucho. La señora Remedios, una que habla demasiado, jaja. Ella siempre dice que vos sois un ángel, por eso vine aquí. Perdonadme por las horas, pero estaba desesperada.

—Tranquila. Lo importante es que estás bien.

—¿Qué es lo que me habéis hecho, señor, para que me haya recuperado tan rápido?

—No lo sé, para mí también ha sido una sorpresa. Tu capacidad de recuperación es sorprendente.

—Por cierto, me llamo Helena, ¿y vos?

—Hassan.

—¡Ah sí, ya recuerdo! ¡Sois el médico bueno! Así es como os llaman, ¿no?
—exclamó Helena, visiblemente emocionada.

—Uhhh..., sí —respondió Hassan a la vez que se ponía colorado—, parece que algunos pacientes me han puesto ese nombre, pero solo soy un médico más, no te creas...

—Perdonadme por haber venido tan tarde a molestaros, pero es que... estaba desesperada y no sabía qué hacer —le decía la muchacha mientras su rostro dibujaba una mueca triste.

—Tranquila, seguro que no elegiste ni el día ni la hora para lo que te ha sucedido. —Justo al terminar la frase Hassan se sintió fatal.

—Perdona, no quería decir...; es decir..., lo que te haya pasado no es asunto mío, yo solo soy un médico que está aquí para ayudar a sus pacientes cuando estos lo necesitan, solo quería decir eso. Creo que no me expresé correctamente y te pido disculpas por ello.

Ella pareció revivir por un momento aquello que le había sucedido y su cara se entristeció durante unos segundos, pero al poco rato se acercó a Hassan y lo volvió a abrazar.

—¡Vos sois mi ángel de la guarda! —exclamó Helena visiblemente emocionada—. Gracias a vos estoy hoy aquí contándolo y eso jamás lo olvidaré. Os ruego me digáis qué os debo y haré lo imposible por pagaros.

—Escucha, Helena, no me debes nada, el haber podido ayudarte es suficiente. —Hassan imaginó que aquella mujer en las condiciones que venía seguramente no estaría pasando por un buen momento y probablemente no dispondría de dinero suficiente.

—¿Estáis de broma, señor? ¡Yo os debo la vida! Quiero pagaros de una u otra forma, y creo que ya sé cómo voy a hacerlo.

Helena se marchó hacia la consulta sin decir nada, Hassan la siguió y ella le hizo una pregunta.

—Vos sois un médico excelente y su consulta está exquisitamente limpia, pero tengo la sensación de que con tanto trabajo no os vendría mal un

ayudante, ¿a qué no? —preguntó la muchacha mostrando una amplia sonrisa.

—Eee..., la verdad que nunca he tenido uno y no creo que lo necesite, pero te lo agradezco mucho.

—Señor, os ruego que me dejéis trabajar para vos, estaría encantada en poder aprender todo lo que queráis enseñarme. Además, os puedo ayudar con todo lo demás: la casa, las compras, los enfermos; lo que vos me pidáis. Y no tendríais que pagarme, estaré eternamente agradecida y es lo mínimo que puedo hacer por vos; además, me interesa mucho la medicina y, sobre todo, poder aprender del mejor.

Helena había sacado los colores a Hassan —una vez más—. Este se sentía cohibido ante aquella mujer, no se veía capaz de decirle que no. Antes de que Hassan pudiera responder, Helena continuó hablando. Le tendió la mano y le propuso un trato.

—Mirad, señor, ponedme a prueba una semana, si después de esa semana no alivio vuestro trabajo y sentís que soy más un problema que una solución, pues me marchó por donde vine. Además, yo me daré cuenta y no tendréis ni que decírmelo, pero os prometo que eso no sucederá. Me dejaré la piel para hacer vuestra vida más agradable y que no tengáis que trabajar tantas horas.

—Eee, no sé qué decir —Se quedó pensando Hassan durante unos instantes sin saber qué responder—. Helena, bueno..., no veo por qué no, podemos probar esta semana, pero entiende que mis pacientes son lo más valioso que tengo en mi vida, me debo a ellos...

—No os preocupéis, yo haré que vuestros pacientes todavía os quieran aún más. Aunque sé que eso va a ser difícil, pero os prometo que seré vuestro brazo derecho para todo lo que vos necesitéis.

Continuaron hablando durante un buen rato, Helena hablaba mucho, pero a Hassan le encantaba escucharla. Así pasaron la semana y la muchacha enseguida se hizo con la gracia de los pacientes. Estos le hablaban a Hassan

de ella, y de la suerte que había tenido al contratarla. Helena ayudaba con todo lo que Hassan necesitaba, no solo con la consulta, sino también con las tareas de la casa, aunque Hassan nunca le pedía nada.

Helena le contó que tenía una hija y estaba casada, que vivía en un barrio cercano, donde se marchaba cada tarde cuando terminaba de trabajar.

Era una mujer bellísima, o eso le parecía a Hassan, ella provocaba en él un efecto que quería erradicar por completo de su mente, costase lo que costase, al fin y al cabo, Helena era una mujer casada y esa era una línea roja que jamás cruzaría. Ahora trabajaban juntos, y eso tenía que ser todo. Tampoco quería volver a pasar por lo mismo una vez más, no podría soportarlo.

Tras dos intensos meses de una estricta relación profesional, una tarde, tras haberse marchado el último paciente, Helena, como cada día al terminar la jornada, regresó a casa junto a su hija y marido. Se marchó despidiéndose de Hassan con un abrazo de esos que tanto a ella le gustaba dar y a Hassan recibir, pero este duró más de lo normal. Hassan notó que los ojos de ella brillaban más que de costumbre, parecía como si estuviera haciendo un esfuerzo sobrehumano para no romper a llorar. Pero cuando Hassan quiso preguntar, Helena ya se había marchado a paso rápido, casi corriendo, como si aquel día tuviera más prisa que de costumbre.

Al día siguiente Helena no volvió. Hassan comenzó a preocuparse, pero pensó que igual se había entretenido y que ya llegaría más tarde. Era la primera vez que se retrasaba, pasaron las horas y siguió sin noticias de ella. Aquella noche Hassan no pudo dormir, pensaba que algo malo podía haberle sucedido y él no podría hacer nada, ya que no sabía dónde estaba, ni donde vivía su familia. Tampoco quería meterse en asuntos que no eran de su incumbencia, ella jamás le había pedido ni contado nada y su relación era estrictamente profesional.

Pasaron cuatro días y Helena seguía sin aparecer. Hassan encontró una nota debajo de su puerta. La nota era muy breve; una simple carta de despedida:

«Querido Hassan:

Gracias por todo lo que habéis hecho por mí. Esta es una carta de despedida, un adiós para siempre. Jamás podré olvidaros, pero me debo a mi familia y no podré volver a trabajar más para vos. Espero que lo entendáis.

Os llevaré siempre en mis pensamientos y os deseo lo mejor.

Helena».

Pasaron dos angustiosas semanas en las que Hassan apenas pudo conciliar el sueño ni comer. Tenía que hacer algo. Podía entender que ella no quisiera volver, pero no le parecía normal haber recibido una carta de esa forma. Helena era una mujer que hablaba muy claro y no entendía por qué no le había dicho aquello personalmente, antes de irse para siempre. No le parecía algo propio en ella, aunque por otro lado era cierto que apenas la conocía —pero empezó a sospechar que algo no marchaba bien.

Una tarde, Hassan cerró la clínica y, por primera vez, colgó un cartel que decía: CERRADO POR ASUNTOS PERSONALES.

Hassan no sabía por dónde empezar a buscar. Tenía que encontrar a Helena como fuera, necesitaba escuchar de su boca que no quería volver a verlo más, necesitaba entender.

Empezó preguntando a los vecinos, pero nadie parecía conocerla. Entonces recordó a Remedios —aquella señora chismosa empeñada en buscarle esposa—. Ella le dijo que Remedios fue quien le habló de él. Quizás la señora sabía algo de Helena que pudiera ayudarlo.

Cuando Remedios vio aparecer a Hassan por la puerta, algo debió ver en la cara del médico porque le preguntó qué le sucedía. Le dijo que nunca antes lo había visto con aquella cara de desesperación.

—Señora, vengo a pedirle ayuda, os ruego que hagáis memoria.

—Mi querido médico bueno, por vos hago todo lo que queráis.

—¿Recordáis una chica que se llama Helena?

—Uhhh, ¿Helena? ¿De dónde es? ¿Dónde vive? ¿De qué familia es?

—¡No lo sé, Remedios! Precisamente os vengo a preguntar a vos —le dijo Hassan alzando un poco la voz, estaba claramente angustiado.

—¡Ayyy, señor! —exclamó Remedios casi gritando—. ¡Que el médico bueno al final se nos ha enamorado!

—¡Nooo! Remedios, es otra cosa... Creo que esa mujer puede estar en peligro, es una paciente que estuvo aquí hace unos meses, tenía heridas por todo el cuerpo, le habían dado una paliza tremenda y...

—Esperad, esperad... ¿Helena? ¿Morena? ¿Guapa? ¿De ojos negros grandes? ¿Medio gitana?

—¡Síííí!

—¡Ay, mi Hassan querido! Por favor, alejaos de esa mujer. Esa no os conviene. Yo tengo sobrinas mucho mejores, de buena familia, ¡y solteras! — esta última frase la dijo gritando y mirando hacia arriba, a la par que movía las dos manos al mismo tiempo, levantándolas como si quisiera clamar al cielo.

—Remedios, por favor, insisto, ¡no estoy buscando esposa! —le dijo Hassan claramente desesperado a la señora—. Creo que ella puede estar en peligro. Os ruego que me contéis lo que sepáis.

—A ver, esa chica es hija de un comerciante de pieles, es un hijo de mala madre. A la hija le ha pegado varias palizas, sobre todo el día que supo...

—¿Qué supo qué?

—Que su hija no quería casarse con el hombre que había buscado para ella. Parece que al final quedó embarazada y tuvieron que casarse, pero ahora las palizas se las daba su marido, la muele a palos. Recuerdo que un día me la

encontré tirada en el parque llorando llena de golpes y se quedó en mi casa unas horas. Hassan escuchaba atentamente el relato de Remedios, sentía una pena profunda por Helena. Entendió que tuvo que regresar con su marido y que él ya no podía hacer nada. Imaginó que el hecho de tener una hija con aquel individuo la forzaba a seguir con este. En ese momento no estaba seguro por qué le preguntó aquello, pero necesitaba saber más de aquella mujer.

—Remedios ¿sabéis dónde vive Helena? —preguntó Hassan de manera impulsiva sin pensarlo demasiado.

Y Remedios, cómo no, también lo sabía. La casa de Helena donde vivía con su hija y marido estaba ubicada en una barriada donde vivían muchos comerciantes pudientes. Al parecer el marido también se dedicaba al negocio de las pieles, además de a darle palizas. La casa estaba a escasos dos kilómetros al sur de donde Hassan tenía su consulta. Estaba preocupado, no sabía si Helena seguiría viva después de haber visto lo que ese tipejo podía llegar a hacerle, pero, al mismo tiempo, no quería causarle más problemas; no sabía qué hacer.

Se despidió de Remedios y se marchó a su casa. Estuvo tendido unos minutos en la camilla que usaba para sus pacientes, necesitaba pensar. De repente supo lo que tenía que hacer. Tenía que asegurarse de que ella estaba bien, no sabía cómo, pero iba a acercarse a su casa para intentar verla. Necesitaba saber que aquella mujer estaba a salvo.

Caminó por la orilla del río, escuchando los pájaros cantar, algunos peces se retorcían en el aire tras brincar unos cuantos palmos, la naturaleza parecía estar en plena sintonía, pero su corazón latía muy deprisa. La ansiedad por saber cómo estaba Helena iba en aumento a medida que se acercaba al barrio donde ella supuestamente vivía. Se cruzó con algunos vecinos a los que saludó sin detenerse ante el asombro de estos. Hassan no tenía nada más en la mente

que a Helena. Necesitaba saber de ella y estaba decidido a no volver a verla jamás si la muchacha se lo pedía personalmente.

Cuando por fin llegó al barrio, recordó las instrucciones que Remedios le había dado. Buscó una casa de dos plantas, color azulado y varios naranjos en el jardín. Tras caminar por el barrio analizando casa por casa, le pareció que había encontrado la que buscaba. «¿Y ahora qué?», pensó.

Durante unos minutos se quedó mirando la casa intentando ver a Helena por las ventanas, pero allí parecía no haber nadie. Se acercó un poco más y le pareció ver la puerta abierta y, sin saber muy bien lo que hacía, guiado por la impulsividad y la desesperación por encontrarla, se adentró en la casa. En el piso bajo no había nadie. Subió unas escaleras y llamó a Helena, pero nadie respondió. Se acercó a los dormitorios que tenía la casa, había tres habitáculos, pero en ninguno de ellos parecía haber nadie tampoco. Había una habitación más grande, la que seguramente sería de la pareja, pero ni rastro de ella, aun así, casi por instinto, Hassan continuó gritando su nombre. Nadie respondió.

Cuando se dispuso a abandonar la casa, bajando las escaleras, escuchó como pequeños golpecitos provenientes del suelo, se sucedían a intervalos de dos o tres segundos; concretamente muy cerca del lateral de la escalera que daba a la planta baja. Tras palpar el suelo, Hassan observó que estaba hueco. Tapada con una alfombra había una trampilla cerrada desde fuera. Le pareció escuchar la respiración de alguien debajo, rápidamente movió el cerrojo y levantó la tapa.

Helena estaba ensangrentada, claramente había sido brutalmente golpeada. Lo miró con los párpados hinchados y se abrazó a él sin soltarse esta vez. Sin decir palabra, tras unos largos segundos durante los que permanecieron abrazados, Hassan le hizo un gesto para indicarle que le esperara un momento sentada en las escaleras. Corrió al piso de arriba y cogió un mantón —que

recordaba haber visto en uno de los cuartos—. Acto seguido regresó, envolvió a la muchacha con este y la sacó de aquella casa. Esta vez eran sus ojos los que brillaban, sentía una pena inmensa por aquella mujer que se mezclaban con la necesidad de tenerla a su lado cada día de su vida. Sabía que ya no podía seguir luchando contra aquel arrebato del alma.

Procuró que no se le viera la cara para que nadie preguntara. Y si alguien lo hacía, diría que se trataba de una urgencia y que iba a llevar a la paciente a su consulta. Pero no quería por nada del mundo que en el barrio de Helena alguien pudiera identificarla y avisara a su padre o marido. Quería sacarla de allí como fuera y, luego, ya pensarían qué hacer.

Por el camino, Hassan se encontró vecinos que lo vieron cargando con ella, a pesar de que esta no pesaba demasiado y él era un hombre fuerte, era una carga demasiado pesada para los dos kilómetros que tendrían que recorrer hasta su casa. Algunos vecinos ofrecieron su ayuda; ayuda que este rechazó en varias ocasiones durante el trayecto, solo quería llevarla a su consulta y no involucrar a nadie más en aquello.

Cuando llegaron, Hassan estaba exhausto, pero sacó fuerzas para rajarse el brazo por el mismo lado que ya había hecho unos meses antes para salvar la vida de aquella mujer. Lo volvería hacer esta vez sin dudar un solo segundo. Le dio a beber su sangre, y esta vez Helena, que ya se encontraba despierta, fue consciente de lo que sucedía, pero aceptó y bebió lo que Hassan le ofrecía directamente de su brazo. Se quedó todo el rato al lado de ella, acariciando su larga melena. Hassan no quería volver a perder a aquella mujer, se dio cuenta de cuánto la necesitaba. Esta vez no haría oídos sordos a sus sentimientos. A pesar de que Helena estaba casada, estaba dispuesto a estar con ella, siempre que ella quisiera, al precio que fuera. En aquel momento, Hassan supo que por Helena haría cualquier cosa.

A las pocas horas de haber descansado, Helena entre lágrimas le relató todo lo sucedido, anteriormente y en esta ocasión.

Le habló de su marido, de lo que le hacía y de por qué había aguantado tantas palizas. Lo hacía por su hija, puesto que él continuamente la amenazaba con quitársela para siempre y llevarla lejos, con unos familiares que vivían en Jaén. Ella sabía que era capaz de cumplir aquella amenaza, por eso lo aguantaba.

Le contó a Hassan que aquel día que se marchó, fue para protegerlo a él. Un comerciante al que estuvieron atendiendo en la clínica, que era amigo de su marido, informó a este último que su mujer estaba trabajando con el médico.

El marido le prohibió volver a la clínica cuando se enteró de que Hassan era un hombre soltero y bien parecido. Sabía que, si volvía a trabajar allí, vendrían a buscarlo y le darían una paliza de muerte en el mejor de los casos. A los pocos días después de haber recibido varias palizas considerables, Helena sacó fuerzas para escribir aquella nota para que Hassan no la buscara, quería protegerlo. Pero en cuanto regresó de dejar la nota en casa de Hassan, el marido la estaba esperando, aquel día le dio una paliza tremenda y la arrojó a un pequeño habitáculo ubicado en el sótano de la casa. Le prohibió todo contacto con su hija, apenas le dio de comer, la trató peor que a un animal.

En aquel instante, Hassan tapó suavemente los labios de Helena y la besó, aquel fue el primer beso de cientos, se amaban de verdad. Era un amor que superaba lo físico. Desde el primer día que Hassan la vio, lo supo, aunque quiso negarlo con todo su empeño, pero algunas fuerzas de la naturaleza superan todo tipo de barreras y son imposibles de controlar.

Helena pronto regresó a la realidad y se preocupó por su hija, sabía que él se la llevaría lejos si no la encontraba en casa al regresar del trabajo. Tenía que hacer algo. La primera vez cuando Hassan había salvado su vida, Helena

sabía que su hija estaría bien, pues se había ido a pasar un mes con sus abuelos a un pueblo cercano a Sevilla.

Tras unos minutos vacilando, Hassan la agarró de la mano y le dijo: «Vamos a sacar a tu hija de allí al precio que sea, no te preocupes». A Helena le brillaban los ojos.

Helena se lavó la cara y se cambió de ropa. En los meses que había estado trabajando con Hassan, había comprado algunas prendas que no llevaba a su casa por miedo a la reacción de su marido.

Hassan, que era un hombre pacífico, estaba lleno de ira, intentaría evitar la pelea a toda costa, pero si no quedaba otro remedio no tendría reparo alguno en sacudir a aquel tipejo. A pesar de que su padre lo había educado para la no violencia, al mismo tiempo había sido instruido en las artes marciales junto con Mohamed, su amigo de la infancia y sultán de Granada, con el que en más de una ocasión había combatido. Ambos recibían clases a diario. Hassan nunca había agredido a nadie y quería que siguiera siendo así, aunque estaba dispuesto a lo que fuera por ayudar a Helena y sacar a su hija de las garras de aquel tipo peligroso.

Helena estaba preocupada, le dijo que no quería meterle en sus problemas y que, si se traía a su hija con ellos, el marido iría a buscarlos, pero Hassan no la escuchó.

—Espera, Helena, tengo una idea, nos vamos a ir los tres lejos, bien lejos de aquí.

—¿Vas a dejar todo por mí? Pero... eso no es justo, tú tienes una vida, unos pacientes, una reputación.

—No te preocupes, tarde o temprano me iba a marchar, no me suelo quedar mucho tiempo en el mismo sitio.

—He visto lo que haces y entiendo que no quieras hablar de ello, pero solo quiero que sepas que jamás hablaré de eso con nadie, si así lo deseas. Y que

también puedes confiarme lo que quieras, yo no tengo miedo a lo desconocido, imagino que ese es el principal problema por el que dices que no estás demasiado tiempo en los sitios.

—Así es, Helena, ya hablaremos de ese tema, ahora vamos a centrarnos en sacar a tu hija de allí y largarnos de aquí. Déjame que haga algunas gestiones, y tú si quieres puedes ir recogiendo nuestras cosas. En el almacén hay cestos vacíos que he guardado durante este tiempo, allí puedes ir metiendo las cosas, pero solo lo estrictamente necesario. Volveré en un rato e iremos a por tu hija.

Hassan recordó a Juan, un paciente que viajaba frecuentemente vendiendo vasijas. Dos días atrás, Juan había venido a verlo, por un dolor de estómago fuerte, que Hassan alivió con unas hierbas medicinales que siempre recetaba para este tipo de dolores estomacales. El comerciante ya había acudido otras veces por diversas dolencias debidas a los largos viajes que hacía, y en esta ocasión le había comentado al médico que se disponía a partir en breve hacia Cartagena.

Hassan no lo dudó un segundo, era la oportunidad que tenían de irse de allí de inmediato, estaba dispuesto a pagar lo que le pidiera. Se acercó hasta la casa del comerciante con la esperanza de que este no hubiera partido todavía, escuchó a pocos metros de la casa un sonido que le hizo sonreír por unos instantes, era el rebuzno de las mulas de Juan. Aquello significaba que todavía no se había marchado.

Juan lo recibió sorprendido, pero se alegró de verlo. Estaba muy agradecido a Hassan. Sus dolores de estómago habían menguado en gran medida y decía sentirse muy bien para volver a partir. Tras contarle Hassan el motivo de su visita, Juan, aunque algo confundido, aceptó tras vacilar unos segundos. Concretaron un precio y quedaron en encontrarse en la clínica. Había algunas cosas que necesitaba cargar, a pesar de que el comerciante le advirtió que no había mucho espacio, y que apenas podría llevarse unas cuantas. Hassan

habría aceptado, aunque no se hubiera podido llevar más que lo puesto. Tenían que marcharse de allí lo antes posible. No podía esperar una mejor ocasión, ni tampoco sabía cuándo volvería a tener otra. Era cierto que conocía a varios comerciantes que iban y venían frecuentemente, pero aquello no podía esperar, y por nada del mundo quería que a Helena o a su hija les sucediera algo.

Regresó lo más rápido que pudo para ayudar a la muchacha con los preparativos del viaje, también quería advertirle que no podían llevarse demasiadas cosas, pero ya era demasiado tarde, Helena había empaquetado velozmente todo aquello que se había encontrado en la casa.

Hassan le explicó la situación. No podían llevarse todo. Era totalmente imposible que aquello cupiera en el carromato de mulas de Juan —carromato que les alejaría de aquel infierno que Helena y su hija vivían desde hacía demasiado tiempo—. Estuvieron durante un buen rato decidiendo qué se llevarían o no. Innegociables fueron los utensilios con los que Hassan trataba a sus pacientes, algunas ropas de ambos y poco más. También recogerían algunas prendas de la niña, o eso intentarían.

Helena tenía un apego personal por un cuadro que un pintor íntimo amigo de Hassan había pintado para el médico, era un magnífico retrato que colgaba en la consulta. Pero Hassan, echándole un último vistazo, con cara de pena, le dijo que no se lo podían llevar; de hecho, le dejaría una nota a su amigo para que este se pasara a recoger todas las pertenencias que él no podía llevar consigo, entre ellas el cuadro.

Había quedado en dos horas con Juan enfrente de su casa, tenían que darse prisa por encontrar a la niña y sacarla de allí. Llegaron al barrio donde Helena vivía. Poco antes de acercarse a la casa, Helena le pidió que se mantuviera a cierta distancia (prefería hacer las cosas sin más violencia). Intentaría sacar a su hija sin que su marido la viera, y no volver jamás a ver la cara de aquel mal

nacido que tanto la había maltratado. Por otro lado, Helena temía por Hassan, no quería que por su causa este sufriera daño alguno.

En cuanto abrió la puerta de la casa, corrió hacia el cuarto de su hija, estaba jugando en el piso con unos juguetes de los que no podía despegarse. Se puso muy contenta al ver a su mamá, tan solo tenía cuatro añitos recién cumplidos y la inocencia suficiente para no entender por qué su papá pegaba a su madre. Helena quería alejarla de todo aquello; rápidamente, después de dar un fugaz beso a su hija, recogió algunas ropas de la niña y utensilios varios que utilizaba la pequeña diariamente. Enrolló todo aquello y lo cargó en un brazo, con el otro cogió a la niña lo más rápido que le fue posible y corrió por las escaleras hacía la libertad. Nada más abrir la puerta allí estaba el marido esperando pacientemente. Empezó a insultarla y, tras quitarle a la niña de sus brazos, esta comenzó a llorar. Entonces le arreó un golpe en la cara a Helena. Aquello hizo que la cría llorara sin control, encogida y asustada viendo cómo su mamá era golpeada.

Hassan, que observaba desde una distancia prudencial, como ella le había pedido, se había acercado un poco más a la casa tras ver al marido llegar; no lo conocía, pero imaginaba que se trataba de este por la descripción que Helena le había dado de él.

Tras presenciar aquello, Hassan salió corriendo. Jamás había atacado a nadie antes —salvo a su amigo Mohamed, al que en más de una ocasión había noqueado durante los entrenos en los jardines de palacio—. Hassan siempre había destacado tanto en la práctica de las artes marciales como en los estudios, por lo contrario que Mohamed, al que le gustaba más la buena vida —al fin y al cabo, iba a ser el sultán de Granada—. Era más vago que Hassan y eso le permitía a este último una cierta ventaja en los combates. A pesar de la escena, quería resolver aquello de la forma menos violenta posible, pero sabía que con aquella bestia no conseguiría nada mediante el diálogo, por lo

que directamente fue a por él. Este seguía golpeando a Helena que yacía tumbada protegiéndose de los golpes como podía. Hassan gritó a la bestia para llamar su atención y, en cuanto este se giró sorprendido, le ordenó que dejara de golpear a la esposa. Entonces, se lanzó como una fiera sin decir palabra a por el médico, que esquivó de forma certera el golpe con un giro de cintura oportuno que tanto había practicado en los jardines de la Alhambra con su buen amigo. Provocó la caída del sujeto en el suelo de tierra aledaño a la casa. Este se dejó unos cuantos dientes y un golpe en la cabeza a la altura de la sien izquierda. Hassan corrió para ayudar a Helena y llevársela de allí. La niña estaba en posición fetal, llorando y temblando. En cuanto se levantaron, la mala bestia ya se estaba incorporando y se disponía a abalanzarse a por Hassan, que esta vez no tuvo ninguna piedad. Así como vino corriendo a por él, emitiendo un grito seco, y dando un pequeño salto, golpeó al sujeto un puñetazo directo en la mandíbula. Aquel golpe llevaba una carga de furia, técnica, fuerza y rabia que acabaron con la mandíbula de aquel desgraciado desencajada. Gritaba de dolor tendido en el suelo, lloraba como un bebé. Hassan nunca había ocasionado daño a ningún otro semejante, pero aquel tipo había sacado lo peor de él, aquello que su padre nunca hubiera aprobado — aunque dadas las circunstancias le entraban serias dudas—. Ya no se trataba de defensa propia, sino de acabar con años de maltrato. Antes de largarse para siempre de allí los tres, en un arrebato, y ante la sorpresa de Helena, Hassan se volvió y se acercó muy despacio a aquel desgraciado que estaba tirado en el suelo lloriqueando; asustado ante lo que le había sucedido. Nunca nadie le había azotado de aquella manera y no terminaba de creerse lo que le había pasado en apenas unos segundos (alguien por fin lo había puesto en su sitio). Hassan se agachó, lo agarró por los pelos con firmeza y lo levantó dos palmos del suelo, entonces le susurró algo al oído. Después de aquello, dejaron aquel lugar para siempre.

Llegaron a la casa y Juan todavía no había llegado, quedaban como unos veinte minutos para que se cumpliera la hora acordada en la que partirían para siempre de Sevilla. Hassan aprovechó y se acercó a casa de su amigo el pintor (que vivía muy cerca), deslizó la nota bajo la puerta y regresó corriendo a su casa. Tenía tiempo para curar a Helena y calmar a la niña que seguía alterada. Tras tratar las heridas de la muchacha una vez más, comieron los tres, poco a poco se iban relajando, pero Helena estaba algo preocupada. Tenía miedo que a su marido se le ocurriera aparecer por allí. Hassan, bastante tranquilo, la calmó y le aseguró que aquel desgraciado no se asomaría por ahí el resto de sus días. La paliza de apenas dos golpes que se había llevado había sido suficiente para que ese tipejo no intentara nada más. Otra cosa era que reuniera un equipo de matones y se presentaran en la casa, pero para eso necesitaría tiempo, y ellos ya se iban. Los veinte minutos fueron eternos, de vez en cuando Hassan se asomaba por la ventana y miraba hacia afuera, hasta que, por fin, llegaron las mulas con su inconfundible sonido.

Corrieron hacia afuera y, tras un saludo rápido, le suplicaron a Juan que se marcharan de allí lo antes posible. Este no entendía nada, pero Hassan había sido lo suficientemente generoso como para que no hiciera preguntas. De hecho, le había pedido total discreción, nadie podía saber que ellos viajaban con él.

Brincaron las chicas al carromato, Hassan y Juan subieron las pocas pertenencias que se llevaban y, acto seguido, Hassan saltó junto a ellas y se taparon con un mantón.

Emprendieron la marcha. Juan viajaba al mando de las mulas y ellos tres en el carromato con la mercancía, totalmente tapados, no querían que nadie los pudiera ver por las cercanías. Apenas serían unas horas, luego viajarían más tranquilos.

Hassan abrazó a Helena, que a su vez abrazaba a su hija que ya había dejado de temblar y se había dormido. Helena se giró para besar a Hassan, y al rato también se durmió. El médico estaba en alerta, no podría estar del todo tranquilo hasta haberse alejado lo suficiente de allí, quería estar preparado por lo que pudiera pasar. Tras algunas horas de viaje, Hassan por fin se durmió, allí estaban los tres en el carromato, durmiendo y soñando con una nueva vida juntos. A pesar de la incomodidad del lugar, tras lo sucedido estaban agotados y habían caído rendidos en un sueño profundo.

A las ocho horas de haber partido, aproximadamente, Hassan se despertó sobresaltado, pero se tranquilizó al comprobar que ellas seguían durmiendo profundamente a su lado. Se movió con cuidado intentando no despertarlas, apartó un poco el mantón que les cubría y llamó a Juan con un silbido seco pero rotundo. Quería saber dónde estaban. El comerciante le dijo que ya habían dejado Sevilla hacía un buen rato, al parecer estaban atravesando un pueblecillo a pocos kilómetros de dicha ciudad. «Suficientemente lejos — pensó Hassan— como para ser reconocido por alguien». Aunque a su consulta llegaban personas de pueblos de los alrededores, pero tampoco quería ser paranoico. Además, no pasaría nada si algún paciente lo reconocía, no tenía que decir adónde se dirigían. Ni dar ningún tipo de explicación. Decidió acompañar a Juan un rato delante, junto a las mulas, y dejar más espacio a las chicas para que descansaran. Hizo un gesto a este para que parara un momento el carromato. Juan obedeció. Tras pegar un salto, Hassan se situó en la parte delantera junto al comerciante. Juan lo miraba curioso, estaba deseando preguntar por qué se habían marchado de aquella manera. Seguro que este también sabía quién era la muchacha, pues el marido era bien conocido entre todos los comerciantes de la zona —además, la había visto trabajando en la consulta días atrás—. Hassan, que supo leer en su mirada, le volvió a pedir máxima discreción, pero, aun así, Hassan ya había pensado en todo.

Llevaba muchos años haciendo lo mismo. Por desgracia no confiaba en el silencio de nadie. Tenía claro que, en algún momento, quizás con algunas copas de más, el comerciante hablaría con alguien de aquello. Por aquel motivo, Cartagena no sería su destino ni mucho menos. Allí pensaba buscar alguna otra forma de llegar a su destino final: Valencia. Había oído hablar de aquella próspera ciudad. Estaba seguro que allí podían empezar una nueva vida y, aunque no sería fácil, tendrían más posibilidades que en otros lugares.

Los dos hombres estuvieron hablando de cosas mundanas, el tiempo que hacía en Sevilla; cómo era Cartagena, la ciudad a la que se dirigían; y cosas sin gran importancia. Juan pareció entender que no podía cruzar la línea y que algunas de sus dudas quedarían sin ser resueltas. En aquel preciso momento atravesaban un camino empedrado lleno de surcos que hizo saltar la mercancía, provocando una incomodidad añadida a las que ya de por sí tenía aquel medio de transporte. Hassan se lamentó por Helena y Aída, que así se llamaba la pequeña, sabía que aquellas sacudidas las despertarían; y así fue.

Al abrir sus grandes ojos, Helena tardó unos segundos en ubicarse, por un instante se encontró perdida. No sabía dónde estaba. Inmediatamente después, palpó con sus manos en busca de Hassan, pero al comprobar que este no estaba se destapó con cuidado para no despertar a la niña que continuaba durmiendo.

Alzó la vista hacia delante, donde Juan y Hassan continuaban charlando a pesar de las bruscas sacudidas que, en algunas ocasiones, les hacían saltar de los asientos.

Helena dedicó una breve sonrisa a Hassan y, con un gesto que hizo con las manos, le sugirió que seguiría durmiendo. Por nada del mundo quería que su niña despertara sin estar ella a su lado, nunca más permitiría que eso sucediera, ni que nadie se la quitara, era toda su vida y motivación para seguir adelante.

Así se sucedieron largos días de travesía, de vez en cuando paraban y estiraban las piernas, momentos que servían a Hassan para conocer un poquito más a Aída (con la que congenió rápidamente). Era una niña libre, intrépida y feliz por naturaleza, como su madre. Sus ojos brillaban a pesar de las circunstancias que había pasado, estaban vivos, tenía la misma expresión en la mirada que Helena. Le encantaba jugar con Hassan a las espadas; comenzaron luchando con pequeñas ramas de árboles caídos y terminaron usando espadas de madera que durante el trayecto Hassan fue fabricando con una navaja y tiempo suficiente.

En uno de esos muchos juegos de espadas que se sucedieron durante el viaje, y que habían servido para un acercamiento entre la niña y Hassan, Helena los interrumpió. Le rogó a Hassan que les enseñara a luchar, querían poder defenderse por sí solas si algún día alguien se atrevía a ponerles una mano encima. Hassan aceptó sin dudarle un segundo. Helena era una mujer valiente y fuerte. No era la típica mujer que aceptaba todo lo que su marido decía, no era la obediente esposa que seguramente aquel desgraciado deseaba. Pero aguantó todos aquellos años por la amenaza de perder a su hija; un amor por su hija que le podía haber costado la vida.

Las lecciones de artes marciales se convirtieron en un juego donde los tres cómplices se reían y revolcaban por el suelo, al mismo tiempo que aprendían lecciones vitales de defensa ante un posible ataque. Empezaron durante aquel viaje y continuaron a lo largo de los años, durante los que Aída se convirtió en una luchadora de primer nivel. La niña tenía maneras, jamás nadie se atrevió a tocarle un pelo. Con el paso de los años, Hassan se convirtió en el padre que Aída merecía, un maestro no solo de artes marciales, sino en valores, principios y lecciones para la vida, que junto a su madre enseñaron a la niña.

En uno de esos juegos que se repitieron durante el viaje, Aída pisó en una zona llena de musgo y resbaló. Comenzó a llorar y Hassan se sintió fatal. Se

sentía responsable por lo que había sucedido. Helena, que también participaba en el juego, le quitó importancia, pero la niña no paraba de llorar. Al principio no se habían dado cuenta, pero al coger a la niña en brazos, Helena comprobó que se había hecho un corte bastante profundo al haberse golpeado con un tronco lleno de astillas. Hassan, que no quería verla sufrir, no lo dudó, se rajó un dedo con una de las muchas astillas del mismo tronco, se acercó a Aída y roció la raja que la niña tenía en la mejilla con su sangre. Recordaba que esta actuaba mucho más rápido en niños que en adultos, algo que había comprobado junto con su padre en los miles de enfermos que trataron durante el tiempo que trabajaron juntos.

Ellos no lo sabían, pero Juan andaba cerca observando la escena, en principio su curiosidad se limitó al llanto de la pequeña, pero cuando se acercó y vio a Hassan pincharse el dedo, permaneció agazapado expectante. No comprendió por qué este no había corrido al carromato para echar mano de sus utensilios, vendas, pociones y demás, algo que pudiera ayudar a la niña. No entendía qué estaba haciendo rociando a la pequeña con su propia sangre; aquella escena provocó miedo en el comerciante.

Apenas pasaron dos minutos, la niña ya había dejado de llorar. La herida se estaba cerrando y al mismo tiempo le estaba dejando de doler. Helena no daba crédito, a pesar de que ya había presenciado en primera persona el «milagro» sucedido con sus heridas, pero aquello estaba pasando delante de sus ojos y a una velocidad de vértigo. Su hija se estaba curando en minutos de un corte profundo en la cara.

Helena se acercó a Hassan para pedir algún tipo de explicación, pero este le susurró algo al oído y le pidió paciencia —ya hablarían de aquello en otra ocasión, ese no era el momento oportuno, no con Juan al acecho—. Lo que no sabían era que Juan había presenciado la escena al completo agazapado tras unos matorrales.

Cuando la herida se cerró del todo (pasados pocos minutos), la niña ya tenía ganas de juego de nuevo, pero había que marcharse, todavía les esperaba un largo viaje.

Aunque Hassan no se dio cuenta de que Juan había presenciado la escena, si lo notó bastante distinto con él durante el resto del viaje. Juan había cambiado su actitud cercana por una más distante, por momentos sus ojos parecían reflejar pánico, incluso angustia, pero Hassan pensó que sería simplemente cansancio o algo por el estilo (no se imaginaba que él fuera la causa).

Después de largos días de viaje, llegaron por fin a Cartagena. Aída se volvió loca al ver el mar, nunca antes había estado en la costa. A Helena también le gustaba, y Hassan, que ya había vivido anteriormente en zonas costeras, lo amaba, a pesar de haber nacido en una ciudad sin mar como Granada, cuya costa motrileña se encontraba a más de sesenta kilómetros, a donde solo una vez viajó con el sultán, en un viaje oficial, acompañando a su padre en calidad de aprendiz de médico. Desde ese primer día que vio el mar, sintió una especial conexión con este, había sido un amor a primera vista.

Los hombres prepararon algo para comer, mientras Helena y Aída chapoteaban en la orilla de una pequeña cala donde Juan había amarrado y dado de comer a las mulas —bajo unos árboles que las cubrían del sol para que disfrutaran de un merecido descanso—. Era frecuente que, en viajes largos, las bestias murieran de agotamiento a causa de las altas temperaturas y los sobreesfuerzos, pero Margarita y Jacinta (como llamaba Juan a sus mulas), se habían comportado como unas verdaderas campeonas —estaban en plena forma.

Hassan observaba a Helena jugar con su hija en el agua, veía a aquella mujer, liberada por fin para siempre del yugo que la tenía encerrada en aquella casa con aquel desgraciado. Disfrutaba viéndolas reír y revolcarse en el agua,

eran felices, empezaban una nueva vida junto a él, que haría todo lo posible para hacer sus vidas dichosas y convertirse nuevamente en padre.

Comieron todo. Estaban hambrientos tras el largo y pesado viaje. Juan, que parecía tener prisa, apenas probó bocado. Se despidió de los tres sin ni siquiera un apretón de manos, algo que sorprendió a Hassan. Pero en aquel momento solo pensaba en disfrutar de su nueva vida junto a Helena y Aída, y lo pasó por alto. Tocaba buscar transporte para Valencia, aunque, a decir verdad, no tenían ninguna prisa. Pasarían el día en la playa los tres juntos, jugando, bañándose y disfrutando de la vida. Al día siguiente, temprano, Hassan iría al puerto en busca de algún barco que los pudiera llevar a Valencia. Esta vez irían por mar, seguramente más cómodos que en el carromato tirado por Margarita y Jacinta.

Capítulo 13

Segunda cena con Marcos, año 2015

Tardamos un buen rato en recuperarnos del susto. Ahora teníamos otras ocho cartas más para analizar; ¡eran quince en total!, ¡no siete! Supuestamente escritas por Abdel en diferentes siglos, ¡una auténtica locura! Todas las cartas, al igual que el resto, estaban traducidas al castellano —algo que agradecemos porque ninguno leíamos árabe andalusí—. Esperábamos que las traducciones fueran correctas, confiábamos en la profesionalidad de la compañera de Marcos a la que, según nos explicó, también había encargado la traducción de estos nuevos textos.

Sin salir de un estado de embriaguez que aumentaba a medida que leíamos más cartas, estábamos alucinando con aquello que acabábamos de leer. ¿Cómo podía Abdel haber escrito cartas fechadas a finales del siglo XV? Era completamente imposible que eso pudiera suceder; ni entonces, ni ahora en nuestro siglo, ¡nadie podía vivir tantos años! Sin duda algo tenía que estar mal. Teníamos que seguir investigando y descifrar el enigma de este personaje que la historia quiso borrar del mapa. Y de no ser por las cartas que tía Remigia había conservado en su desván, jamás habiéramos sabido que existió.

En algunas de las cartas Hassan describe el lugar donde vive. Da detalles bastante certeros del lugar de su residencia, pero sin especificar su dirección exacta. Eso nos llamó mucho la atención, porque el Abdel que nosotros habíamos conocido por las cartas era receloso en cuanto a su privacidad.

Nunca daba datos concretos, ni mucho menos la ubicación donde se encontraba. Pero este era totalmente distinto, no tenía reparo alguno en cuanto a detalles. Todo aquello, junto al sentido común, nos daba a entender que se trataba de otra persona. Seguramente el laboratorio estaría equivocado, o simplemente se trataba de dos personas con una grafía extremadamente parecida, debido a una caprichosa casualidad del destino. Aunque, seguramente, en aquel momento, él sabía que sería completamente imposible que nadie supiera que se trataba de él; o sea, de Abdel. Los medios de laboratorio que existen hoy en día, entonces eran impensables, y el arte de la grafología ni siquiera se conocía, desde luego no por aquellos lugares. Pero nada podría explicar la posibilidad de que una misma persona pudiese escribir cartas durante ciento cuarenta años. Para aquello ninguno teníamos una explicación y sabíamos que era imposible. Había que descifrar el enigma costase lo que costase, ya no había vuelta atrás. Todos los allí presentes sabíamos que no podríamos volver a descansar tranquilos, hasta no hallar una respuesta que curase nuestra ansia por saber más sobre la vida de este peculiar médico andalusí que, por caprichos del destino, su rastro se había cruzado en nuestro camino.

Tras un análisis exhaustivo de las cartas, nos despedimos de Marcos y del resto de la familia. En esta ocasión no tuvimos que pedirle copias, él ya las tenía preparadas. Ahora éramos un equipo con el mismo objetivo: entender por qué la historia se había empeñado en borrar a aquel médico andalusí, cuya vida supuestamente había transcurrido de un lugar a otro, huyendo de la ignorancia que lo había separado de su familia para siempre. Salimos para Sevilla en el primer vuelo que encontramos, apenas teníamos cuatro horas para ir al hotel, recoger y marcharnos al aeropuerto. Esta vez Juan insistió en llevarnos.

Nos despedimos de él en el aeropuerto y prometimos mantenerlos informados en cuanto supiéramos algo más. Era ya un poco tarde y estábamos cansados, deseando subir al avión para dormir un par de horas.

Llegamos a Sevilla a media noche y fuimos en taxi al hotel que habíamos reservado horas antes, cuando aún nos encontrábamos en casa de Marcos. Estaba cerca del parque María Luisa, sin duda un lugar bellissimo que recordaba con cariño de mi primera visita a aquella hermosa ciudad.

A la mañana, durante el desayuno, anotamos todas las pistas que pudimos recopilar en las últimas cartas encontradas. Queríamos saber dónde vivió el «médico bueno», como el tal Hassan decía en sus cartas que lo llamaban por aquel entonces.

En varias de estas cartas, comentaba que vivía en el barrio de Triana, pero no especificaba la ubicación exacta, solo daba algunas pistas. En uno de estos textos, citaba a un pintor al que admiraba, el cual tenía un taller a escasos metros de su clínica —según se podía leer en dicha carta—. Al parecer ambos eran buenos amigos y el pintor le había pintado un retrato al médico mientras ejercía su profesión. Hassan también decía de él que era un gran maestro. A su vez dedujimos por los textos que vivía en una casa junto a una de las orillas del río Guadalquivir. En una ocasión contaba cómo le gustaba abrir la puerta de su casa, ver el hermoso río fluir y a los barcos que navegaban por aquellas aguas.

Decidimos acercarnos al barrio de Triana cuanto antes e intentar dar con la antigua clínica-casa del que, según la grafología, se trataba de Abdel, conocido en aquel momento como Hassan Abdala.

Hacía un día magnífico, a pesar de que en septiembre todavía apretaba el calor, se podía soportar bastante bien. Los bares y terrazas estaban repletos de gente. Al parecer jugaba el Betis contra el Sevilla, evento que sin duda revolvió a la ciudad y enfrentaba a unos con otros —algo que nunca llegué a

entender del todo, pero que sucedía, no solo en Sevilla, sino en muchos lugares de España y del mundo.

Se presentaba un día complicado para preguntar a nadie —la gente estaba embrujada con el fútbol—, pero teníamos que intentarlo. No estábamos dispuestos a marcharnos de allí con las manos vacías. Recorrimos el casco antiguo de Triana preguntando en bares y a vecinos ancianos que encontrábamos en las puertas de sus casas. Queríamos saber si alguno había oído hablar de un pintor que había vivido en el barrio de Triana a finales del siglo XV o de un médico famoso al que llamaban el «médico bueno», algo que, de antemano, nos dimos cuenta de que iba a ser difícil que alguien supiera. Tras un largo rato caminando y preguntando a sus amables gentes, nadie supo darnos alguna información que nos sirviera. Habían transcurrido más de cinco siglos y era complicado que un vecino conociera aquello.

Pensamos que sería buena idea recorrer la orilla del río por el lado de Triana y, durante el paseo, intentar obtener más información. Quizás alguien sí pudiera ayudarnos, pero después de más de dos horas exhaustos caminando bajo el justiciero sol de Sevilla, decidimos que esa estrategia no iba a funcionar.

Nos sentamos en un barecito a las orillas del río en la calle Betis. El alboroto del partido se había transformado en una calma que agradecemos. Necesitábamos un sitio donde relajarnos para poder aclarar las ideas y pensar en una nueva estrategia de investigación que nos pudiera arrojar mejores resultados.

El camarero era un señor regordete de gafas y mostacho importante. Nos atendió muy amablemente y nos invitó a probar algunas tapitas especiales que aceptamos de buen grado. Teníamos hambre canina y el picoteo nos pareció una buena solución.

El bar estaba completamente vacío, pero allí quedaban los restos de una tarde loca de fútbol. Seguramente —pensamos— no tardarían mucho en cerrar una vez recogido todo aquello. Una vez nos sirvió, el camarero comenzó a retirar los vasos y copas que todavía se encontraban en las mesas. Algún que otro vaso roto y platos sucios que, en su momento, probablemente habrían contenido alguna de esas muchas tapas que servían en el local.

Solamente teníamos como vecino de mesa a un señor de mediana edad que parecía estar en un mundo paralelo al resto de los mortales. No despegaba los ojos de la pantalla de su portátil. Sin duda alguna, aquello que estuviera haciendo lo tenía totalmente absorto de la realidad. Era un señor bajito y regordete. Llevaba una gorra estilo bohemio, pantalones cortos de color azul y una camiseta de flores de manga corta; tenía la cara regordeta, muy redonda (formaba casi un círculo perfecto).

Comenzamos a repasar las cartas. Sabíamos, según estas, que la casa de Hassan muy probablemente se encontraba pegada a una de las orillas del río, en el barrio de Triana y, a pocos metros, un pintor cuyo nombre no desvelaba tenía su taller. Nos dimos cuenta de que no teníamos prácticamente nada, estábamos en un punto sin salida.

En algún momento de la conversación entre Clara y yo, surgió el nombre con el que conocían a nuestro investigado por aquel entonces, «el médico bueno», y entonces sucedió algo inesperado. El hombrecillo levantó la vista de la pantalla y nos saludó.

—Buenas tardes, señores. Ustedes no son de por aquí ¿verdad?

Clara contestó:

—No, señor, venimos de Granada.

—Por lo que veo, están interesados en las leyendas populares sevillanas ¿verdad? Es que soy escritor de cuentos y no he podido evitar escucharlos hablar de un cuento muy curioso que hace tiempo leí: *El médico bueno*. Sin

duda, una historia que tiene, si mal no recuerdo, más de quinientos años. No es muy conocida entre el gran público, pero los que nos dedicamos a este oficio sí la conocemos.

Inmediatamente nos miramos sorprendidos, el hombrecillo nos había levantado el ánimo, teníamos un nuevo hilo del que tirar.

—¿Dice usted que es una leyenda popular sevillana? ¿Sabe dónde podríamos encontrarla?

—Jaja, bueno..., pues como todo hoy en día, pregunten a su buscador. Seguro que él les dirá dónde.

A toda prisa abrí mi buscador y escribí: «*El médico bueno*, leyenda popular sevillana», y ¡voilà!, tenía delante de mis narices un enlace a una web que contenía cientos de cuentos y leyendas populares en libre descarga. Descargamos el texto, que no era más que un pequeño cuento de unas cinco páginas. Lo leímos sin descanso ante la mirada atónita del hombrecillo que se había dado cuenta de nuestro entusiasmo.

—¿Les llama la atención ese cuento por algún motivo en particular? —nos preguntó visiblemente sorprendido.

—¡No! ¡Qué va! Simplemente estamos interesados en la cultura popular sevillana —mintió Clara para evitar tener que dar mayores explicaciones.

El cuento trataba sobre un médico al que el pueblo quería porque ayudaba a todo el mundo sin importar que tuvieran para pagarle. Hablaba de un profesional reconocido en la zona y que, con el tiempo, había ganado bastante fama por sus conocimientos y remedios curativos. Hasta ahí nada raro, pero continuamos leyendo hasta la parte donde se relataba cómo podía curar heridas con su dedo. Tal fue la sorpresa que nos quedamos mirando el uno al otro boquiabiertos —ante la atenta y curiosa mirada de nuestro vecino de mesa.

El cuento relataba cómo el médico había huido junto a la esposa de otro hombre y su hija. Supuestamente huyeron a Cartagena en una carreta tirada por mulas. En una parte del relato se describe la vivienda del médico y se ubica a la orilla del río Guadalquivir, en la zona de Triana —algo que ya sabíamos.

El cuento, como imaginábamos, no estaba firmado. Era uno de los muchos cuentos anónimos, de por aquel entonces. Cuentos populares que no se sabían con certeza de dónde venían pero que se contaban unas generaciones a otras.

Entonces el hombrecillo, que había sido completamente ignorado por ambos, reinició la conversación.

—Veo que están sorprendidos con la leyenda de *El médico bueno*. Sin duda es una de esas rarezas históricas debido a su contenido: ¡un médico que puede curar con su dedo! ¡Qué ocurrencias! —dijo el hombrecillo con cara de guasa.

—Señor, ¿por casualidad usted nos podría ayudar a encontrar una casa que tiene que estar cerca de aquí? —le dije sin pensar al extraño.

—¿Cómo?

—Mire, tenemos algunas pistas sobre la casa-clínica donde vivió un médico a finales del siglo XV. Estamos haciendo una investigación para la universidad sobre cuentos populares y, como se habrá imaginado, este cuento creemos que está relacionado con dicho personaje —le dijo Clara al cuentacuentos.

El hombrecillo parecía mostrar interés. Se levantó de la mesa y, sin pedir permiso, se sentó en el medio de los dos.

—¿Qué pistas tienen? —preguntó el cuentacuentos, muy serio esta vez, al mismo tiempo que se quitaba la gorra.

—Las pistas que tenemos hasta el momento son estas. Uno, la zona donde se ubica la casa está en la orilla de Triana, creemos que enfrente del río; y dos, muy cerca vivía un pintor. El escritor de cuentos nos miró con cara de guasa, al parecer lo del pintor le hizo mucha gracia.

—Como verá no tenemos mucho por ahora, pero en el cuento se dan algunos detalles más sobre la ubicación del lugar, aunque tampoco es gran cosa —le dije sin mucho convencimiento.

El escritor de cuentos se quitó la gorra, puso los codos encima de la mesa y las manos debajo de la barbilla en posición pensante.

—A ver..., déjenme que vuelva a ojearlo porque no tengo más que un vago recuerdo.

El hombrecillo comenzó a leer el cuento desde el principio, no se quitaba las manos de la barbilla y parecía una vez más absorto en una dimensión paralela a la nuestra. Pensábamos que simplemente se había olvidado del propósito de la lectura, pero, de repente, dio un salto de la silla.

—¡Lo tengo! —dijo enérgicamente con cara de satisfacción.

El escritor de cuentos mostraba una sonrisa de mejilla a mejilla —sin duda, se le veía satisfecho consigo mismo—. Parecía poseedor de un secreto que sabía nosotros ansiábamos por descubrir. Su silencio duró lo mismo que la sonrisa, unos eternos diez segundos. Tiempo suficiente para que, tanto Clara como yo, tuviéramos ganas de abofetear al hombrecillo hasta que nos contara lo que había descubierto. Entonces el escritor de cuentos nos pidió que lo siguiéramos.

Pagamos a toda prisa la cuenta, la nuestra y la del hombrecillo. Si de verdad tenía la información que necesitábamos le hubiéramos pagado una cena en el mejor restaurante de la ciudad.

—¡Deprisa! —nos dijo.

El hombrecillo pegaba unas zancadas similares a las de un gigante. A pesar de tener las patas cortas, caminaba más rápido que nosotros, pero dadas las circunstancias seguimos su ritmo sin protestar. Entonces empezó a hablar.

—A ver, chicos, el tema del pintor que vivía cerca del personaje que están investigando, sinceramente, como podrán entender, hay muy pocos registros

fechados antes del descubrimiento de América. Menos aún de un pintor, ¡había muchos! —gritó el hombrecillo—, pero pocos se conocen anteriores al siglo XVI y menos datos sobre dónde vivían —dijo al mismo tiempo que torcía la boca a modo de mueca.

Sevilla ya era una ciudad próspera, pero el subidón lo pegó cuando empezaron a llegar los cargamentos de seda y demás productos de América. Entonces Sevilla se convirtió en la ciudad más importante del reino. El Guadalquivir recibía los barcos que llegaban de las que llamaban las indias, ¿recuerdan?

—A ver..., señor, también nosotros hemos ido al colegio, pero ¿qué tiene eso que ver con lo que buscamos? Le ruego sea más concreto, por favor —le dijo Clara, aparentemente molesta.

Mirándome a mí, el hombrecillo me preguntó:

—¿Esta chica es siempre tan impaciente?

Me puse colorado, levanté los hombros y puse cara de no saber, pero, al parecer, esa no era la respuesta que Clara esperaba. Me lanzó una mirada inquisidora, muy propia en aquel momento, ya que precisamente fue en el siglo XV cuando los Reyes Católicos fundaron la Inquisición española en esta ciudad, en concreto en el año 1478 —año en el que, en teoría, nuestro personaje vivió aquí.

El escritor de cuentos continuó su relato.

—Como decía, Sevilla cada día era más importante, ya no para la península ibérica, sino para el mundo entero. Pero ubicar la casa de un pintor antes del siglo XVI es algo tremendamente complicado. Los registros civiles de aquel siglo son escasos. Lo que sí me sonaba era el castillo del que habla el cuento, aunque en aquella época había varios.

—A ver, entiendo lo que dice y le agradecemos mucho la información, pero ¿qué tiene eso que ver con lo que ha leído en el cuento? ¿De qué castillo

habla? —le dije algo confundido.

—Veo que su amiga no es la única impaciente, ¡denme un respiro «xiquillos»!

El hombrecillo se puso muy serio y, con el ceño fruncido, continuó...

Ya se había lucido, clase de historia incluida, esperábamos que ahora fuera al grano.

—Entonces..., en el cuento se puede leer textualmente: «Cruzando por donde se juntan las dos orillas, a cincuenta metros de la sede, torció a la derecha para recoger al médico». Y eso, compañeros, solo puede significar una cosa, ¿me siguen?

—¿Qué vivía al lado de un puente cruzando el río y que había una sede? —dijo Clara con cara de interrogación y sin mucho entusiasmo.

—¡Bingo!, señorita impaciente, pero hay algo más que ha pasado por alto.

Clara estuvo a punto de contestar, pero se contuvo. Aquel hombre la estaba provocando, pero en ese momento ninguno de los dos queríamos hacer nada que pudiera molestar al escritor de cuentos, necesitábamos la información que nos estaba soltando, aunque fuera a cuenta gotas.

Creo que ambos hicimos telepáticamente un pacto de silencio y dejamos que el hombrecillo se siguiera luciendo, necesitábamos cualquier información que pudiera brindarnos.

Ante el silencio de Clara, el hombrecillo continuó.

—Como supongo ya se habrán imaginado ustedes, los puentes del siglo XV no eran los mismos que los que existen hoy en día, ¿verdad?

Nos limitamos a asentir con la cabeza como tontos, queríamos que continuara lo antes posible.

—¿Ven este puente al que acabamos de llegar? Pues, como imagino, sabrán que es el Puente de Triana, ¡ea!... Antiguamente, los almohades construyeron en el año 1171, en este mismo lugar que ahora mismo estamos pisando, lo que

conocemos como el Puente de Barcas. Eran trece barcas amarradas con cadenas. Qué ocurrencias tenían estos árabes ¿verdad? Pues para que vean, ¡ea!, así se tiraron varios siglos. Pues aquí, donde estaba el Castillo de San Jorge, fue donde se estableció la sede de la Inquisición española ahí por el año 1481. Hoy en día hay un mercado, en concreto el Mercado de Triana, que fue inaugurado por el año 1823.

Clara y yo nos miramos, creo que los dos habíamos pensado lo mismo, ¿cómo no habíamos caído que la sede se refería a la Inquisición española? Se nos había pasado, seguramente debido al cansancio. ¿Qué otra sede podría ser si no?

Empezamos a caminar a toda prisa. Esta vez era el hombrecillo el que hacía esfuerzos inhumanos para seguirnos, de vez en cuando le escuchábamos resoplar, decía: «¡Qué chicos más impacientes!».

Llegamos a toda prisa a lo que entonces era el Castillo de San Jorge y hoy en día un mercado, en concreto el Mercado de Triana. Una vez nos situamos en la puerta de dicho mercado, miramos intentando buscar exactamente dónde podía haberse ubicado el castillo, pero no teníamos claro la localización exacta, así que preguntamos al buscador. El hombrecillo, que iba rezagado, nos señaló con un dedo, diciendo: «¡Aquí, «*xiquillos*»! ¿Adónde van, copón? ¡Madre mía, la bulla que llevan! ¡El castillo estaba justo aquí!».

Nos indicó la ubicación exacta, y desde allí empezamos a contar aproximadamente unos cincuenta metros. No había que olvidarse que se trataba de un cuento del siglo XV, podían ser cincuenta metros, cien, o incluso un farol, pero decidimos seguir la pista. A pocos metros de lo que antes era el castillo, y pegado al Mercado de Triana, había una tienda de souvenirs. Tratamos de imaginar cómo sería aquello a finales de la Edad Media, como serían las calles de la Sevilla preconquista del Nuevo Mundo y, sobre todo, cómo sería la casa consulta médica de nuestro personaje. Todas las pistas nos

llevaban a pensar que aquel lugar donde vivió nuestro médico tenía que estar muy cerca de donde estábamos pisando en esos momentos. Quizás no se tratara de ese bazar en concreto, puesto que, según nos contó el hombrecillo, antiguamente la zona era distinta cuando se tiró el castillo y se inauguró el Mercado de Triana. Seguramente había otras casas, por donde hoy en día está el mercado.

Por unos momentos quisimos pensar que aquel bazar se trataba de lo que estábamos buscando. Que nuestro personaje vivió allí en aquella época, y fue allí donde, según cuenta la leyenda, huyó hacia Cartagena.

Nos quedamos embobados mirando el escaparate del bazar. Seguramente ambos imaginando a Hassan al otro lado del cristal operando a un paciente o realizando una cura. Cada vez que salía un cliente de la tienda, nosotros veíamos pacientes satisfechos con la buena labor de este médico, que tanto parecía agradar a todo el mundo. Mientras continuamos rodando mentalmente nuestra película, el hombrecillo saludó a un personaje un tanto peculiar. Pero no nos dimos cuenta hasta más tarde, cuando el escritor de cuentos nos puso a cada uno una mano delante de los ojos y la movió de arriba abajo para hacernos volver en sí.

Nos presentó al personaje, se llamaba Gastón, al parecer era uno de esos muchos bohemios que andaban por la ciudad. Llevaba pantalones tipo pirata de colores azul, rojo y negro, son los que pude distinguir, los colores nunca habían sido mi fuerte, pero hasta ahí llegaba. Llevaba el pelo largo, castaño, recogido en una cola, parecía manchado de pintura, de hecho, tenía toda la pinta de ser pintor —sospecha que el escritor de cuentos nos confirmó.

—Chicos, os presento a Gastón —dijo el hombrecillo—, pintor del que algún día oiréis hablar, y entonces «*sus acordaréis*» de mí también, ¡jea!

Clara y yo nos miramos con una media sonrisa y, a continuación, le estrechamos la mano.

—Por casualidad, le pregunté a mi amigo Gastón si tenía el conocimiento de algún pintor que viviera cerca del Castillo de San Jorge, allí por finales del siglo XV. Gastón recuerda a uno que, de hecho, se hizo muy famoso con el paso de los tiempos: el conocido como «el patriarca de la pintura sevillana», como era popularmente conocido el pintor Juan Sánchez de Castro. De hecho, me estaba diciendo Gastón que, concretamente, vivía aquí al lado, al girar la esquina, ¿vamos?

Clara y yo nos miramos sorprendidos y emocionados al mismo tiempo. A pesar de que no habíamos ubicado la casa de Hassan con exactitud, sí podíamos saber dónde vivió el pintor —si es que realmente se trataba del mismo pintor—. ¡Quién sabía a dónde podía llevarnos aquello! Íbamos a paso lento, pero las piezas del puzle encajaban.

—Sígueme, muchachos, esto está aquí mismo —dijo Gastón algo apurado.

Caminamos unos pocos metros y doblamos a la derecha, en concreto a la calle San Jorge. Tras pasar varias sucursales bancarias, allí donde nos indicó Gastón que tenía el taller «el patriarca de la pintura sevillana», había un restaurante chino. «¡Vaya cambio!, de taller de pintura a restaurante chino», pensé.

La visita al restaurante chino, una vez más, solo sirvió para alimentar nuestra imaginación en forma de rodaje mental. Imaginábamos a aquel pintor dibujando en un taller oscuro y húmedo, ante la atenta mirada de los camareros, pero nada pudimos sacar de allí —a fin de cuentas, ¿qué esperábamos después de quinientos años?

Gastón nos comentó que, si queríamos, podíamos ver su obra en la catedral de Sevilla, pero lamentaba comunicarnos que solamente una de sus obras, *La Virgen de la Gracia*, se conserva a día de hoy. Aun así, en el Museo de Bellas Artes, existían varias obras de su época que no se sabía a ciencia cierta si le pertenecían, o bien se trataban de obras realizadas por contemporáneos de este

pintor o de su círculo. Decidimos, ya que estábamos allí, darnos una vuelta por la Catedral de Sevilla y, posteriormente, visitar el Museo de Bellas Artes. Ante nuestra sorpresa, Gastón decidió acompañarnos, y el hombrecillo, que se llamaba Nicolás —como así nos hizo saber antes de despedirse—, se despidió de nosotros. Nos comentó que tenía que terminar un cuento para mañana, y andaba un poco apurado con los tiempos.

Acordamos ir dando un paseo, Gastón nos indicó que serían poco más de quince minutos a velocidad de crucero. Sevilla me gustaba mucho verla, caminar, además de un buen ejercicio, también resultaba un placer para la vista. Pensamos, una vez vista la pintura *La Virgen de la Gracia*, visitar la catedral, pero no queríamos demorarnos en ir al Museo de la Bellas Artes porque se hacía tarde y, seguramente, si no nos apurábamos, lo encontraríamos cerrado. Como Gastón nos prometió, apenas fueron quince minutos de caminata. Cruzamos por el puente de Triana y ya lo íbamos echando un poco de menos, algo tenía ese barrio que enganchaba, nos prometimos que volveríamos, pero esta vez de cañas. El puente de Triana contaba con un carril bici y no invitaba demasiado al despiste si uno no quería ser atropellado por un ciclista o, aún peor, por un vehículo a motor. Llegamos a la calle Cristóbal Colón, en honor a este señor que cruzó el puente en el año 1493, recién llegado de América, y acompañado de varios indígenas que exhibía ante el asombro de la población. Torcimos por la calle Adriano y dejamos la plaza de toros a nuestra derecha —no era algo que nos interesara en absoluto—, así que aceleramos el paso. Continuamos por la calle Arfe e, inmediatamente, nos topamos con la calle Almirantazgo que se cruzaba con la avenida de la Constitución. Cruzando dicha avenida nos encontramos a nuestra derecha con el Archivo de Indias.

Llegamos a la Catedral de Sevilla. A pesar de su belleza, estábamos bastante cansados y todavía nos quedaba el Museo de las Bellas Artes por visitar antes

de dejar la ciudad. Andábamos con el tiempo justo. Teníamos el AVE³ para Madrid y allí veríamos para dónde tirábamos: si de vuelta a Granada o quizás tendríamos que seguir investigando por algún otro lugar. Decidimos preguntar directamente por el cuadro, queríamos ver con nuestros propios ojos aquella obra que seguramente nuestro médico también contempló. Incluso podría haber sido testigo de la creación de la misma y su desarrollo hasta convertirse en cuadro. Las cartas de Hassan, dejaban muy claro que le unía una estrecha amistad con dicho pintor. Preguntamos a un trabajador de la catedral dónde se encontraba la pintura. Nos dirigimos hacia allí y la ojeamos un rato. Se trataba de una pintura religiosa como muchas otras de la época, donde se podía observar a San Pedro y San Jerónimo junto a la Virgen. Después de observarla un rato, dimos una vuelta por la catedral. Al final no pudimos resistirnos, a pesar del cansancio, y decidimos sumergirnos en aquella maravilla gótica que teníamos ante nuestros ojos. Catedral que se había comenzado a construir en 1401 y que hoy podíamos contemplar para deleite de nuestros ojos.

Después de un buen rato visitando la catedral, decidimos que ya era hora de ponernos en marcha. Queríamos saber más sobre aquel pintor que formó parte de la vida de nuestro personaje durante su estancia en Sevilla. Sabíamos que era bastante improbable que aquello fuera a ayudarnos en nuestra investigación, pero no podíamos irnos de Sevilla sin al menos intentarlo, así que arrancamos para el museo.

El Museo de las Bellas Artes de Sevilla, en el que no había estado en mis anteriores visitas a esta hermosa ciudad, me sorprendió gratamente. Recorrimos las salas una a una a pesar de nuestro agotamiento. Murillo quizás fue el pintor que más me impresionó, pero sin duda el museo estaba repleto de genios de la pintura. Pasamos un buen rato deleitándonos con tanto arte, aunque sin olvidar nuestro objetivo principal. Queríamos encontrar pinturas de Juan Sánchez de Castro, no estábamos seguros qué buscábamos, pero la

estrecha relación que Hassan tenía con el pintor merecía la intentona. Recordábamos cómo en las cartas hablaba en más de una ocasión de un supuesto retrato con el que el pintor lo había obsequiado. Aunque dudábamos poder encontrarlo allí. Por fin, llegamos a la sala donde se encontraban las pinturas clasificadas como «Círculo de Juan Sánchez de Castro», probablemente pintadas por discípulos del pintor. Parecía que ninguna estaba catalogada como propia de «el patriarca de la pintura sevillana». Al parecer la única que se conservaba, que se podía catalogar con certeza como suya, era la que ya habíamos visto en la catedral. Sin duda, una pena.

Estuvimos recorriendo la sala de cabo a rabo, todas las pinturas, o su inmensa mayoría, eran de carácter religioso —lógicamente era la corriente de la época—. Aunque las figuras religiosas se mostraban algo más humanas, menos místicas que en épocas anteriores. A pesar de su belleza, ninguna de estas obras aportó nada a nuestra investigación, algo que ya nos esperábamos.

Salimos de la sala exhaustos, hasta que, de pronto, al hacer esquina con la sala contigua, me quedé delante de un cuadro. Abrí la boca como un pasmarote. Con los ojos muy abiertos, me quedé inmóvil observando el cuadro que allí se me plantaba. Sin articular palabra alguna, me giré levemente y hice una señal a Clara y al pintor, que ya se disponían a salir de la sala en dirección a la salida. Tras acudir a mi catatónica llamada, Clara adoptó una expresión similar y el pintor simplemente nos miró asustado con cara de no entender nada. De repente salí de mi trance y grité como un loco: «¡Es Abdel! ¡Es Abdel! Es... ¡Hassan! Es...», y entonces Clara me tapó la boca ante las miradas asustadas de los otros visitantes que allí se encontraban.

Durante unos instantes, no supimos qué hacer, aunque estaba terminantemente prohibido, decidimos que teníamos que sacar una foto y enviársela inmediatamente a Juan y Marcos, se merecían compartir aquello con nosotros.

Decidimos calmarnos, salir a tomar el aire y volver a entrar en un rato. Sin entender nada, el pintor nos siguió hasta la salida. Una vez fuera nos preguntó qué sucedía con aquel cuadro. Respondí tartamudeando: «Na... da, na... da, es que... nos ha emocionado encontrar un cuadro tan..., tan..., distinto al resto del mismo pintor, o..., bueno, del mismo círculo, ¿entiende?». Clara asentía corroborando mi afirmación, pero el pintor se quedó un tanto mosqueado ante nuestro repentino entusiasmo por aquella pintura.

Sin duda alguna era totalmente distinta a las demás, estábamos seguros de que se trataba de Hassan, pero teníamos que comprobarlo con calma. Todo cuadraba, tenía que ser él, deseábamos que fuera él. Se trataba de un retrato de un médico posando en su clínica, con utensilios de medicina, probetas y una especie de camilla donde seguramente curaba a los pacientes.

Nos marchamos con el pintor a tomar algo a un bar, necesitábamos serenarnos y pensar con claridad. Además, queríamos estar solos para poder hablar con calma sin involucrar a aquel hombre que acabábamos de conocer. Le dijimos que estábamos muy cansados y que nos iríamos a comer algo y luego a dormir. Aunque se le notaba como desconfiado, se despidió y nos invitó a que siguiéramos su obra en una reconocida red social; aceptamos de inmediato. Solo queríamos estar solos y poder analizar la situación, llamar a Marcos y comer algo. Aunque mejor le llamaríamos cuando hubiéramos sacado las fotos, queríamos darle una sorpresa.

En cuanto perdimos de vista a Gastón, decidimos que volveríamos *ipso facto* al museo; no podíamos comer nada sin antes sacar unas fotos. Necesitábamos una prueba que evidenciara aquello. Una vez en la sala, había bastante gente, un grupo de chinos en concreto, y si estos no sacaban fotos era porque no se podía —pensamos en aquel momento—, de eso no había lugar a duda. Un guarda de seguridad también se paseaba por allí en aquel instante. Esperamos a que se marchara el grupo de turistas y el guardia; mientras tanto,

disimulamos observando los cuadros vecinos. Rápidamente, Clara, que era muy astuta, hizo como que se maquillaba con un pintalabios que tenía en el bolso, y sacó una foto con la cámara posterior. Activó un disparador automático que sacaba un montón de fotos por segundo y, una vez acabó, salimos de allí, pero no sin antes volver a mirar el cuadro en vivo y en directo. Los ojos de aquel hombre me llamaron especialmente la atención. Era la mirada más intensa que jamás había visto antes. Se podía leer en ellos una mezcla de sabiduría y bondad. No podía explicarlo, pero desde luego su mirada era distinta, fuera de lo común.

Antes de salir de la sala, preguntamos a una mujer, que parecía trabajar en el museo, por aquel cuadro. Queríamos saber si existía la remota posibilidad que hubiera sido pintado por el mismo Sánchez de Castro. Nos respondió que no se sabía, que simplemente se tenía la certeza de que pertenecía a la corriente iniciada por dicho pintor, pero que, debido a su temática, su opinión personal era que no. Ella pensaba que seguramente era de un discípulo, pero no del mismo «patriarca de la pintura sevillana». Quise decirle que seguramente se equivocaba, pero pensé que no sería una buena idea.

Enviamos nada más salir las fotos al móvil de Marcos, pero éste no contestó de inmediato. Seguramente estuvo meditando la respuesta durante unos instantes, no era hombre de improvisaciones ni arrebatos, se notaba que todo lo que decía estaba previamente meticulosamente analizado.

Sonó el teléfono al cuarto de hora desde que enviamos dicho mensaje. No habíamos recibido ninguna otra respuesta anterior pero sí pudimos comprobar que había recibido y visto la foto y dicho mensaje: dos rayitas, color azul, significaba eso —al menos era lo que creíamos.

Era Marcos, llamaba desde un número diferente, fue muy escueto. Nos dijo que tenía que vernos en Granada, que no podía contarnos nada más, y que gracias por haberle enviado la foto. Para terminar, nos invitó a no volver a

mandar más mensajes a aquel número —entendimos el motivo pocos días después, durante nuestro encuentro en Granada donde nos había citado—. Al despedirse, dijo que nos vería en dos días en la bella ciudad de la Alhambra. Antes no podía viajar. Una vez llegara, nos contactaría para darnos la dirección exacta del punto en el que nos encontraríamos. Me limité a escuchar. Marcos estaba muy serio y no dio pie a preguntas o réplica, colgó tras soltar su *speech*.

Cancelamos los billetes de AVE que ya habíamos comprado para Madrid. Decidimos pillar un tren directo a Granada, poco más de tres horas y media, pero era la mejor opción que teníamos. Los vuelos disponibles hacían escala en Barcelona o en Madrid, algo para mí un tanto surrealista.

Ya en el tren, decidimos dormir un rato, a pesar de que reservamos en primera clase —porque necesitábamos descansar—, a mí me costaba mucho dormir sentado, pero Clara se quedó frita durante casi todo el trayecto —la envidiaba por eso—. Aproveché el viaje para releer todas las nuevas cartas que Marcos nos había copiado, las del tan Hassan Abdala.

Me llamó la atención un regalo sobre el que hablaba Hassan, un regalo que había enviado a la familia junto con la carta.

«Querida familia Shadi, os he enviado un pequeño obsequio, el cual me hace mucha ilusión que tengáis vosotros, por todos los años de amistad que me unen a vuestra familia. Espero que lo disfrutéis, y cuando lo miréis os acordéis de vuestro viejo amigo Hassan Abdala»

Al parecer Hassan les había enviado un regalo, pero no tenía ni idea de qué podía tratarse.

³ Tren de alta velocidad, utilizado por la compañía ferroviaria española Renfe e inaugurado en 1992. Fuente: Wikipedia (https://es.wikipedia.org/wiki/Alta_Velocidad_Espa%C3%B1ola).

Capítulo 14

Nadima, año 1355

El padre de María, Josue, no sabía nada de la relación de esta con Mohamed. Mucho menos que se había convertido en una de sus amantes. Para él, su hija, simplemente servía al sultán como parte del servicio de palacio, por eso jamás sospechó nada durante las continuas idas y venidas de esta a la pequeña vivienda que ocupaba junto con sus padres. María era hija única. Una vez el padre le preguntó cómo era posible que pasara noches enteras en palacio, pero María, que era muy rápida, le dijo que había guardias nocturnas por si el sultán necesitaba algo, por eso tenía horarios distintos cada día. A María no le gustaba mentir a sus padres, pero jamás podría contarles que era una más del harén de Mohamed. Ni siquiera ella misma entendía cómo había podido llegar a formar parte de eso. Al menos el sultán, la trataba bien —pensaba María cuando se sentía mal por hacer aquello—, y de vez en cuando le daba regalos; también comida y plata que llevaba a casa.

Una noche que Mohamed solicitó la presencia de María de forma urgente, la fueron a buscar dos miembros de la guardia real ante el asombro del padre de esta que se encontraba en la casa. El sultán quería que María acudiera de manera inmediata a palacio. Josue preguntó a qué se debía tanta premura, pero los guardias, que sabían perfectamente qué quería el sultán, no dijeron nada. María se limitó a besar a su padre y decirle que seguramente habría algún evento importante y por eso necesitaba que todo el personal acudiera de forma

inmediata. Los guardias, que escucharon la conversación, se miraron esbozando una leve sonrisa —ellos sabían perfectamente cuál era el trabajo de la muchacha en la ciudad palatina.

Acudieron a toda prisa a palacio, allí les esperaba Mohamed en sus aposentos. Encima de la mesa había tres copas de vino esperando a ser servidas, algo que sorprendió a María, porque Mohamed siempre la invitaba a una copa antes de entrar en materia, pero en este caso había tres en vez de dos.

Tras una cortina, el sultán tenía un lavadero donde se aseaba y cambiaba cuando quería intimidad. Parecía que alguien se estaba desnudando muy despacio. Se podía intuir una silueta femenina llena de curvas. María estaba todavía más confusa.

Se corrió la cortina y una mujer bellísima salió de allí. Era de tez morena, pelo lacio muy largo, caderas generosas y piernas largas perfectamente torneadas. Sus ojos parecían diamantes verdes, costaba mirarla fijamente por miedo a quedar deslumbrado. María nunca había visto antes una mujer tan bella, se sentía cohibida delante de esta. Estaba completamente desnuda, lista para satisfacer al sultán.

María no sabía qué hacía ella allí, tenía la sensación de que sobraba en aquel lugar, por lo que miró a Mohammed confundida en busca de una respuesta. Este, que ya la conocía, entendió por su mirada que no sabía qué hacer. Mohammed le hizo una señal a la mujer, que permanecía sin decir nada, inmóvil mirando fijamente a María.

La mujer se acercó a esta sin despegar los ojos de los suyos. María cada vez estaba más nerviosa, pero la mujer parecía impasible, tranquila, como si llevara haciendo aquello toda su vida.

Cuando estuvo tan cerca de María hasta el punto en que pudo sentir su aliento, pegó sus labios contra los de esta. La fue besando y acariciando muy

lentamente. María se sentía incómoda, no sabía qué estaba pasando allí, aunque pronto lo descubrió.

La extraña cogió a la muchacha de la mano y la llevó a la cama donde esperaba Mohamed tendido, le dio instrucciones sobre dónde tenía que ponerse y en qué posición —Mohamed no decía nada, se limitaba a observar lo que aquella mujer estaba haciendo con su amiga.

Pasaron la noche los tres juntos, esa fue la primera de muchas. Nadima, que así se llamaba aquella muchacha, enseñó a María todos los secretos de alcoba que necesitaba para satisfacer al sultán. Fue su mentora en las artes amatorias, compartieron cama en varias ocasiones junto al sultán, así como confesiones, y fue en una de estas cuando María le contó a Nadima el secreto de Abdel. Aquella noche las muchachas estaban tomando vino mientras Mohamed ya dormía. De repente, Nadima le preguntó por Abdel, quería saber quién era aquel muchacho que pasaba tanto tiempo con Mohamed. Le había llamado la atención verlo compartir con el sultán clases de artes marciales, jugando al ajedrez y recibiendo formación diversa —sobre todo, porque ella sabía que no era miembro de la familia real.

Nadima no lo sabía, nadie lo sabía, pero Jusuf I, que estaba muy agradecido a Hassan por haber salvado la vida de su hijo, le había prometido que Abdel recibiría la misma educación que Mohamed. Era lo mínimo que podía hacer por aquel buen hombre que siempre le había sido leal, y que había hecho lo imposible para salvar la vida del futuro sultán de Granada, su hijo Mohamed, el gran sultán nazarí.

María, que se había pasado de copas, le contó el secreto de Abdel —también le confesó que seguía enamorada de él—, y le dijo que no se lo dijera a nadie —mientras se levantaba agarrándose a la mesa un poco mareada—. Nadima, que a pesar de las copas estaba muy sobria, pensó que sería una broma de la muchacha, por eso no preguntó más y se marchó. Estaba cansada y

necesitaba reposar, el sultán no era hombre fácil, costaba satisfacerlo, pero, por fin, se había quedado dormido y ahora ellas podrían descansar.

Al día siguiente, el sultán se marchaba unos días a Salobreña a pasar allí una temporada, seguramente para disfrutar de la brisa del mar y darse algunos baños. En esta ocasión, Abdel no le acompañaría, ya que alguien tenía que hacerse cargo de la multitud de enfermos que estaban apareciendo a causa de una epidemia que se había llevado por delante a miles de personas. Hassan sí tendría que irse con él, no le quedaba más remedio. Mohamed no daba un paso sin la compañía de Hassan; era su médico, su confidente; para él, como un segundo padre, era el hombre al que le debía la vida.

Aquella mañana, cuando Mohamed partió con su séquito, Nadima estaba radiante, iba a poder estar con el amor de su vida, un joven soldado de la Guardia Real llamado Amid que, para fortuna de esta, no acompañaba al séquito en esta ocasión. Amid se quedaba defendiendo el palacio junto con otros muchos soldados —algo que sabía gracias a la hermana del soldado que le había confirmado que estaría de guardia en palacio todo el mes—. Nadima, que era amiga de la hermana de Amid, le hizo llegar a esta una nota para que se la entregara a su hermano con urgencia. Estaba deseando abrazar a su amado, besarlo y pasar con él todas las noches posibles hasta que Mohamed volviera a Granada.

La hermana del soldado trabajaba con la madre de Abdel en la cocina de palacio. Cuando vio llegar a Nadima, le hizo una señal y se fueron a un habitáculo aledaño a la cocina, donde nadie las escuchaba. Nadima le contó que tenía una nota para su hermano —no se podía permitir el lujo de que la vieran entrar en casa del soldado en pleno día, por miedo a la reacción del sultán—. Mohamed se iría unos días y por fin podrían estar juntos. Jasmine, como se llamaba la hermana de Amid, no se mostraba muy entusiasmada con la noticia. A pesar de que apreciaba a Nadima, y sabía que Amid amaba a

aquella mujer, era consciente a qué se dedicaba esta y no le hacía ninguna gracia. No quería una mujer así al lado de su hermano. Odiaba verlo sufrir cuando miraba por la ventana y veía las luces de palacio a altas horas de la noche. Sabiendo que su amada seguramente estaría en la cama del sultán, siendo usada como un objeto al servicio de los caprichos de Mohamed.

Aquella noche, Nadima, vio la señal en la puerta de la casa del joven soldado que indicaba que podía ir sin que nadie la viera —como así le había pedido en la carta—. Este había dejado la puerta entreabierta por donde Nadima entraría y no volvería a salir hasta la vuelta de Mohamed. El sultán le pagaba suficientemente bien como para no tener que trabajar en nada más que no fuera en satisfacerlo.

Pasaron una semana juntos, durante todos esos días el soldado se mostró preocupado por la enfermedad que asolaba la ciudad, le decía que solo había una persona capaz de salvar a los pobres infelices que enfermaban y ese eran Hassan, que estaba de viaje con el sultán.

En ese momento, Nadima recordó a Abdel, el hijo del médico. Le preguntó al soldado por este, quería saber si también curaba o si solamente el padre era el que sabía de medicina. Amid le dijo que sí, que era un buen médico también, pero su padre tenía más experiencia, y con el volumen de enfermos que había, hubiera sido mejor contar con sus conocimientos. Nadima le relató al soldado lo que su amiga le había contado, lo hizo a modo de chiste, porque ella no se creía nada de lo que María le había confesado sobre el supuesto don que su amigo Abdel tenía.

El soldado, al oír estas palabras, se puso blanco, se quedó pensando y se levantó de la cama. Sin decir nada, agarró la primera ropa que encontró y se marchó de allí. Nadima no daba crédito.

El soldado había ido a visitar a compañeros suyos curados milagrosamente por Abdel. Quería que le contaran con todo lujo de detalles cómo habían sido

sanados. La casualidad quiso que todos los enfermos tratados por Abdel —la mayoría miembros de la Guardia Real—, salvaran su vida. Mientras muchos otros, que el médico no había atendido, cayeran como moscas.

Así fue como se corrió la voz sobre lo que Abdel podía hacer. En pocos meses ya le llamaban «el brujo», pero nadie se atrevía a decirlo delante de él o de algún miembro de su familia. Ellos se enteraron tiempo después, cuando el sultán mandó llamarlos para contarles lo que sucedía.

Cuando Abdel y su padre supieron aquello, ya era demasiado tarde. El sultán ya había tomado una decisión, debido a que se había corrido la voz. El populacho se le venía encima, algo que Abu Abd Allah Muhammad Ibn Yusuf, alias Mohamed V, no podía consentir de ninguna manera. Tenía que parar aquello como fuera. Su padre, que acababa de morir meses antes asesinado por un loco, le había dejado todo el peso del trono, y apenas tenía experiencia tomando decisiones difíciles. En este caso, se trataba de decidir sobre la vida de una de las personas que más le importaban: su amigo, su hermano. La vida de aquel hombre al que le hubiera gustado parecerse y al que admiraba: Abdel.

Cuando María se enteró del revuelo que había entorno a palacio, corrió para ver qué sucedía. En esos momentos se encontraba almorzando con su padre, esa tarde tenía que acudir a palacio para pasar una noche más con el sultán y seguramente con Nadima o alguna otra amante de las muchas que tenía Mohamed. Pero, ante aquel alboroto, se despidió de su padre y se marchó corriendo —tenía un mal presentimiento.

Las masas gritaban: «¡Muerte al brujo! ¡Muerte al brujo!». María no entendía nada, hasta que una señora anciana que presenciaba la escena le contó lo que sucedía. En ese momento, María se desmayó, acababa de darse cuenta de que había sentenciado a muerte al hombre que amaba.

Cuando pudo recobrar el conocimiento, estaba tirada en el suelo frío y empedrado a las orillas de palacio. Las masas sin piedad tiraban piedras y, como una manada de bisontes, la pisotearon en más de una ocasión. Hizo lo imposible por levantarse y correr, necesitaba hablar con Mohamed, tenía que arreglar aquello. Ella era la única responsable de lo que allí sucedía, sabía que no volvería a ver nunca más al amor de su vida si no solucionaba aquello.

A las puertas de palacio, los guardias, que ya la conocían, le dijeron que llegaba demasiado temprano. El sultán no la esperaba hasta caída la tarde y todavía quedaban unas horas para aquello. María insistió, les dijo que tenía una información importante para Mohamed y que no podía esperar hasta más tarde. Insistió por activa y por pasiva, hasta que uno de los guardas hizo una señal al otro que se negaba. La dejaron pasar acompañada por otro guardia que la condujo al interior de palacio. Llevaron a María a los aposentos del sultán. Este se encontraba deliberando con sus asesores qué decisión tomar respecto a Abdel, no podía temblarle la mano por muy amigo suyo que fuera. Al ver a María acompañada por el guardia, el sultán se sorprendió, no entendía cómo había llegado tan pronto. De hecho, hoy no quería ver a nadie. Por muy mujeriego que fuera, hoy no tenía ganas de jolgorio, no después de aquello.

María se derrumbó en el suelo y de rodillas le rogó que la atendiera a solas, tenía que contarle algo muy importante. Mohamed, desconcertado ante aquella escena, les hizo un gesto a sus asesores para que lo dejaran solo con la chica, no podía perder demasiado tiempo, pero quería escuchar qué era aquello tan importante por lo que María había osado interrumpirlo.

—Amado sultán, te ruego que me escuches con atención, siento haberte molestado, pero no me quedaba más remedio. Yo soy la responsable de todo lo que sucede allí afuera.

—María, no entiendo qué me quieres decir, ¿tú que tienes que ver con las protestas del pueblo?

—Te ruego que, si debes castigar a alguien, sea a mí, yo me he inventado esa historia de Abdel, es toda una mentira fruto de mi imaginación y del vino. Ya sabes que siempre he sentido algo especial por él, fue su indiferencia hacia mí la que hizo que dijera aquello —le dijo María envuelta en lágrimas.

—¡Eso que me estás diciendo no es cierto! —gritó Mohamed en un tono firme, mientras fruncía el ceño.

—Te lo ruego, por favor, ¡es todo culpa mía! ¡No le hagas nada a Abdel! ¡Mátame a mí, te lo suplico, señor!

Mohamed, lleno de ira, sintió rabia por dentro. A pesar de ser el sultán, y a pesar de haberla tenido solo para él, el corazón de María seguía perteneciendo a Abdel, ella siempre lo amaría y estaría dispuesta a morir por él si fuera necesario.

Mohamed le hizo un gesto con la mano para que se marchara de sus aposentos, a la par que se daba la vuelta, no quería que nadie viera su rostro de frustración; una vez más, sentía que aquel aprendiz de médico era mejor hombre que él. Tomó aire y regresó a la realidad, llamó a sus asesores y continuaron deliberando. Mohamed, que se había opuesto tajantemente ante la insistencia de los asesores a condenar a muerte a Abdel, ahora ya no lo veía tan mala idea, aunque más tarde rectificaría y lo ayudaría a escapar. Por mucha rabia y celos que en ese momento sintiera por Abdel, lo quería, y no solo a él, sino a toda su familia.

Aquella misma tarde, en la que escenificaron la muerte de Abdel, María se quitaba la vida. No podía vivir con ese peso tan grande el resto de sus días, lo amaba profundamente y era la única responsable de su muerte. No sería capaz de volver a yacer junto al sultán sabiendo que este había ordenado la muerte del hombre al que ella siempre había amado.

Capítulo 15

Granada, año 2015

Durante todo el trayecto a Granada, Clara, que se había puesto un antifaz para dormir, no se despegó del asiento hasta unos minutos antes de llegar, momento en el que despertó reclamando un café. Le hicieron falta unos segundos para ubicarse.

La estación de tren era pequeña. Estaba muy cerca del Camino de Ronda, una de las calles más largas de la ciudad granadina. Tomamos un taxi en dirección al hotel. Esta vez elegimos uno algo más apartado del centro, pero con vistas a la Alhambra, algo en lo que coincidimos los dos cuando hicimos la reserva. Necesitábamos ver la Alhambra otra vez y, seguramente, hacer una visita guiada. Imaginar a Mohamed discutiendo con sus arquitectos durante la construcción del Patio de los Leones, a Abdel jugando con su hermana en los jardines de la Alhambra o a la familia cenando y teniendo una charla distendida.

Podíamos ir a dormir a casa de Clara o a la mía, pero decidimos alquilar aquella habitación de hotel por su proximidad a la ciudad palatina andalusí. Necesitábamos sentir su presencia lo más cercana posible, al menos por una noche o dos.

El hotel estaba en un cerro muy cerca de la Alhambra, desde nuestra ventana podíamos ver una de las torres. De noche, con las luces, la Alhambra lucía majestuosa coronando la pequeña y hermosa ciudad de Granada. Cenamos en

la terraza del hotel sin poder dejar de mirarla, nos tenía atrapados. Era el testigo principal de nuestra investigación, sin lugar a duda. Allí había comenzado todo. El hotel estaba a escasos minutos de la ciudad palatina caminando, era un paseo muy agradable. Desde la terraza del hotel también se podía disfrutar de una espléndida vista panorámica de la ciudad de Granada.

Aquella noche cenamos en el restaurante, algo ligerito: una ensalada, pechuga de pollo a la plancha y un poco de vino tinto. La ocasión lo exigía. Estábamos en un entorno idílico y el vino ayudaba a avivar la llama de la magia que por nada del mundo deseábamos que se apagara. Hablamos por primera vez en días de nosotros mismos, de todo lo que habíamos vivido en tan poco tiempo, las emociones surgidas, de Juan y su familia, del hermano de Clara y del señor Nubi, al que deseaba volver a ver pronto. ¡Cómo lo echaba de menos! Por un momento dejamos la vida de Abdel para centrarnos en la nuestra. Por unos instantes, con la Alhambra a escasos metros como testigo, se produjo un silencio y los dos nos miramos. Clara mostraba una tímida sonrisa que en aquel preciso instante no supe interpretar. Yo la miré a los ojos y me puse colorado. La botella de vino nos duró poco, estaba bastante rico, y los dos acabamos con las mejillas sonrosadas —no tenía claro si era por el momento o por el alcohol.

La primera vez que entramos en la habitación no había reparado en aquello. Una vez más, el cuarto tenía una sola cama grande, algo que no comprendí, ya que esta vez mi amiga se había encargado de la reserva —a ella era imposible que se le hubiera pasado aquello—. Le pregunté a Clara por ello e, intentando aguantar la risa, me dijo que era una tonta y que se había equivocado, que no importaba, que ella podía dormir en el suelo. Finalmente, los dos nos miramos y nos partimos de risa. Acabamos rogándonos el uno al otro que parara aquello. A mí me dolía la barriga de tanto reír, y Clara lloraba encogida

encima de la cama. La verdad, hacía mucho tiempo que no me reía tanto, lo pasamos genial.

Dormimos como troncos. Amanecimos tocados por el espléndido sol que aquella mañana cubría Granada. La Alhambra nos observaba a lo lejos, necesitábamos ir a verla. Teníamos un día entero por delante, Marcos no llegaría hasta el día siguiente.

Desayunamos en la terraza del hotel, donde la noche anterior nos habíamos soplado una botella de vino contemplando la ciudad palatina andalusí alumbrada. Por la mañana parecía otra, pero también lucía bella y majestuosa vigilando la ciudad. Dimos un paseo hasta la Alhambra, queríamos imaginarnos las calles por las que Abdel había caminado tantos siglos atrás. Supusimos que aquello sería muy distinto por aquel entonces. Demasiados siglos como para que algo siguiera igual, salvo la Alhambra, que conservaba muchas de las construcciones iniciadas durante el reino nazarí —a pesar de todos los seísmos sufridos durante tantos siglos—, seguramente, las más importantes, llevadas a cabo por Yusuf I y su hijo Mohammed V.

Como más tarde nos explicaría la guía, Granada vivió, durante el segundo reinado de Mohammed V, la época de mayor prosperidad de la dinastía Nazarí, iniciada años atrás por su padre Yusuf I.

En el hotel habíamos comprado las entradas, queríamos hacer una visita guiada, aunque ambos ya habíamos visitado la Alhambra con anterioridad. En esta ocasión queríamos hacerlo con Abdel, Mohamed, Hassan y toda su familia en la mente presentes. Necesitábamos sentir lo que ellos tantos siglos atrás sintieron paseando por sus pasillos, esquinas y salas. Preguntamos a nuestra guía cómo podíamos hacer para visitar las mazmorras, pero nos indicó que esa visita no existía y que bajar allí estaba terminantemente prohibido. Era algo exclusivo que solo podían llevar a cabo investigadores, historiadores y demás expertos en la materia. Se necesitaba una autorización especial, algo

que costaba mucho tiempo conseguir y que, según nos dijo, no daban a cualquiera. Creo que los dos pensamos automáticamente en Marcos, quizás él sí podría conseguir dicha autorización. Lo dejamos para más tarde. Apenas nos encontraríamos con él en unas horas.

Comenzamos la visita a la Alhambra visitando el Palacio de Carlos V, intentamos imaginar aquel lugar en el siglo XVI, tras la toma de Granada, cuando el nieto de los Reyes Católicos mandó construir su palacio.

Éramos conscientes de los años de saqueo y abandono que la Alhambra había sufrido, y no podíamos entender cómo aquel bendito lugar podía haber estado abandonado tantos años. A pesar de aquello, seguía siendo un lugar único. Resultaba bastante curioso que tuviera que llegar, entre otros extranjeros, un norteamericano llamado Washington Irving para que el mundo se diera cuenta de que la Alhambra existía.

Algo que me llamó especialmente la atención fue el hecho de encontrarme en un mismo palacio con estilos arquitectónicos tan distintos como el hispanoárabe y el cristiano. Se notaba cómo los Reyes Católicos habían dejado su huella en aquel lugar, de manera que quedara claro quiénes habían sido los vencedores.

Imaginamos a Mohamed reunido con sus asesores en el Palacio de Comares, a Abdel y a su padre trabajando, y a los soldados haciendo guardia en la Alcazaba.

Después de poco más de dos horas visitando sus palacios y paseando por los jardines afrancesados del Generalife, decidimos terminar la visita.

Ya de vuelta al hotel, comprobé que tenía un mensaje de Marcos desde un número distinto. Enviaba una dirección y, de forma muy escueta, nos decía: «Os veo allí mañana, a las nueve de la mañana».

Era un hotel en el centro de la ciudad. Le respondimos deseándole buen viaje, pero no contestó.

Esa noche, tras ir a pasear por el Paseo de los Tristes, tomar unas cervezas y comer unas tapas, nos fuimos a dormir temprano; queríamos estar frescos para lidiar con Marcos a la mañana siguiente.

El hotel donde nos había citado no tenía nada que ver con el nuestro, este era el típico hotel de negocios, donde se alojaban los ejecutivos cuando iban de viaje. Por el contrario, el nuestro era más acogedor, pequeño y rústico, lo que ahora llaman «hotel con encanto». Nada que decir tampoco de las vistas, mientras nosotros veíamos a la Alhambra posando presumida en lo alto de la ciudad, este hotel tenía como únicas vistas, la calle.

Estuvimos buscando a Marcos con la mirada por todos los lados, izquierda y derecha, pero allí no había ni rastro del profesor. Nos sentamos en unas butacas en recepción y esperamos pacientemente. Parecía que esta vez era el alemán de adopción el que se había retrasado.

De repente, unas manos amigas agarraron mis hombros por detrás de la butaca, ¡era Juan!, ¡qué alegría volver a verlo! —aunque también nos sorprendió, puesto que esperábamos a su hijo, no a él—. Se dirigió hacia nosotros y nos dio un abrazo a cada uno. Juan se dio cuenta de nuestra sorpresa. Nos hizo un gesto por el cual entendimos que nos lo iba a explicar en un rato, pero no allí.

Fuimos con él a tomar algo. Nos comentó que no había comido nada desde muy temprana hora en el aeropuerto de Düsseldorf. Estaba hambriento y deseando catar las tapillas que tanto añoraba en Alemania. Cuando salimos del hotel nos dimos cuenta de que estaba un poco nervioso. Miraba para todos los lados. Me recordaba a mí días atrás, cuando llegó a mis manos aquel árbol genealógico y pensaba que me seguían hasta en la ducha, me sentí aliviado descubriendo que no era el único paranoico.

Más tarde, durante el tapeo, Juan nos contó por qué Marcos no había venido. Sospechaba que lo vigilaban. Su teléfono había sido pinchado, y pensaron que

sería mejor que fuera él quien viajara a Granada para encontrarse con nosotros. De ahí que los mensajes de móvil fueran tan escuetos. Nos contó que dos días después de que nos fuéramos, a la vuelta de la universidad, se encontraron la casa de Marcos revuelta de cabo a rabo.

Egoístamente, lo primero que pensé fue en las cartas originales, ¿se las habrían llevado? Luego me di cuenta de que debería haber preguntado por cómo se encontraban Marcos y su mujer después del susto. Al parecer Marcos, que había nacido desconfiado —según su padre nos confesó—, había tenido la cautela de guardar las cartas en un lugar que nadie podía haber imaginado. Y, cuando los saqueadores se marcharon, se fueron con las manos vacías por suerte, pero dejaron la casa destrozada.

Por motivos de seguridad, y también de agenda, la familia pensó que sería mejor que Juan viajara, al parecer nadie sospechaba de él, al fin y al cabo, era un simple mecánico. Marcos esos días tendría que pelearse con el seguro de la casa y pedir días en la universidad para estar con su mujer. Tras el susto, todos estaban muy nerviosos y necesitaban un periodo de calma, ella le había pedido encarecidamente que no la dejará sola después de aquello.

Juan nos contó que habían destrozado el despacho de su hijo, y que harían falta varios días para dejar la casa tal y como estaba antes del suceso. La policía ya estaba al tanto, pero lógicamente no tenían ni idea del motivo de aquel allanamiento —pensaban que se trataba de un simple robo—. Al parecer los «ladrones», seguramente para disimular, se habían llevado algunas cosas de valor, poca cosa, según Juan. Pero ellos estaban totalmente seguros que habían ido a por las cartas o algo relacionado con Abdel. Nunca antes habían intentado robar allí, era un barrio muy tranquilo.

Nuestras caras parecían un poema. Me sentía fatal por haber metido a la familia de Marcos en aquel marrón, ya que seguramente nada de esto hubiera pasado si nosotros no nos hubiéramos colado en sus vidas de aquella manera.

Juan, que pudo leer el sentimiento de culpa en nuestros rostros, nos puso a cada uno una mano en el hombro y nos dijo que no nos sintiéramos mal, que nada de aquello había sido por causa nuestra, y que los responsables se habían marchado con las ganas, porque no habían encontrado nada de lo que estaban buscando. Imaginamos que serían las cartas, ¿qué si no?

Queríamos llamar a Marcos para interesarnos por él y su mujer, pero Juan insistió en que era mejor que no lo hiciéramos, no por ahora. Ya tendríamos tiempo más adelante de hablar con él cuando todo se calmara, y que estuviéramos tranquilos que más allá del susto ellos estaban bien.

Le comentamos que habíamos visitado la Alhambra el día anterior y que nos hubiera gustado bajar a las mazmorras, pero que estaba terminantemente prohibido para los mortales de a pie y que solamente unos pocos podían hacerlo. Ante lo recientemente sucedido a Marcos, no nos atrevimos ni a sugerir que este intentara solicitar dicho permiso. Tampoco estábamos muy convencidos de que visitarlas fuera a aportar algo de luz en nuestra investigación, así que desistimos.

Pasaron unos segundos en los que permanecimos todos en silencio. Juan nos observaba esperando a que le hiciéramos la pregunta que, estaba seguro, queríamos hacerle: ¿qué hacemos en Granada?, ¿para qué nos habéis citado aquí? Pero esa pregunta nunca llegó. Con todo lo sucedido hasta ahora, tanto Clara como yo, aprendimos a ser pacientes o, al menos, hacíamos esfuerzos para parecerlo.

Entonces Juan arrancó y comenzó a explicarnos:

—El motivo por el que Marcos os citó aquí no ha sido por casualidad. Cuando mi hijo recibió la foto del cuadro en el móvil, recordó haber visto otro muy parecido a este, pero no recordaba dónde. Tras unos minutos pensando, recordó el lugar exacto, ¿lo adivinan?, pues en casa de tía Remigia, cómo no, aquí en Granada.

Ella guardaba el cuadro junto con todas las demás cosas que había acumulado durante todos estos años. Parecía que el destino la había convertido en la garante del legado de la familia Saadi, o más bien, la que se quedaba con todos los trastos viejos que ningún otro miembro de la familia quería.

Actualmente, Remigia vivía en la calle Elvira, en un viejo piso que había sido testigo de varias generaciones de la familia Saadi —no muy lejos de mi apartamento—. Ella y su marido Antonio eran los últimos supervivientes de la saga que continuaban viviendo allí.

Remigia no sabía que íbamos, algo que intuimos ante el asombro mostrado por la señora al ver a Juan —más tarde, Juan nos contaría que no quería involucrar a nadie más en esto, por ello evitaron comunicarle su visita—. Sabían a ciencia cierta que el teléfono de Marcos estaba pinchado, pero no tenían ni idea si sucedía lo mismo con el resto de la familia. Para llegar a casa de tía Remigia, cogimos primero un taxi en dirección opuesta y allí, cuando Juan tuvo la certeza de que nadie nos seguía, nos comentó que había alquilado un coche en una empresa que estaba muy cerca de donde nos había dejado el taxi. Ya en el coche de alquiler, Juan condujo hasta una calle aledaña donde encontramos un lugar para aparcar, algo que se presentaba complicado, ya que estuvimos dando varias vueltas hasta que encontramos sitio.

Remigia era una mujer pequeña, pero con energía, tenía una gracia natural que nos hacía reír con cada palabra que articulaba. Era una mujer muy dulce y el achuchón que le dio a Juan retumbó hasta en el Albaicín. Más tarde nos saludó con un besito a Clara y a mí, y a Juan le regañó por haber estado desaparecido durante tanto tiempo sin haberla ido a visitar. Este le intentaba explicar que Alemania quedaba muy lejos y que tenía mucho trabajo, pero ella no le dejó acabar y nos obligó a sentarnos en el sofá. No pudimos negarnos,

aquella enérgica mujer era la dueña y señora de aquel lugar y momento, no podíamos más que acatar sus órdenes.

Pocos minutos más tarde, Remigia llegó con una bandeja de pasteles típicos de Granada, «piononos». Nos contaba que, por suerte, los acababa de comprar esa misma mañana. También nos obligó a tomar café. No queríamos molestarla, pero nos dimos cuenta de que, si no aceptábamos, sería peor, y por nada del mundo queríamos ofender a aquella amable señora.

Una vez superado el tercer grado de tía Remigia —que nos bombardeó a preguntas de todo tipo sobre nuestra vida—, dejó que Juan hablara. Este le comentó el tema del cuadro, sin entrar en detalles le dijo que era para «Marquitos», como conocía a su sobrino —diminutivo que a Clara y a mí nos hizo mucha gracia—. Remigia recordaba el cuadro vagamente, nos dijo que hacía tiempo lo había guardado con los otros trastos, pero no recordaba dónde. Nos invitó a que la acompañáramos al trastero y, cuando llegamos allí, entendimos el motivo de su amnesia; aquel era el trastero de Lola Flores como poco, ¡madre mía, cuántas cosas!

Capítulo 16

Fátima, año 1355

Aquel día que Abdel «huyó», no sabía que Fátima estaba embarazada, nadie lo sabía, ni su padre Sahid, ni su madre. Ella quería contárselo a Abdel, pero a causa de la carga de trabajo que tuvieron aquellos días, había resultado imposible encontrar un buen momento, no habían tenido tiempo para estar a solas. Solo Farah estaba al tanto. Fátima le había pedido que guardara el secreto por el momento, quería ser ella quien le diera la buena noticia a su prometido, ¡iban a ser padres! Algo que, sin duda, aceleraría la boda, pero se querían tanto que un mes antes o después era lo de menos.

Fátima recibió la carta que Abdel había escrito para ella antes de marcharse para siempre. Farah había sido la encargada de entregársela y de compartir lágrimas. Las dos rompieron a llorar, algo que ambas llevaban haciendo desde el momento de su supuesta muerte. Había dejado atrás a su futura esposa e hijo.

Fátima temblaba, se tocaba el vientre mientras miraba desesperada a su amiga, ¿cómo podían haber matado a Abdel?, a su Abdel, como ella lo llamaba. Nunca había hecho mal a nadie. Fátima no sabía nada del secreto de la familia Alîm, Abdel quería contárselo, pero no había encontrado el momento. No quería asustar a su futura esposa. Además, toda la familia en consenso, había acordado que ese secreto jamás saldría del núcleo familiar.

Abdel esperaba el momento en el que fueran marido y mujer para confesarle aquello.

Farah decidió que ese momento había llegado. Aunque Fátima había escuchado rumores sobre brujería, no tenía ni idea de qué hablaba la gente. Fátima jamás había visto a Abdel o a su padre practicar brujería alguna, aquellas habladurías le parecían simplemente una estupidez. Farah prefería que conociera la verdad por boca de la familia, en vez de a través de rumores populares que contaban todo tipo de barbaridades e inexactitudes. Así fue como Fátima supo el secreto de su amado. Al principio temió por su hijo, tenía miedo que a causa de aquello —que no sabía ni cómo llamarlo—, su bebé viniera al mundo embrujado o algo por el estilo. Pero sus temores duraron poco, el amor por Abdel superó la barrera del miedo a lo desconocido, solo quería estar con él, aunque sabía que eso ya no sería posible —al menos, no en este mundo.

Fátima intentó quitarse la vida en varias ocasiones. Fueron semanas angustiosas, su padre Sahid no sabía qué hacer con su hija y le pidió consejo a su buen amigo Hassan. El médico le sugirió paciencia, que tuviera a su hija vigilada las veinticuatro horas del día, tenían que velar por la seguridad de esta. Sahid no sabía nada de aquello. Fátima estaba segura de que su familia jamás aceptaría un hijo fuera del matrimonio, por eso su desesperación y pena eran dobles, por la muerte de Abdel y por el embarazo.

Pasaron los meses, y un día que Farah estaba sola en casa, un desconocido que decía llamarse Jonás se presentó en la puerta. Decía ser un comerciante de seda y traer un mensaje para su familia. Se trataba de un pergamino doblado concienzudamente, Farah no entendía quién podía enviarles aquello, pero el comerciante insistió que era un mensaje para la familia Alîm proveniente de Almería. Su primera reacción fue decirle al señor que sus padres no estaban en casa, pero que lo podía llevar a palacio donde se encontraban ambos,

Amina trabajando en la cocina y su padre en su despacho donde atendía a los pacientes.

Ante la negativa del comerciante que decía no tener tiempo, Farah aceptó ser la receptora de aquello que aún no tenía muy claro de qué se trataba. Tras despedirse del marchante, no supo si debía abrir el pergamino o, por el contrario, esperar a la llegada de sus padres. Aunque, al fin y al cabo, según el comerciante, el destinatario era la familia Alîm, sin especificar miembro de la familia en concreto, así que decidió abrir aquello.

A medida que leía, su boca se iba abriendo poco a poco hasta acabar en un grito seco. Empezó a llorar de forma desconsolada, no daba crédito. Aquello no podía estar pasando, ¡Abdel estaba vivo! ¿Cómo era posible si ella misma había visto cómo le cortaban la cabeza? —pensaba la muchacha sin poder despegar los ojos de la carta—. Necesitaba, quería contárselo a sus padres — Farah estaba desatada—, pero sabía que no era prudente irrumpir en palacio con las nuevas, quizás alguien podía escucharlos. Decidió salir corriendo a casa de Fátima, la prometida de su hermano estaba pasando por un momento muy delicado, necesitaba saber la verdad. Tenía que saber que su amado seguía con vida y gozaba de salud, al menos eso era lo que la carta decía.

Fátima estaba en su cuarto, lugar del que llevaba semanas sin salir. Desde hacía ya un tiempo, sus ojos habían perdido aquella luz característica que la hacía tan especial. Luz que había enamorado a Abdel desde el primer día que la vio, ahora ya no existía, los ojos de Fátima estaban apagados, marchitos por el dolor.

Sahid le abrió la puerta de la casa, se alegraba de ver a Farah. Si su hija necesitaba a alguien era precisamente a su mejor amiga que, aunque también lo estaba pasando muy mal, era la persona que mejor entendía a Fátima. Le acompañó al cuarto de su hija y le pidió paciencia. Fátima no quería ver a nadie y se mostraba condescendiente con todo aquel que intentaba dirigirse a

ella, no quería saber nada del mundo que la rodeaba, solo deseaba morir en silencio.

Farah besó a su amiga en la frente, estaba muy mal, el color de su piel cada vez más pálido, sus pupilas dilatadas y los ojos hinchados con sendas bolsas que reflejaban días de insomnio y llanto continuados. Farah quería contárselo de inmediato. Esperó a que Sahid saliera del cuarto, no quería que este se enterara de la noticia, al fin y al cabo, era un siervo del sultán y no sabía hasta qué punto Mohamed estaba enterado de aquello. Por otra parte, su hermano había sido muy claro: «Por favor, destruid esta carta en cuanto la hayáis leído».

Farah abrazó a su amiga, esta temblaba, no decía nada, solo temblaba. Entonces le susurró algo al oído. Durante unos instantes las dos se quedaron inmóviles abrazadas sin decirse nada, parecía que su amiga necesitaba tiempo para procesar aquella información. Fátima llevaba demasiadas noches en vela, mucho sufrimiento acumulado y aquello había sido un impacto que necesitaba encajar. De repente Farah se soltó de aquel abrazo y miró a su amiga. Sus ojos brillantes estallaron en lágrimas, llenos de esperanza. Farah le hizo una señal para que contuviera la emoción, nadie debía saber aquello.

Fátima estaba conmocionada, necesitaba reunirse con él, pero Farah le sugirió que eso no sería buena idea, al menos, no por ahora, sería demasiado peligroso. Farah todavía no se había enterado del teatro en el que se había escenificado la muerte de su hermano. Tenía que hablar con sus padres, lo haría en la noche durante la cena, entonces se enteraría de todo.

Al día siguiente, más calmada, Fátima se presentó en casa de la familia Alím. Estaba dispuesta a reunirse con su amado al precio que fuera, pero Hassan le suplicó que no lo buscara, se pondrían en peligro los dos. En ese preciso instante Fátima lo corrigió, le dijo que en todo caso serían los tres. Hassan, durante unos segundos no entendió a qué se refería, pronto

comprendió. Le miró a la barriga y le preguntó a la muchacha de cuánto tiempo estaba. Fátima sabía que podía confiar en aquel hombre, por encima de todo era un hombre de ciencia adelantado a su época, podía comprender que dos personas que se amaban como ellos tuvieran un hijo antes del matrimonio — algo que sin duda muy pocos aceptarían por aquel entonces—. Fátima le dijo que no estaba segura, pero creía que apenas tenía como tres meses de embarazo y que haría lo que fuera por encontrar a Abdel con su ayuda o sin ella. Tras varios segundos pensando, Hassan se dio cuenta de que a aquella mujer nadie la iba a convencer de lo contrario —daría su vida por estar con su hijo—. Hassan necesitaba pensar, le suplicó a Fátima que esperara un par de días, que le dejara meditar el asunto y ver qué podía hacer él para ayudarla. Le suplicó que, mientras tanto, no hiciese nada y actuase de forma normal. Se presentaba un conflicto enorme para el médico: si ayudaba a Fátima a encontrarse con Abdel, su mejor amigo Sahid jamás le volvería a dirigir la palabra de por vida. En cambio, si se negaba, ella y su nieto correrían peligro. Estaba en un callejón sin salida, pero sabía que no había manera de convencer a la muchacha de lo contrario.

Hassan no sabía qué hacer, esos fueron dos de los peores días de su vida. Ahora podía también perder a Fátima y a un nieto aún por nacer, además de a su buen amigo Sahid. Rompería años de amistad, durante los que sus familias formaron una sola. Hassan, que era un hombre justo, buscaba la mejor solución para aquello, pero en aquel momento no sabía cuál escoger.

El primer día de reflexión durante la tregua que le había solicitado a Fátima, Hassan visitó a Sahid. Quería pasar algún tiempo con su amigo, sabía que podía ser la última vez que este le recibiera. Sahid jamás perdonaría a Hassan el haber ayudado a su hija a reunirse con Abdel.

El médico estaba desesperado. A la marcha repentina de su hijo al que tanto amaba, se añadía un nuevo problema, no sabía qué decirle a Fátima. Intentó

calmarse y cogió aire.

Farah tuvo una idea y corrió junto a su padre, se le acaba de ocurrir algo que podía hacer la búsqueda más sencilla.

—¡Papá, tengo una idea! —le dijo Farah a su padre con una sonrisa.

—A ver, hija, dime qué se te ha ocurrido, espero que sea algo bueno, porque llevamos una racha que parece ir a peor cada día que pasa.

—Tranquilo, papi, ¿recuerdas que te dije que la carta la había traído un comerciante de seda?

—Sí, hija, pero ¿de qué nos sirve eso ahora?

—¡Ay, papá! ¡Pues mucho! Podemos ir a buscarlo, seguro que sigue en la ciudad. Tenemos que persuadirlo para que nos diga dónde se encuentra Abdel, en qué parte de Almería. Eso reduciría un montón el radio de búsqueda.

Hassan se quedó pensando unos segundos, miró a su hija y la besó en la cabeza.

—Farah, hija, no sé qué haría sin tu madre ni sin ti, vamos a buscar a ese señor, no debe de andar muy lejos. Preguntaremos en la Alcaicería y en las fondas de la zona, seguro que se hospeda en Al-Funduq al-Gidida⁴, vamos a preguntar.

Al-Funduq al-Gidida era una fonda situada cerca de la Alcaicería, el mercado de seda granadino. Era donde se alojaban la mayoría de los comerciantes que estaban de paso por la ciudad; el sitio más probable donde encontrarlo.

Hassan y Farah bajaron casi corriendo hasta allí. El hombre que la regentaba era, cómo no, paciente de Hassan, uno de los muchos que había atendido cuando no estaba ocupado con el sultán o con alguno de los miembros de la familia real. Era un señor calvo, con barba espesa y canosa, de unos cuarenta años de edad. A pesar de las muchas canas que poblaban su barba, parecía gozar de buena salud. Se le veía ágil, algo que observamos nada más entrar en

la posada. El hombre estaba arreglando unas goteras causadas por las lluvias torrenciales, que también habían afectado a palacio, a las que no había podido dedicar tiempo hasta ahora. Por lo visto era temporada baja y, al haber menos clientes, tenía más tiempo para las reparaciones.

Karim, que así se llamaba el posadero, se alegró mucho al ver a Hassan. A pesar de lo sucedido con Abdel, Karim seguía mostrando afecto por el médico. Hassan lo había curado varias veces, sobre todo cuando este cayó enfermo por una extraña dolencia respiratoria, siempre decía que gracias al médico seguía con vida.

—¡Amigo Hassan! ¡Qué grata sorpresa verte por aquí! ¿Cómo te encuentras?

—Karim, intento llevarlo como puedo, mi hija y mi mujer me ayudan mucho, sin ellas no sé lo que haría.

—Ya sabes, Hassan, que puedes contar conmigo para lo que quieras, tú me salvaste la vida, y lo que digan por ahí..., pues..., son locuras de las que no me creo nada. Aunque, lo siento mucho por tu hijo, todos queríamos a Abdel, vaya muchacho más bueno, ha sido una injusticia lo que han hecho con él.

—Agradezco tus palabras, amigo, pero fíjate que sí puedes hacer algo por mí. Esta vez te tengo que pedir un favor. Estoy buscando a una persona que creo se aloja aquí. Es un comerciante de seda, como muchos de tus clientes.

—¿Sabes el nombre?

—Se llama Jonás, llegó como hace tres días.

—Karim agachó la cabeza y revisó el registro donde tenía todas las anotaciones de los huéspedes que alojaba, las entradas y las salidas, ordenadas por fecha.

—Vamos a ver..., dices que entró hace tres días ¿verdad?

Hassan miró a su hija en busca de su aprobación y esta asintió, pero pocos segundos después Farah los interrumpió.

—Es posible que llegara hace cuatro días, ¿señor podría mirar los últimos cinco días por si acaso? —le soltó Farah muy seria.

—A ver, tengo aquí un Jonás que entró hace cuatro días, efectivamente.

Farah imaginó que el hombre podía haber llegado a Granada, descansado primero y, al día siguiente, haberle llevado la carta. Y según los registros del posadero no se había equivocado.

—Hassan, ¿se puede saber el motivo por el que estás buscando a este hombre? —le preguntó Karim intrigado.

—No te preocupes, Karim, simplemente negocios. —Hassan no quiso dar más explicaciones.

—¿Por casualidad sabes dónde podemos encontrarlo?

—Pues mira, no tengo ni idea, hay muchos puestos de seda, pero no tenéis más que daros un paseo por la Alcaicería y preguntar por él. Ahora que recuerdo, Jonás no es la primera vez que se hospeda aquí, aunque hacía algunos años que no venía. Estoy seguro de que los demás comerciantes lo conocerán.

—Muchas gracias, amigo, nos has ayudado mucho, te dejamos que sigas con tus reparaciones, nos vemos en otra ocasión, y espero que no sea en mi consulta —le dijo Hassan a la vez que sonreía.

—Aquí me tienes para lo que necesites, Hassan, quiero que sepas que somos muchos los que te queremos, y eso nadie jamás lo podrá cambiar.

Padre e hija se marcharon del Al-Funduq al-Gidida en busca del comerciante de seda. Ya en el mercado, hablaron con el primer comerciante que vieron, era un muchacho joven —tendría la edad de Abdel, pensó Hassan —, no más de dieciocho años. Le preguntaron por Jonás, pero se encogió de hombros y aseguró no conocerlo. Hassan no pudo evitar acordarse de su hijo, aquel muchacho le recordaba mucho a él.

Continuaron caminando. Probaron suerte con otro comerciante de lanas que tenía un puesto pequeño, pero abarrotado de mercancía. Era un hombre mayor, no le quedaría demasiado para retirarse, se movía con la ayuda de un bastón. Su espalda arqueada era fruto de años de duro trabajo pues, seguramente, había cargado encima de ella muchos kilos de lana. Los sobreesfuezos y la edad se habían cebado con su cuerpo. Hassan llamó su atención y el hombre amablemente les atendió.

—Buenos días.

—Buenos días, ¿qué deseas?

—Estamos buscando a un comerciante de seda que se llama Jonás, ¿te suena?

—¿El judío?

—Pues seguramente sea judío por el nombre, pero no tengo la menor idea, señor.

—Solo conozco a un Jonás de Almería, no es el primer año que viene.

—¿Sabes decirnos dónde podemos encontrarlo?

—Pues claro, aquí mismo lo tienen. Seguid esta calle, recto, y doblad a la derecha, el primer puesto que os encontréis es el de Jonás; es bastante grande, no tiene pérdida.

—Muchas gracias, que tengas un buen día.

Marcharon en busca de Jonás, todavía no tenían claro si el comerciante les desvelaría el paradero de Abdel; Hassan estaba seguro de que su hijo le había pedido discreción.

Llegaron donde se suponía estaba el puesto de Jonás, pero de primeras allí no vieron a nadie. Pronto advirtieron que un hombre estaba charlando con el señor que regentaba el negocio que se encontraba contiguo a este y, en cuanto reparó en ellos, pensó que serían nuevos clientes y rápidamente regresó al suyo.

—Buenos días, ¿en qué os puedo ayudar?

—Buenos días, tú eres Jonás ¿verdad? —dijo Hassan con una sonrisa.

El comerciante primeramente dudó en responder, pero después de unos segundos les confirmó que se trataba de él.

—Eee..., sí, ¿cómo sabes mi nombre? ¿Nos conocemos? —preguntó el comerciante algo desconfiado.

—No te preocupes, ¿recuerdas a mi hija? —le dijo Hassan señalando a Farah, que estaba en esos momentos detrás de él.

—¡Ah sí! ¡Claro que sí! Le entregué una carta para la familia, era Alîm ¿verdad? ¿Algún problema?

—No, no, todo lo contrario, esa carta ha sido muy importante para nosotros y quería agradecerte en primera persona que la hayas entregado.

Quería compensarte de alguna forma, si me lo permites; imagino que el remitente te habrá pagado, pero me gustaría a mí también darte algo en agradecimiento. De hecho, soy médico, e igual mis servicios pueden ser de tu interés. Tengo muchos pacientes como tú, que viajan de aquí para allá y, a consecuencia de ello, sufren dolencias varias.

—¿De verdad? Pues me viene genial, tengo una pierna que me ha empezado a doler desde que llegué a Granada, y cada vez me duele más, es un pinzamiento que poco a poco se va haciendo más insoportable —explicó Jonás mientras señalaba la zona que le dolía.

—Hoy mismo te recibo en mi casa y miramos esa pierna, verás cómo mejora.

El comerciante del puesto contiguo con el que estaba hablando Jonás no pudo evitar escuchar la conversación, conocía a Hassan, ya que este no era uno de esos comerciantes en tránsito, sino lugareño del Albaicín. Conocía perfectamente a Hassan y a toda la familia. Se llamaba Abdul y en más de una ocasión acudió a visitar al médico con problemas estomacales. Se acercó e

intervino en la conversación, algo que molestó a Hassan que buscaba la mayor discreción posible. No quería que nadie le escuchara preguntando a Jonás por el remitente de la carta recibida días atrás. Entonces, intervino Abdul:

—Jonás, este médico es el mejor de toda Granada, a pesar de lo que se dice por ahí... Son habladurías. Sin lugar a dudas, si él no te cura, nadie lo hará.

—Jonás se quedó pensando durante unos instantes, quería preguntar por esos rumores de los que hablaba Abdul, pero pensó que no sería oportuno en aquel momento. Y si de verdad ese médico era tan bueno como decía su amigo, quería que lo atendiera lo antes posible, no soportaba aquel dolor que le recorría por la pierna izquierda.

Hassan se dio cuenta de que no podían hablar de aquella carta sin que Abdul se inmiscuyera, así que pensó que lo mejor sería darle una cita y preguntarle por ello durante la consulta. Sería el momento donde los dos hombres tendrían la privacidad necesaria. Hassan citó al comerciante para última hora de la tarde ese mismo día.

—¿Te parece bien si nos vemos a las siete de la tarde hoy mismo?

—Perfecto, ¿dónde debo ir?

Entonces Abdul tomó la palabra.

—Tú solo pregunta por la casa de Hassan, el médico, todos los vecinos saben quién es.

Era la verdad, Hassan era conocido por todo el mundo, ya lo era antes de que sucediera aquello, si cabe, ahora lo era aún más, muy a su pesar.

Los hombres se estrecharon la mano y Hassan y Farah se marcharon, tenían que tener un poco más de paciencia, pero creían estar en el buen camino. Esa misma tarde, Hassan esperaba poder obtener la información deseada.

Mientras tanto, el médico continuó con sus labores, tenía algunos pacientes que atender. Farah corrió a casa de Fátima a contarle las buenas noticias,

esperaban saber en muy pocas horas dónde se encontraba exactamente su prometido.

Aquella tarde, puntual como un reloj, Jonás se presentó en casa de Hassan para ser atendido de su dolencia en la pierna izquierda. Caminaba con una leve cojera, parecía que le dolía bastante el solo hecho de mover la pierna al andar. Hassan lo tumbó en la camilla, le esparció por la zona un unguento viscoso y, acto seguido, comenzó a masajearla. Le preguntó dónde le dolía exactamente, y Jonás le indicó, al parecer era por la zona de la rodilla. Al poco rato, Hassan se dio cuenta de que se trataba de un esguince de rodilla — esta se mostraba visiblemente inflamada—, por lo que aplicó vendas frías sobre la zona. A continuación le puso un vendaje y le sugirió que debería reposar al menos dos días. Jonás le comentó que debía seguir trabajando, no podía estar parado tanto tiempo, sería una ruina para su negocio.

Hassan insistió en que tenía que descansar la zona, si no la cosa podría ir a peor. Jonás no sabía qué hacer, se le veía desesperado.

Durante unos segundos cavilando, Hassan tuvo una idea. Estaba seguro de que tanto su hija como Fátima iban a estar de acuerdo, y aquella oportunidad no sabía si volvería a tenerla, así que le hizo una propuesta a Jonás.

—Entiendo que no puedes desatender tu negocio, pero quizás yo te puedo dar una solución. Mi hija se puede hacer cargo por unos días de tu puesto.

—¿En serio? ¿Y eso qué me costaría?

—Nada, estoy seguro que ella lo hará encantada. Mi hija no sabe nada de tu negocio, pero te tendrá a ti sentado dándole indicaciones, no tendrás que levantarte para nada. Incluso una amiga de ella estoy seguro que también le ayudaría en todo lo que hiciera falta, y tampoco te costaría nada.

Jonás se mostraba sorprendido, era una oferta que nunca nadie le había hecho antes, trabajar gratis. Si no fuera por las magníficas referencias que Abdul le había dado de aquel hombre, no se hubiera fiado.

—Solo hay una cosa que te quiero pedir, Jonás, y para ti no supone un gran esfuerzo, es solo una pregunta que te quiero hacer y te ruego que me respondas.

El comerciante frunció el ceño, porque ya se imaginaba que aquello no iba a salirle del todo gratis, sus sospechas se acababan de convertir en hechos.

—Intentaré ayudarte en lo que me sea posible, dime...

—El hombre que te entregó la carta en Almería..., ¿me podrías decir en qué lugar de la provincia se encontraba?

Jonás se quedó unos segundos pensativo, recordaba las palabras de aquel muchacho: «Por favor, sé discreto, esta carta es confidencial y nadie debe saber de dónde viene».

—Hassan, agradezco tu ayuda, pero no puedo desvelarte la procedencia, el remitente me dejó muy claro que debía ser discreto y me pagó muy bien por ello.

—Entiendo que lo seas, de hecho, te lo agradezco mucho, pero creo que cuando te pidió discreción se refería por si alguien te preguntaba. Nuestra familia es la destinataria del mensaje y no veo el motivo por el que guardar dicho secreto con nosotros. Te ruego que pienses en ello, ¿qué sentido tendría ocultar la procedencia del mensaje a sus destinatarios?

Jonás vaciló unos instantes, entonces se acercó a Hassan y, casi pegado a su oreja, le susurró al oído: «Adra».

—No sé si he hecho bien, pero pareces un buen hombre, creo que tienes todo el derecho del mundo a saber de dónde procede el mensaje, al fin y al cabo, es para ti —le dijo Jonás al médico mostrando una discreta sonrisa.

—Te estoy muy agradecido, Jonás.

Jonás y Hassan acordaron que las mujeres bajarían a la Alcaicería en una hora, tenía que avisarles primero y darles la buena noticia.

Los hombres se despidieron, y Hassan corrió a avisar a Farah, quería que llamara a su amiga para explicarles a las dos las novedades. ¡Ya sabía dónde se encontraba Abdel! Al menos en el momento en el que envió el mensaje.

Farah corrió a casa de Fátima, apenas pasaron unos minutos y las dos muchachas estaban de vuelta en la casa de la familia Alîm, deseosas por saber el paradero de Abdel. Fueron momentos vibrantes, a Fátima se le iluminaron los ojos y Farah temblaba de la emoción. No podían esperar ni un segundo más. Hassan, que palpó el nerviosismo en el aire, no las quería hacer sufrir más, así que les contó lo que Jonás le había revelado. Abdel estaba en Adra, ciudad situada más al suroeste de la provincia Almeriense.

Tras varios minutos de discusión con Fátima, que a toda costa quería partir de inmediato, la convencieron, Hassan le prometió que la ayudaría con los gastos del viaje y buscaría la forma más segura para que pudiera partir en busca de Abdel. Pero insistió que debía comunicar a su padre la decisión que había tomado, algo a lo que Fátima se negó rotundamente. Sahid era un buen hombre, pero jamás aceptaría la decisión de su hija, y tampoco vería con buenos ojos que estuviera embarazada. Hassan lo sabía, quería a su amigo, aunque, al contrario que este, Hassan era un hombre de ciencia y tenía la mente más abierta. Sabía que, si Fátima se quedaba aquí, tendría problemas con su familia en cuanto supieran que estaba encinta. Al fin y al cabo, Fátima era también como una hija para él; no quería verla sufrir, ni tampoco a su hijo.

Así que, aun sabiendo lo que eso supondría en lo que respetaba a la relación de ambas familias, aceptó mantener a Sahid al margen. Muchas veces su profesión se basaba en tomar la decisión menos mala para el paciente. En este caso el paciente era Fátima, su hijo y su futuro nieto, y el miembro a amputar: su amistad con Sahid.

Pasaron tres angustiosas semanas, en las que la familia Alîm en más de una ocasión tuvo que persuadir a Fátima para que no hiciera una locura. Estaba

dispuesta a ir a buscarlo como fuera. Aventura que estaban seguros saldría mal debido a los peligros del camino. Hassan ya sabía que era inevitable que Fátima desistiera en acudir al encuentro de su hijo, pero necesitaba garantizar la seguridad de ella y de su futuro nieto en la mayor medida posible.

Era una mañana muy tranquila, Hassan apenas había tenido que atender a ningún paciente, estaba descansado un rato hasta que llamaron a su puerta. Era Jared, un viejo conocido del médico que se dedicaba a la venta de arte. Viajaba por todo el Reino Nazarí vendiendo y comprando todo tipo de cosas, ya fueran pinturas como vasijas, jarrones o aquello que pudiera vender entre los estratos más adinerados de la sociedad. Sus principales clientes eran reyes, comerciantes pudientes, altos funcionarios, etc. También comerciaba con perfumes que tanto gustaban por igual a mujeres como a hombres.

Jared tenía un fuerte dolor de cabeza y algo de fiebre, al parecer había contraído un virus bastante común por aquel entonces. El comerciante estaba preocupado porque tenía que partir en dos días. Su negocio no podía esperar, tenía que visitar a clientes potenciales en la provincia de Almería, donde esperaba vender gran parte de su género. Hassan entendió que esta podría ser una oportunidad única para Fátima y su nieto. Sabía que con Jared estarían a salvo, al menos hasta llegar a Almería. Pero todavía tocaba pensar en cómo explicar que la hija de su mejor amigo se marchaba sin decir nada a su familia, y que él la estaba ayudando. Hassan dudó mucho en pedirle aquello a Jared, estuvo a punto de no decir nada, pero justo cuando este se disponía a marchar de la consulta, Hassan le pidió que esperara un momento; le iba a hacer una oferta.

Jared había evitado a toda costa hablar con Hassan sobre su hijo, sabía que el médico no estaba pasando por un buen momento, y también que sus pacientes habían disminuido desde aquello. A pesar de ser el mejor médico de la zona, mucha gente tenía miedo.

Hassan quería pedirle que llevara a Fátima a Almería, pero no sabía cómo explicarle el motivo de dicho viaje. Bajo ninguna circunstancia podía hablar de Abdel, eso sí lo tenía muy claro; pero tampoco sabía cómo argumentar que la hija de Sahid iba a huir de allí —y explicarle que no podía contárselo a nadie—. Sin duda la situación se presentaba delicada, Hassan no sabía cómo proceder. Decidió omitir que se trataba de la hija de Sahid por ahora, no sabía cómo harían, pero intentarían camuflarla de manera que pareciera otra persona. Hablaría con ella para que fuera lo más discreta posible durante el viaje y evitara la comunicación directa con el comerciante en la mayor medida posible.

Hassan le hizo una oferta a Jared que no pudo rechazar. Entregaría a este buena parte de sus ahorros a cambio de llevar a salvo a aquella muchacha hasta Adra. Era un trabajo sencillo y bien pagado. Sabía Hassan que Jared aceptaría. Eso sí, le pedía la máxima discreción y no hacer preguntas, solo llevar y dejar. Jared, algo sorprendido por la petición del médico, pero cegado por la cantidad ofrecida por este, solo tardó unos segundos en decir que sí.

Fátima estaba excitada por volver a encontrarse con su amado, lo encontraría como fuera. Estaba deseando que Jared partiera. Hassan seguía preocupado por la reacción de su amigo Sahid, pero ya no había vuelta atrás. Las mujeres se esmeraron en cambiar el aspecto de Fátima, le aplicaron varias capas de maquillaje, en este caso buscaban afearla. Fátima era conocida por su belleza, la cual estaban seguros no pasaría desapercibida ante los ojos del comerciante, ni tampoco de cualquier vecino que pudiera cruzarse por el camino. Tenían que hacer lo imposible para que pareciera otra mujer, también disimular el embarazo que cada vez se hacía más notorio. Lo harían usando ropas anchas, sueltas, que no marcaran el cuerpo de la muchacha y que no dieran lugar a comentarios. Solamente estaban haciendo una prueba, querían

comprobar si conseguían convertir a Fátima en otra mujer a ojos de los vecinos. Hassan y su familia harían lo que fuera por asegurar en la medida de lo posible la seguridad de aquella chica, cuyo único delito había sido enamorarse de su hijo.

Una vez las mujeres terminaron, Fátima se dispuso a dar un paseo por el barrio. Quería ver si alguien la reconocía. Pasó por un puestecillo donde compraba fruta casi a diario, y el dueño no la reconoció. Se cruzó en su camino con varios vecinos que la conocían desde niña, pero nadie se inmutó, aquella era una nueva mujer, nadie la reconocería. Cuando ya volvía para casa de la familia Alîm para darles las buenas noticias, sucedió algo inesperado: su padre Sahid se cruzó en su camino, también se dirigía a casa de Hassan.

Sahid se fijó en aquella mujer que iba por el mismo camino que él, no sabía que su destino sería el mismo que el de ella, la casa de su buen amigo Hassan.

Fátima dejó que su padre la adelantará, sabía que era muy probable que este se dirigiera a casa de la familia Alîm. Eran frecuentes las visitas a su viejo amigo, sobre todo después de lo de Abdel. Hassan estaba pasando por un mal momento y Sahid era el hombro en el que el médico lloraba, su confidente, su hermano.

Sus sospechas se confirmaron. Sahid se había plantado delante de la casa del médico y estaba llamando a la puerta. En ese preciso instante, Fátima pasaba por allí. Sahid, que no sabía quién era aquella mujer, le llamó la atención no haberla visto nunca, aquella era una barriada muy pequeña donde todos se conocían. Pero a aquella muchacha jamás la había visto, aunque algo le resultó familiar en ella, en aquel momento no supo concretar. Cuando Farah abrió la puerta, en ese preciso momento que Fátima pasaba por allí, durante unos instantes la hermana de Abdel se quedó sin aliento. No entendía cómo Sahid estaba en la puerta y su hija alejándose de la casa apenas a unos metros de

distancia el uno del otro. ¿Les habría descubierto y vendría a pedir explicaciones?

Fátima se llevó una sorpresa por el tono suave de Sahid. Le agradeció la visita que había hecho a su hija. Por lo visto, Fátima parecía haberse recuperado por arte de magia. Y no sabía cómo agradecersele, su hija lo era todo para él. También quería saber cómo seguía su amigo. Quería verlo y quizás jugar con él una partida de ajedrez. Pero, aunque en aquel momento Hassan no tenía ganas de ver a nadie, lo recibió. Hassan temía por el encuentro fortuito entre padre e hija, por lo que despachó a Sahid rápidamente, le dijo que debía irse a una urgencia y que tenían que dejar la partida para otro día. Sahid comprendía la situación, no era la primera vez que el médico tenía que marcharse a atender a un paciente, a veces en plena partida o durante una cena.

Farah estaba preocupada, no sabía dónde se había metido su amiga, decidió darse un paseo por el barrio a ver si la encontraba. Imaginó que, al ver a su padre plantado en la puerta de su casa, estaría dando vueltas esperando a que este se marchara.

Tras unos largos minutos caminando por el barrio, encontró a Fátima sentada en una fuente solitaria donde no había nadie. Había ido a refugiarse en aquel lugar donde Abdel y ella iniciaron su relación, hace ya unos años atrás. Allí se besaron por primera vez. Fátima estaba preocupada, no sabía si su padre la había reconocido. Pero se quedó tranquila cuando Farah le confirmó el éxito de la prueba. Sahid, que la había visto crecer, no reconoció a su propia hija; al menos no le dijo nada a Farah cuando hablaron, ni tampoco a Hassan. Más tarde, Fátima les confesaría a las mujeres que ningún vecino la había reconocido tampoco, la prueba había sido superada del todo.

Jared, que ya se había recuperado, estaba preparando todo para el viaje. Partiría al día siguiente a primera hora, tenía que avisar a Hassan. El médico

lo recibió en su consulta.

—Estimado Hassan, me dispongo a partir en pocas horas, tengo que revisar la mercancía y preparar a las mulas para partir de inmediato. Espero que la muchacha de la que me has hablado esté lista para partir.

—Descuida, Jared, esta muchacha lleva lista desde el día que aceptaste llevarla, no te preocupes por eso. Estará puntual a la hora que digas y en el lugar que nos indiques.

—Dile que la espero en lo alto de la colina, allí donde se encuentra la cascada donde las mujeres lavan la ropa. Y, por favor, que no me haga esperar, que llevo bastante retraso.

—Descuida, Jared, allí estará.

Jared se marchó de la consulta, tenía todavía trabajo que hacer antes de partir. Hassan ya le había entregado lo acordado: unas monedas de plata que formaban parte de sus ahorros. Todavía guardaba unas cuantas para Fátima, al llegar a Adra necesitaría algo de dinero para sufragar sus gastos, no sabía cuánto tardaría en encontrar a su hijo, solo le pedía a Dios que lo hiciera y que fuera pronto. ¿Qué sería de ella y de su nieto en una tierra desconocida sin una familia en la que apoyarse?, tendrían que vivir de la caridad.

Hassan sabía que encontrar a Abdel no sería tarea fácil, por eso habló con Fátima antes de indicarle el punto de encuentro con Jared. Quería dejarle claro que le podría esperar si no encontraba a Abdel. Fátima sonrió a Hassan, lo besó como se besa a un padre y le dio un largo abrazo. Le dijo al oído que encontraría a su hijo, estaba segura; y que cuidaría de él.

Hassan estuvo un buen rato hablando con Fátima, le sugirió que por lo menos escribiera una carta de despedida a su familia. Su padre no podría soportar aquel golpe. Hassan estaba seguro de que le culparía a él por aquello, pero ya era una decisión que había tomado, después de cavilar durante algún tiempo y decidirse por la opción que creía era la menos mala. Estaba claro que su

amistad con Sahid terminaría aquel mismo día que este se enterase de lo sucedido. Tampoco pensaba mentirle, tenía todo el derecho de conocer la verdad, al fin y al cabo, era su hija.

Farah y Amina se despidieron de Fátima, le pidieron que, cuando se encontrara con Abdel, le suplicara que les escribiera con frecuencia. Querían saber de ellos y, sobre todo, conocer el sexo de su nieto y sobrino, pensaban que, de ese modo, al menos tendrían las cartas para mantener el contacto con ellos.

Fátima corrió a su casa. Sabía que a su padre a esas horas no lo encontraría, era el momento perfecto para guardar algo de ropa y, si se encontraba con su madre, no le diría nada, simplemente correría a su cuarto y saldría por la puerta de atrás.

Así fue. La madre estaba en casa haciendo de comer, cuando vio a su hija le preguntó cómo se encontraba, pero Fátima no dijo nada y agachó la cabeza. Se dirigió a su cuarto y comenzó a recoger aquello estrictamente necesario, ropas de vestir y demás. Tardaría en llegar al punto de encuentro como unos diez minutos, así que no había demasiada prisa, todavía eran las doce del mediodía, quedaban dos horas para partir.

Desde que Fátima se marchó corriendo a su casa, Farah se quedó pensativa, algo no le gustaba. Su amiga embarazada iba a viajar sola con un desconocido en busca de su hermano, al que ni siquiera estaban seguros que fuera a encontrar. Empezó a recorrerle un sudor frío por todo el cuerpo y, tras unos segundos nerviosa, con la cabeza pensando en mil cosas, llegó a una conclusión. Corrió junto a su padre, que en ese momento estaba acostado, lo llamó y le pidió que la escuchara.

—Papá, tengo que decirte algo.

—Hija, ¿tiene que ser ahora que estoy descansando?

—Esto no puede esperar más, quiero decirte algo importante y te suplico que me escuches. Todo lo que ha sucedido con mi hermano ha sido culpa mía, tú ya lo sabes. Yo he roto el pacto de silencio que nuestra familia había acordado guardar. Yo le conté a María el secreto de Abdel y por eso ha sucedido todo esto —dijo Farah entre lágrimas.

—Hija, eso son cosas que pasan, no te preocupes, tú no tienes la culpa, tarde o temprano podía suceder. Era algo que siempre he tenido en cuenta.

—Papá, quiero hacer algo por Abdel, quiero hacer algo por Fátima y por mi sobrino. Quiero acompañarla en busca de mi hermano, por favor, ¡compréndeme!

Hassan perdió el color de la cara, su boca no fue capaz de emitir palabra alguna durante unos instantes de desconcierto, en los que el médico no supo qué decir. Sus ojos mostraban pánico. Cuando pensaba que la cosa no podía ir a peor, era posible que ahora también perdiera a una hija —a la única que le quedaba.

—¡Hija! ¡¿Qué dices?! ¡¿Cómo te vas a ir tú también? ¡Es una locura! No tienes ni idea de los peligros que te puedes encontrar durante el viaje. Para un hombre es peligroso, pero para una mujer, ¡todavía más!

—Pero... Fátima está embarazada, ¡y va sola!; bueno, con Jared, tú confías en él, ¿verdad papá?

—Sí, hija, por Jared pongo la mano en el fuego, nunca haría nada que me pudiera molestar. Nos conocemos desde hace ya muchos años, en eso puedes estar tranquila.

—Pues entonces, papá, ¡déjame ir con ellos!

—Hija, el mayor miedo que tengo es una vez Jared la deje en Adra, he acordado con él que la llevaría a la costa, pero una vez allí estará sola.

—Pero, papá, si somos dos es más fácil pedir ayuda en caso de necesitarlo, también nos podemos proteger mejor. Fátima sola corre muchos más peligros;

además, acuérdate de tu nieto, ¡tenemos que protegerlo! —gritó Farah desesperada.

Hassan estaba en una encrucijada. Farah le había dado varias razones que no era capaz de rebatir, pero no podía permitir por nada en el mundo poner en peligro a su única hija. Su mujer jamás se lo perdonaría.

Tras una larga discusión, Hassan cedió, pero con la condición de que Farah hablara con su madre. No quería tener que pelear con ella también, ya tendría bastante con su buen amigo Sahid.

No había tiempo que perder, quedaba poco más de media hora para la salida de Jared. Farah tenía que llegar al punto de encuentro a tiempo si quería acompañar a su amiga en aquella atrevida aventura.

Farah estuvo discutiendo acaloradamente con su madre, le rogó que la entendiera. Hassan las había dejado a solas, no quería formar parte de aquello, el hombre estaba derrotado. Había perdido todo lo que amaba. Ya solo le quedaba su mujer, a la que tampoco estaba seguro que no fuera a perder después de aquello.

Tras discutir varios largos minutos con su madre, ante la tajante decisión de Farah y la inacción de su marido, Amina rompió a llorar desconsolada. Mientras Farah, que no podía perder ni un segundo, se marchó a su cuarto y recogió lo que necesitaba para el viaje. Farah se acercó nuevamente a su madre, la besó y le pidió perdón. A continuación, decidida, se plantó delante de su padre y le pidió que le desvelara el punto de encuentro. Hassan respondió agarrándola suavemente de un abrazo y llevándola fuera de la casa.

—Escucha, hija —le dijo Hassan visiblemente emocionado, poniendo sus manos encima de los hombros de ella—, quiero que me prometas que vas a volver a casa.

—Te lo prometo, papá —respondió Farah visiblemente emocionada—. Solo quiero asegurarme de que Fátima y el bebé que espera lleguen junto a Abdel a

salvo. Luego te prometo que buscaremos una forma segura para que yo regrese, este es mi hogar, mi sitio. Volveré, puedes estar seguro, papá —decía Farah emocionada mientras besaba a su padre.

Apenas quedaban unos minutos para la hora acordada. Padre e hija corrieron al punto de encuentro, allí estaba Fátima esperando. Jared todavía no había llegado. Fátima se sorprendió al ver al médico y a su amiga, pensó que algo sucedía, hasta que Farah le contó las nuevas. Fátima no pudo evitar alegrarse, abrazó a su amiga y le dio las gracias, emocionada. Sintió un alivio al saber que su mejor amiga estaría con ella durante el viaje.

Fátima se fijó en Hassan. Aquel hombre acababa de envejecer varios años de golpe, aquella energía tan característica en él se había desvanecido, la había ido perdiendo cada día desde que su hijo se marchó. Y con la nueva situación, aquel envejecimiento se había acelerado, lo miró con cara de tristeza, y se abalanzó hacia él para darle un fuerte abrazo.

Jared no llegaba, los tres estaban nerviosos. Hassan confiaba en aquel hombre, pero en esos momentos le empezaron a entrar las dudas. Por fin apareció Jared, diez minutos tarde, pero llegó, se disculpó por el retraso. Comentó que había tenido un pequeño problema de última hora pero que ya estaba resuelto —un pequeño asunto doméstico, matizó.

Se sorprendió al ver allí a Hassan e hija. No entendió el motivo, hasta que Hassan le explicó. La primera reacción de Jared fue de asombro. El trato que habían acordado los dos hombres era para una sola mujer, no para dos. Hassan le insistió que era importante que su hija acompañara a aquella mujer, pero no podía darle más detalles, y tampoco más dinero. No tenía más que ofrecerle, el resto de su pequeña fortuna se la había dado a su hija y a Fátima para el viaje. Le ofreció a Jared atención médica gratuita de por vida para él y su familia, casi le suplicó que se las llevara a las dos, finalmente el comerciante aceptó.

Justo antes de partir, Farah se dirigió a su padre, lo abrazó y le dio un beso, y le dijo:

—Papá, dile a mamá que me perdone, que la quiero, estaré de regreso antes de lo que esperáis.

El médico se despidió de las dos mujeres que partían hacia un destino incierto. Su única hija, y la mujer que llevaba en su vientre a su primer y único nieto. Le hubiera gustado que las cosas fueran de otra manera, pero ya era tarde para cambiar lo que estaba a punto de suceder. Ahora tocaría lidiar con su mujer, Amina, y con Sahid; sabía que no sería fácil, probablemente ambos lo culparían a él de aquel desenlace y de no haber puesto más empeño en evitarlo.

Durante el viaje en más de una ocasión, Farah habló con Jared. Hacía todo lo posible por mantener el anonimato de Fátima, que para el comerciante fue en todo momento una desconocida. No tenía ni la más remota idea de quién se trataba, y así debía seguir siendo durante todo el recorrido.

Jared le explicó a Farah que llegarían hasta Adra recorriendo la costa granadina, municipio almeriense situado más al suroeste de la provincia donde, al parecer, se encontraba Abdel —solo deseaban que siguiera allí.

El viaje fue pesado. Las dos mujeres apenas tenían espacio para estirarse en la parte trasera del carro tirado por mulas que llevaba Jared. Pero la ilusión por reencontrarse con Abdel pudo con todas las adversidades del camino.

Las mulas eran ya bastante viejas, había que hacer paradas cada pocos kilómetros para que descansaran, por lo que tardaron bastante en llegar a su destino: Adra. Allí comenzó la búsqueda. Se despidieron de Jared que las había dejado en la plaza principal del pueblo, donde había un mercado lleno de gente. No sabían por dónde comenzar; se sentían perdidas.

Recorrieron el pueblo preguntando por Abdel, pero nadie parecía conocerlo. Le preguntaban a todo aquel que veían: comerciantes, pescadores, y en las

posadas por las que iban pasando. En algún momento Abdel se habría parado a comer algo y a descansar, de eso no les quedaba la menor duda.

⁴ Situada al sur de la ciudad musulmana, junto al mercado de la seda o Alcaicería, al zoco de la Medina, y a la Mezquita Mayor, servía de posada para los comerciantes en tránsito, de almacén y de mercado al por mayor. *Fuente: hoyesarte.com (https://www.hoyesarte.com/lugar/corral-del-carbon-granada/).*

Capítulo 17

Granada, el cuadro; año 2015

Estuvimos buscando el cuadro sin descanso, pero este no quería aparecer. Probablemente, nos comentó Remigia, alguien de la familia se lo habría llevado. Durante las visitas familiares el trastero de Remigia era visitado por estos cuando se trataba de buscar alguna antigüedad para decorar sus casas. Y rara vez, decía la señora, ella preguntaba o se fijaba qué se llevaban. No le importaba mientras la familia siguiera conservando los recuerdos que tantos años se había preocupado por guardar y proteger del paso del tiempo.

De pronto Juan llamó nuestra atención. Había encontrado algo dentro de una caja de cartón que a su vez tenía encima otra caja llena de lámparas. En el interior había un cuadro. Estaba desgastado por el tiempo, los bordes del marco apenas existían; los años y las termitas seguramente habían acabado con él. Pero todavía se podía distinguir la silueta de un hombre muy parecido al cuadro que habíamos visto en Sevilla. Seguramente pintado por el mismo artista. Al igual que el cuadro anterior, parecía tratarse de un médico posando en la consulta donde trabajaba. Pero, al contrario que el cuadro del Museo de las Bellas Artes, el rostro no se observaba con claridad.

Dedujimos que seguramente este sería el regalo que Hassan hizo a la familia Alím tantos siglos atrás. Probablemente deseaba que tuvieran un recuerdo de él colgado en la pared de su hogar, para así, de algún modo, estar con ellos presente. Aunque imaginábamos que ninguno de sus familiares sabía la

verdadera identidad de aquel médico sevillano, tampoco nosotros teníamos nada claro; puesto que el camino que había llevado aquella investigación nos conducía a conclusiones que no se podían explicar ni por la ciencia ni por la razón. ¿Habíamos pasado algo por alto?, ¿algo que daría sentido a toda aquella locura?

Sacamos fotos del cuadro y, tras pasar un rato más con Remigia, nos marchamos de aquella casa: el baúl de los recuerdos de la familia Alîm.

Decidimos ir a tomar algo, una vez más unas tapillas y alguna cervecita que otra. Había que poner todo lo que teníamos sobre la mesa y a ser posible llegar a alguna conclusión o, al menos, intentarlo. Aprovechamos que el coche estaba bien aparcado y fuimos dando un paseo hasta un bar no muy lejano. Durante todo el trayecto desde casa de Remigia hasta el bar, volví a tener la sensación de que alguien nos seguía, pero no dije nada. Noté a Clara algo tensa, no sabía si ella también pensaba lo mismo y tampoco nos lo quería decir.

Ya en el bar, me fui corriendo al baño. No aguantaba ni un segundo más. Con tantas emociones mi estómago estaba a punto de estallar. A pesar de que gozaba de muy buena salud, y no recordaba jamás haber estado enfermo, los nervios siempre me provocaban retortijones. Mientras estaba concentrado en el retrete, un papel doblado corrió bajo mi puerta. Apenas puede observar la mano que lo arrojaba, fue todo muy rápido. En él se podía leer: «No te fíes de NADIE». Me quedé perplejo, ¿alguien me quería advertir a mí?, ¿sobre quién?, ¿y para qué? No entendía nada, estaba confundido y algo asustado.

Guardé la nota en la chaqueta y dudé en contarle aquello a mis amigos, por algún motivo no lo hice. Clara me preguntó si me encontraba bien, seguramente pudo leer el susto en mi cara. Le respondí que simplemente tenía malestar de estómago, nada más, algo que tampoco era falso. Por la cara que puso mi amiga, noté que mi respuesta no la convencía. Comimos mientras

hablábamos de todo lo que habíamos averiguado hasta ese momento. Lo pusimos sobre la mesa, pero continuamos sin despejar las principales incógnitas. Esta vez estuve menos participativo que de costumbre, Clara no dejaba de mirarme, parecía que estuviera haciendo una radiografía con cada mirada que me echaba. Sabía que algo no iba bien. Yo no dejaba de pensar en la nota y de quién podía haberla dejado, allí solo estábamos Clara, Juan, una joven camarera y yo, ¿habría sido Juan? Al fin y al cabo, era un baño de hombres, y a él le hubiera sido más fácil acceder que a ellas, pero ¿para qué?, ¿con qué objetivo?

Estábamos tan concentrados en nuestros propios pensamientos que, en aquel momento, no reparamos en el hombre que se encontraba al final de la barra en la otra punta del bar.

Era un bar grande, más largo que ancho, y la barra medía varios metros. Nosotros estábamos sentados casi al fondo y este señor estaba en la otra punta, casi pegado a la puerta de la entrada, en una zona de claroscuros donde no se veía con claridad. Llevaba un sombrero que le tapaba el rostro, desde nuestra distancia resultaba imposible apreciar sus facciones. El sombrero era marrón, tipo *cowboy*. Estaba sentado de forma que solo se intuía su perfil. Clara se dio cuenta de que yo no dejaba de mirar para aquella zona del bar, entonces se dio la vuelta y vio a aquel hombre allí sentado que, justo en aquel momento, se levantaba para dirigirse hacia la salida. Clara, decidida, sin decir palabra, corrió hacia allí, pero el hombre ya había salido del local. Entonces también Juan y yo seguimos los pasos de mi amiga, pero cuando ya estábamos en la calle, divisamos a una distancia nada envidiable a Clara corriendo a una velocidad que creo nos dejó pasmados a los dos.

El hombre al que seguía se veía un poco más lejos que ella, también era muy veloz, a la distancia que estaba apenas podíamos vislumbrar su sombrero. No supimos muy bien qué hacer, la reacción de mi amiga nos dejó un poco

asustados. ¿Por qué ella había decidido seguir a aquel hombre? ¿Cómo era capaz de correr así?

Acordamos esperar frente al bar a que ella regresara. Estaba deseoso de que me explicara aquello, ni Juan ni yo podíamos entender aquella reacción.

Entonces me palpé el bolsillo del pantalón y recordé la nota: «No te fíes de NADIE». ¿Me la habría dejado aquel señor?, pero ¿quién era?

Pasaron los minutos y Clara no daba señales de vida. Marqué su número en varias ocasiones, pero no contestaba. Solo deseaba que estuviera bien —lo que había hecho había sido una locura y estaba enfadado con ella por aquello.

Pasada una hora durante la que estuvimos pendientes de Clara delante del bar, decidimos que debíamos esperar allí a que ella nos contactara. Seguramente por algún motivo no había regresado al bar y, aunque Juan no lo manifestó, yo sabía que él también estaba preocupado.

¿Dónde se había metido? No sabíamos muy bien qué hacer. Si íbamos a la policía, ¿cómo explicarles que mi amiga había salido corriendo detrás de un señor que estaba sentado al otro lado del bar, un señor al que supuestamente ninguno conocíamos y que no nos había hecho absolutamente nada? Era una situación delicada, pero no podíamos evitar estar preocupados. De repente sonó el teléfono. ¡Por fin!, era Clara.

—¡Hola, Clara!

—Alberto, perdona por haber desaparecido así sin más, estoy bien, solo que me sentía un poco mal y me marché para mi casa.

—Pero... ¿por qué seguiste a ese tipo?

—Ah, eso..., no tiene importancia, Alberto, me pareció que nos estaba siguiendo. Creí haberlo visto anteriormente cuando caminábamos hacia casa de tía Remigia, pero en aquel momento pensé que serían cosas mías. Solo quería saber qué quería de nosotros.

—Pero... ¿cómo te arriesgas a perseguirlo si no sabes quién es ni qué quiere?

—Sí, Alberto, ha sido una imprudencia, hacía tiempo que no corría tanto, me cansé mucho, así que cogí un taxi para casa. Perdonad por el susto, estoy bien, ya te llamo más tarde, ¿ok? Pídele disculpas a Juan de mi parte, por favor. Si puedes, recoge las cosas del hotel, gracias. —Acto seguido me colgó, dejándome con la palabra en la boca.

—Pero, Clara...

Colgó el teléfono sin darme tiempo a más, no entendía nada, pero al menos sabía que estaba a salvo. Hablé con Juan y le informé de la situación. Acordamos vernos a la mañana del día siguiente. Esperábamos que ella nos explicará un poco más qué había sucedido, pero, mientras tanto, Juan se marchó a su hotel y yo a mi casa, tras pasar primero por el hotel a recoger nuestras cosas.

En cuanto llegué me fui directo a la cama. Demasiadas emociones seguidas, estaba agotado. Creo que dormí once horas del tirón. Me acosté a eso de las siete de la tarde y desperté a las seis de la mañana, sobresaltado, por unos instantes no sabía dónde estaba. Me preparé una infusión con un poco de miel, quería seguir durmiendo algunas horas más, era demasiado temprano. Al volver de regreso a la cama, visualicé debajo de la puerta un sobre, juraría que no estaba cuando llegué a casa antes de caer rendido sobre mi cama. Lo abrí y dentro encontré una hoja con dos números escritos, uno debajo del otro y un texto muy escueto:

37.1760516

-3.5930454

Ven solo.

Hoy a las siete de la tarde.

Rápidamente encendí el ordenador, imaginé que se trataba de coordenadas, y así fue, el sitio estaba muy cerca de la Alhambra, a muy pocos metros.

No comprendía nada, esta historia se me había escapado de las manos, no podía entender quién quería verme a mí solo en los alrededores de la Alhambra, ni para qué. La cosa me mosqueaba mucho. Pensé en llamar a Clara y a Juan para contarles lo de la nota, pero entonces recordé la primera que me habían dejado en los lavabos de aquel bar: «No te fíes de NADIE». No sabía si me estaba volviendo paranoico, pero empecé a desconfiar de todo el mundo, incluso de mi amiga. Guardé la nota en el bolsillo de la chaqueta y volví a la cama, esperaba dormir unas cuantas horas más.

Apenas concilié el sueño, pero logré descansar un poco hasta las nueve de la mañana, hora a la que me di una ducha y me preparé un café bien cargado con unas tostadas. Algo me decía que iba a necesitar energías extra, así que también me tomé una pastilla de vitaminas por si acaso.

Mientras desayunaba sonó el teléfono, era Juan, su vuelo salía a última hora de la tarde. Quería despedirse de nosotros y me invitó a comer a su hotel. Me preguntó si Clara vendría, pero le dije que no sabía nada de ella y tampoco insistió.

Pasé las horas que restaban a mi cita con Juan consultando las noticias en Internet. Como cada mañana, otro caso de corrupción hacía estallar las redes sociales, nada nuevo. Aproveché para limpiar mi casa, algo que llevaba muchos días planeando hacer, pero hasta ahora no había tenido tiempo ni ganas. Llamé a mi amigo para interesarme por mi perro, el señor Nubi, estaba bien me decía Samir, «¡Apenas te ha echado de menos!». Me pude imaginar que su dieta habría sido a base de salchichas, día y noche. Estaba deseando tenerlo conmigo, pero primero quería que las cosas se calmaran antes de ir a por él.

Daban casi las doce y media de la mañana. Había quedado con Juan a la una de la tarde para comer, así que me vestí rápido y salí a por un taxi. Llegué a su hotel a las doce y cincuenta —diez minutos antes de nuestra cita.

Me senté en los sillones del *hall* y esperé pacientemente. Me percaté que un señor alto con sombrero —muy parecido al que habíamos visto en el bar—, se alejaba por el pasillo del *hall* hacia la salida. Justo antes de dejar el hotel por la puerta principal, se giró y me miró. Llevaba gafas de sol, y el sombrero apenas dejaba adivinar sus rasgos, solo pude intuir una nariz importante. Mientras estaba haciendo mis cábalas de quién podría ser aquel señor y de si sería el mismo del bar y el mismo que me dejaba las notas, se acercó Juan por detrás dándome un susto de muerte —se dio cuenta y se disculpó.

Juan preguntó si me sucedía algo. Al parecer me puse pálido como un vampiro de esas películas modernas que tanto se habían puesto de moda años atrás, solo que, en mi caso, sin el punto *sexy* —pálido sin más—. No le quise hablar de aquel hombre, ni de las notas, ni de que ya no me fiaba de nadie, ni siquiera de Clara. Solo quería recuperar mi vida lo antes posible y, a poder ser, terminar con este misterio de una vez.

Durante el almuerzo, Juan me confesó estar sorprendido por las cualidades físicas de Clara. Nunca había visto a alguien que no fuera un atleta correr de aquella manera. Me limité a responder levantando los hombros y poniendo cara de bobo. No sabía qué decir —aunque desde luego a mí también Clara me había dejado alucinado—. Todavía recuerdo las caras de los transeúntes que se habían cruzado con ella durante la persecución, miraban atónitos a aquella mujer corriendo como un guepardo. Me preguntó si ella se encontraba bien, le dije que sí y cambié de tema.

—Juan, entonces podemos deducir que el hombre de los dos cuadros es el mismo ¿verdad?

—Yo diría que sí, aunque en el cuadro de tía Remigia no se distingue la cara claramente, parece que se trata de la misma persona.

Estuvimos repasando durante unas horas toda la información que teníamos. Cuando abrí la mochila en busca de las copias de las cartas me di cuenta de que no las tenía; seguramente, pensé, Clara se las había llevado. Se lo comenté a Juan sin darle mayor importancia. Para mi asombro él tenía las suyas propias. Me dijo que las había estado releendo durante el viaje y que, cuantas más veces lo hacía, más asombrado estaba.

No llegamos a ninguna conclusión que no hubiéramos deducido con anterioridad, pero aquel almuerzo me sirvió para despedirme de Juan, no sé si nos volveríamos a ver. Estaba claro que su misión en Granada había concluido, y yo solo esperaba que la mía también. Estuvimos hablando varias horas. A eso de las cuatro de la tarde nos despedimos. Se tenía que ir al aeropuerto. Su vuelo salía a las seis y quería llegar con tiempo suficiente.

Estaba ansioso por aquella cita con aquel extraño que me había dejado las notas. No sabía si se trataba del mismo sujeto que últimamente veía en todas partes: aquel señor alto con sombrero de *cowboy* que parecía seguirme a todos los lados, y al que mi amiga había perseguido como si fuera el mismo demonio.

Capítulo 18

Adra, año 1355

La última posada que visitaron estaba plagada de marineros que vociferaban mientras se bebían un brebaje espumoso que las muchachas nunca antes habían visto. Había un marinero solitario que estaba un poco apartado del grupo y parecía estar absorto en sus propios pensamientos. Tenía la cabeza agachada mirando hacia la copa que movía de izquierda a derecha —no parecía demasiado feliz, al contrario que los demás.

Las muchachas se sentaron y pidieron un poco de agua. Enseguida los marineros se fijaron en ellas, y uno de ellos se acercó. Estaba un poco ebrio y comenzó a llamar a Fátima. Le hizo varias sugerencias, a las que la chica respondió con mirada feroz. Eran conscientes de que tenían que ser más listas que ellos para salir airosas de aquello —por la fuerza sabían que lo tenían todo perdido—. Los marineros eran cuatro, sin contar al solitario que seguía en su mundo, con ese seguramente no tendrían problemas. Farah pensó rápido un plan de fuga, al tiempo que otro marinero se acercó a su mesa y comenzó a molestarla a ella también. La chica estaba asustada y les pidió que se marcharan, que las dejaran en paz, pero estos insistieron. Uno llegó a sentarse al lado de Fátima y a tocarle el hombro, entonces la muchacha gritó.

El marinero solitario se giró por primera vez y dirigió su mirada hacia las chicas. Se frotó los ojos y movió la cabeza hacia los lados como si hubiera despertado de un sueño o visto un fantasma. Corrió hacia la mesa y, de un

empujón, alejó al marinero que estaba molestando a Fátima, este cayó de culo al suelo. Acto seguido apartó de un manotazo al que acechaba a Farah. Agarró a las dos muchachas por los brazos y las sacó de aquel lugar ante la mirada atónita de los demás marineros que no daban crédito. El que había dejado sentado en el suelo lo estaba maldiciendo. Entre la borrachera que llevaba y el susto que se había llevado por la reacción de su compañero, no se entendía muy bien qué decía, pero seguro que nada bueno.

Fátima no podía creer lo que veía, ¡era Abdel! Lloraba desconsolada al tiempo que lo besaba. Abdel abrazó a las dos muchachas y les dijo que tenían que alejarse de allí antes de que los marineros aparecieran. Seguramente no se tomarían de buen talante que el novato se las hubiera llevado de aquella manera. Abdel más tarde les contaría que trabajaba con ellos desde hacía pocas semanas. Nunca antes había trabajado de marinero, pero siempre le había gustado el mar y quería probar algo nuevo. Desde que era niño solo conocía la profesión de médico que su padre le había enseñado.

Abdel no daba crédito, no podía dejar de mirar a Fátima y sospechaba que algo más había. Al fin y al cabo, no era la primera mujer embarazada que veía, pero necesitaba la confirmación de su amada. Abdel miró a su vientre, la miró a ella y no necesitó preguntar nada más. Se abrazaron como si quisieran que nadie jamás los despegara. Tras unos largos segundos, ambos parecieron no darse cuenta de que Farah estaba allí también, así que volvieron al mundo real.

Abdel abrazó a su hermana. Le dio las gracias por haber acompañado a Fátima en aquella loca aventura. Y, al mismo tiempo, les regañó con mucho cariño a las dos. Ambas eran conscientes de que habían corrido un gran peligro, por desgracia no eran tiempos en los que dos mujeres jóvenes podían andar solas por aquellos lugares.

Se marcharon a una posada donde Abdel había alquilado un cuarto, era un pequeño habitáculo con una sola cama. Por las noches no hacía demasiado frío, así que Abdel insistió que las dos chicas durmieran en su cama, que él dormiría en el suelo. Usaría la manta extra que había guardado para tiempos más fríos, para tumbarse encima de ella y así combatir un poco el duro y frío suelo. Estaba tan contento que, por primera vez en mucho tiempo, aquella noche dormiría tranquilo; y así fue.

A la mañana siguiente, hablaron largo y tendido sentados a la orilla de una playa cercana mirando el mar. Pero algunas horas antes, Abdel, que se había levantado muy temprano, había ido a avisar que ese día no trabajaría. Al mismo tiempo, explicó a los compañeros que la noche anterior había empujado el motivo de aquello. Les dijo que aquellas señoras eran su hermana y su mujer, se dieron las manos y se despidieron hasta el día siguiente.

Abdel, mirando muy serio a su hermana, le prometió que buscaría la mejor manera para que ella regresara a Granada sana y salva. No quería correr ningún riesgo; así que, mientras tanto, alquilaría un cuarto más para ella. A Fátima no hizo falta preguntarle nada, estaba claro que, por mucho que se empeñara, no volvería a Granada. Y la verdad, él tampoco quería volver a perderla nunca jamás; ni tampoco a su hijo que venía en camino. Abdel estaba vivo por primera vez desde el día que tuvo que huir dejando atrás lo que más amaba en el mundo, ahora al menos había recuperado parte de aquello.

Pasaron varios días y Farah no tenía ninguna prisa por regresar, adoraba a su hermano, y no sabía si lo volvería a ver. En más de una ocasión rechazó regresar con algunos contactos que había hecho Abdel, que continuamente viajaban por el reino nazarí y que hacían la ruta Almería-Adra-Granada con cierta frecuencia, mercadeando en la capital del reino. La hermana lo agarraba del brazo y, con una pícaro sonrisa, le decía: «Hermano, eso no es muy seguro, ¿no crees? Es mejor que esperemos al siguiente», le decía Farah sin poder

dejar de sonreír. «Ese tipo no me da buena espina», le dijo en más de en una ocasión. Abdel enseguida se daba cuenta de la picardía de su hermana pequeña, que solo quería ganar tiempo para pasarlo junto a él. Algo que, por otra parte, él agradecía y simulaba no darse cuenta de la estrategia de Farah. Adoraba a su hermanita como él la llamaba, pero también conocía a sus padres y sabía que estos estarían sufriendo cada día que pasara hasta que Farah estuviera de vuelta.

Habían transcurrido más de tres semanas desde que las muchachas encontraron a Abdel, y Farah seguía con ellos. Una nueva oportunidad se presentó, y esta vez Abdel se puso muy serio con su hermana.

—Hermanita, sabes que te adoro, daría lo que fuera porque pudiéramos estar juntos toda la vida. Pero sabes la situación mejor que nadie, y conoces a papá, lo tiene que estar pasando muy mal, y mamá tampoco debe estar muy contenta.

—Sí, hermano, pero quiero estar contigo un poco más, me encantaría ver nacer a mi sobrino. Ya sabes, abrazarlo y hacer un poco de tía, quizás no lo vuelva a ver nunca más —le dijo Farah visiblemente triste.

—Farah, por favor —le dijo Abdel a su hermana, muy serio—, no me lo pongas más difícil. Te tienes que ir con la familia Al-Mirayah, aquí todo el mundo los conoce. Son una familia muy querida en el pueblo y estoy seguro de que estarás bien con ellos. Yo mismo les he vendido pescado. Tienen una tienda y de vez en cuando viajan a Granada dejando a los hijos mayores a cargo del negocio. Ya que, también, elaboran con corales y conchas elementos decorativos que venden en la capital del reino, así que es una oportunidad única para que viajes segura que no voy a desperdiciar.

—Sí, hermano, tienes razón, esta vez te haré caso —le dijo con una sonrisa inocente al mismo tiempo que lo abrazaba.

—Mañana mismo salen para Granada; hemos acordado un precio bastante razonable y me han asegurado que te llevarán hasta el Albaicín, y eso me da

mucha tranquilidad. Conocen perfectamente Granada; además, ya les dije que tú, hermanita, eres muy lista y que, si tienen alguna duda de cómo llegar, tú les indicarás —le dijo Abdel visiblemente emocionado. Empezaba a ser consciente de que perdería a su hermana otra vez para siempre.

A la mañana siguiente, la familia Al-Mirayah los esperaba en el sitio acordado. La pareja viajaba con su hijo pequeño, que seguro haría el viaje de Farah más entretenido, o quizás más pesado —eso estaría por ver—. El niño se puso la mar de contento al saber que tenía compañera de juegos para el viaje que estaba a punto de comenzar. Era un cachorro de apenas cuatro añitos, parecía lleno de energía, subía y bajaba de la carreta a pesar de los gritos que la madre le pegaba para que se quedara quieto. A Farah parecía hacerle gracia —al menos en aquellos primeros momentos.

Los hermanos se abrazaron otra vez. Abdel besó la cabeza de su hermana y le dijo algo al oído que Farah escuchó con mucha atención, a lo que respondió con un: «Te lo prometo, querido hermano». Llegó el momento de Fátima, se abalanzó sobre Farah y las dos amigas se abrazaron entre llantos. Fátima sabía que sin la ayuda de su mejor amiga el reencuentro con su Abdel hubiera sido muy difícil, o incluso imposible. Farah le había dado las fuerzas necesarias para que buscaran sin descanso.

Horas más tarde, la pareja que nunca debió separarse estaba paseando por la orilla de la playa. Era uno de los momentos más felices desde aquel maldito día en el que Abdel tuvo que huir de Granada. Hablaron de su presente, de su hijo, sus planes inmediatos y futuros y del nombre que le pondrían a este; algo en lo que los dos coincidieron de forma casi instantánea, su futuro hijo se llamaría Hassan. Aquel día Fátima le hizo prometer a Abdel que nadie jamás los separaría y que nunca los dejaría a ella y a su hijo, pasara lo que pasara.

Capítulo 19

Final, Granada; año 2015

Quedaban poco menos de tres horas para aquella misteriosa cita. Decir que estaba nervioso era algo que ni se aproximaba un milímetro a lo que de verdad sentía; tenía que calmarme. Regresé a casa dando un paseo y me marché a correr, tenía que expulsar toda la tensión acumulada durante los últimos días. Corrí hasta no poder más, sudaba como nunca y las piernas apenas me respondían. Al cabo de una hora, a un ritmo demasiado rápido para lo que yo estaba acostumbrado, acabé agotado; por suerte me recuperaba rápido. Me pegué una ducha y comí algo ligero, había que reponer fuerzas.

Mientras degustaba una tortilla francesa, sonó el teléfono. Era Clara.

—¿Hola?

—¿Cómo estás, Alberto?

—Bien, ¿y tú?

—Genial. Ayer llegué muy cansada.

—Me alegro —le dije sin mucho entusiasmo.

—Oye. ¿Nos vemos esta tarde?

—Eee..., hoy no puedo, Clara, es que tengo cosas que hacer... Mejor lo dejamos para otro día, ¿vale?

Tras un silencio angustioso, Clara respondió:

—¿No quieres seguir con la investigación?

—Pues, la verdad, Clara, no sé, esto ya se nos ha ido de las manos, quiero recuperar mi vida.

—Entiendo, entonces lo dejamos para otro día —me dijo la muchacha sin demasiado ánimo.

Noté la desilusión en su voz. Sus palabras sonaban a derrota. Pensé en contarle todo lo sucedido con aquellas extrañas notas, pero decidí no hacerlo. Aquellas palabras bombardearon mi mente, cada vez resonaban con más fuerza: «No te fíes de NADIE».

—Siento decepcionarte, Clara, pero al menos por unos días necesito desconectar de este asunto.

—Ok, lo entiendo. Que pases una linda tarde. Nos vemos. —Acto seguido colgó.

Sonó muy seca, parecía enfadada. Seguramente no quería volverme a ver; pero en aquel momento pensé que estaba haciendo lo correcto. Solo quería relajarme y centrarme en aquella extraña cita que tendría en apenas unas horas.

Decidí desconectar un rato. Me tiré en el sofá y encendí la caja tonta, quería dejar de pensar al menos durante unos minutos.

Eran ya las seis y veinte de la tarde, cuando me desperté sobresaltado. Me había quedado traspuesto en el sofá, tenía que espabilarme si quería llegar a tiempo a mi cita. Por suerte ya estaba vestido, quería ir paseando para rebajar el nivel de nervios que invadía mi cuerpo. Había metido las coordenadas en la aplicación del móvil que me indicaba exactamente el punto de encuentro. Todavía tenía algo más de media hora para llegar allí, tiempo suficiente.

Llegué al lugar indicado cinco minutos antes de la hora acordada. Se trataba del principio de la Cuesta de Gomérez (una de las subidas hacia la Alhambra). Estaba muy nervioso mirando para todos los lados en busca de la persona con la que me había citado. Aquella era una zona bastante frecuentada, debido a

que era uno de los accesos principales para llegar a la ciudad palatina andalusí.

Dieron las siete de la tarde y nadie apareció. Veía bajar y subir a todo tipo de personas, en más de una ocasión pensé que alguna de ellas sería mi cita, pero no fue así. Dieron las siete y diez, y nada. Empecé a caminar de un lado a otro pensando qué hacer: marcharme o seguir esperando. Tras unos segundos de angustia en los que no dejaba de caminar de aquí para allá, me llegó un mensaje al móvil de un número desconocido: «*mira en la papelera*». Observé que, en el lugar de encuentro, efectivamente había una papelera y, encima de esta, un sobre pegado con celo. Despegué el sobre y lo abrí.

La letra se parecía mucho a la de las otras notas que había recibido anteriormente. Era un texto muy escueto, en él se podían leer otra vez lo que parecían coordenadas, similares a las anteriores; debía de ser un lugar cercano, pensé.

Me dirigí hacia el nuevo punto de encuentro. Apenas quedaba a dos minutos según la aplicación. Se trataba del camino peatonal que transcurría pegado a la Cuesta de Gomérez. Era el lugar por donde los visitantes que iban a pie accedían a la Alhambra.

Cuando llegué allí, el corazón me iba a salir del pecho. Había un banco y en él, sentado, un señor alto con coleta, nariz generosa y gafas de sol. Aunque no era una tarde precisamente soleada, una fina neblina comenzaba a cubrir la zona.

Me acerqué un poco más a escasos veinte centímetros del banco. Entonces el señor, que llevaba un rato observándome mientras me acercaba, se levantó y me saludó moviendo la cabeza ligeramente hacia abajo.

—Buenas tardes, Alberto. Me decía al mismo tiempo que me extendía su mano.

—Hoooola... —le respondí con un hilo de voz que denotaba algo de miedo.

—Primeramente, discúlpame por tanto misterio, tenía que asegurarme que nadie te seguía. Alberto, ¿sabes quién soy? —me dijo mientras se quitaba las gafas.

Entonces pude ver aquellos intensos ojos negros, me quedé sin aliento, apenas pude respirar, aquello no podía estar pasando. Su mirada era profunda, hasta el punto de que jamás antes había visto una igual, pero no era posible que fuera él. Por lo que me limité a seguir mirándolo incrédulo.

—Veo que te has sorprendido un poco, lamento las notas y el susto que te he podido dar, pero necesitaba verte y hablar contigo a solas. Necesito que me escuches muy bien, porque después de este encuentro no nos volveremos a ver jamás.

—Peroooo... ¿cómo... es posible?

—Lo que importa, Alberto, es que estoy aquí y tengo algo que contarte, ¿quieres escuchar?

—Sí, sí, por supuesto que quiero —le dije todavía con la boca entreabierta y los ojos salidos de sus órbitas.

—Voy a contarte mi historia, quiero que la escribas.

—Pero, no entiendo, ¿por qué a mí? Yo no soy escritor.

—Alberto, tú y tu supuesta amiga Clara os habéis acercado demasiado a la verdad, sería muy peligroso para ambos que esta información llegara a las manos equivocadas. Tienes que ayudarme a despistarlos.

Me quedé pensativo durante unos segundos, en silencio sin responder, no entendía a qué se refería con «supuesta amiga», ¿despistarlos?, ni tampoco por qué quería contármelo todo a mí. Demasiada información en tan pocos segundos.

—¿Sucedo algo con Clara? —fue lo primero que conseguí decir.

Al decir aquello, sin decir palabra, me entregó un sobre con un papel dentro, este era algo más grande que los anteriores.

—Quería dártelo en persona, lo que vas a ver es precisamente lo que andas buscando. Querías despejar la interrogación debajo de mi nombre, ¿verdad?

—Eee..., sí.

—Alberto, entiendo que te cueste creer que soy quien parezco ser, pero esa es la realidad y te la quiero contar a ti. Llevo un tiempo observándote y sé que eres la persona indicada para contar mi historia al mundo. En cuanto veas lo que contiene el sobre entenderás por qué.

Las manos me temblaban, estaba ansioso por ver su contenido. Se trataba de un árbol genealógico muy similar al que el señor Smith llevaba en el momento del atropello, pero en esta ocasión, en lugar de la interrogación debajo del nombre de Abdel, se podía ver a sus descendientes. Al parecer, Abdel había tenido un hijo con Helena y este, a su vez, había tenido descendencia. Seguí leyendo hasta llegar al último de la rama y entonces mis pulsaciones se dispararon. Levanté los ojos y busqué la mirada de Abdel, luego volví a mirar el papel. Creo que hice ese gesto al menos cuatro veces seguidas, no daba crédito a lo que estaba viendo, ¡no era posible!

Ante la imposibilidad de articular palabra alguna, Abdel tomó la palabra.

—Sí, Alberto, tú eres mi único descendiente directo con vida, y por ello eres la persona indicada para la tarea que te acabo de encomendar. Hassan, Amina, Farah..., nuestra familia se merece eso. Han sufrido mucho durante varias generaciones por mi causa y siempre me he sentido responsable por ello. Ahora es el momento de reparar en parte tanto sufrimiento, ellos merecen que se cuente la verdad, aunque cambiando algunos datos verdaderos por otros falsos para protegernos y despistar a los que nos buscan. Y tú, que también formas parte de la familia, eres la persona indicada.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, me gustaría agradecer a todos los personajes de la obra el hecho de haber aparecido en mi vida, sin ellos esta novela jamás se podría haber escrito. Gracias, Abdel, Clara, Alberto, Hassan, Farah, Fátima, Mohamed, y a todos los demás.

Cuando escribes un libro (o al menos eso a mí me ha pasado durante la elaboración del mismo), llega un momento en el que los personajes acaban formando parte de tu vida y en muchas ocasiones cuesta deshacerse de ellos para poder pensar en otras cosas. Por momentos, he deseado terminar la obra para poder liberarme de estas vidas que se cruzaron en mi camino, de estos personajes y de esta historia que tanto he disfrutado creando. Por otra parte, debo reconocer que me ha costado bastante deshacerme de ella y ponerle un punto... ¿y final?

A continuación, quiero agradecer a todas las personas de carne y hueso que me han apoyado desde que se enteraron de esta nueva aventura en la que me había embarcado. Aventura que comenzó en Tenerife, continuó en México, Reino Unido, Granada y, finalmente, terminó en Tailandia.

Gracias, madre, por confiar siempre en mí, pero también por haber sido tan crítica y decirme las cosas claras, me gustaran más o menos. Como no podía ser de otra forma, este libro también está especialmente dedicado a ti, querida madre.

Gracias, María Heredia Casado, amiga, experta, crítica literaria y gran profesora de Lengua y Literatura. Gracias por tu brillantez, consejos, tirones

de orejas y experta mirada que, sin duda, han sido claves, y de los que he aprendido mucho. María es de esas profesoras brillantes que a todos los padres nos gustaría tener para nuestros hijos y que hacen que el sistema de enseñanza público suba de nivel y aumente en cuanto a calidad. Profesores y profesoras que, por desgracia, no reciben el trato y la valoración que se merecen por parte de la clase política y de una parte de la sociedad que sigue pensando que ser profesor es un chollo. Es una de las grandes asignaturas pendientes que tiene nuestro país, y es sin duda un punto clave para formar a mejores ciudadanos y personas. El sistema público de enseñanza es esencial y espero que pronto nuestros dirigentes se den cuenta de ello y empiecen a valorar y tratar a nuestros maestros y profesores como se merecen. No tenemos más que fijarnos en países que lo hacen mucho mejor que nosotros y que obtienen grandes resultados. Pero..., por otra parte, esto es un trabajo de todos, y es una labor que comienza por las casas de los alumnos. Sin más, María, este libro también va dedicado a ti y a todos los profesores que, a pesar de los obstáculos, lucháis cada día para intentar enseñar en un entorno poco favorable.

Especialmente mencionar a Nubi, el cual me ha servido de inspiración durante varios pasajes de la obra, muchos de ellos escritos con él en mi regazo. El señor Nubi fue el principal testigo de esta novela durante sus inicios, aunque por desgracia no pudo asistir a su final, ya que a primeros de octubre del año 2018 se marchó para siempre después de una longeva vida de aproximadamente diecinueve años, durante los que vivió como un sultán, y de los que en su mayor parte compartió vida con el que les escribe. Él es, sin duda, uno de los seres a los que les dedico de forma muy especial este libro.

Gracias a todas las personas que habéis leído parte del borrador de la novela y me habéis dado vuestras sinceras opiniones. Gracias de corazón por vuestra paciencia y ayuda. A todos vosotros también va dedicada esta obra.

No puedo tampoco olvidarme de Círculo Rojo que, a pesar de ser la primera vez que trabajo con ellos, tengo que reconocer la labor que están haciendo para dar voz a nuevos autores y normalizar la autoedición.